

NOSOTRAS SOMOS ELLAS

Cien años de historias de mujeres en la Patagonia

LAURA MÉNDEZ / MÓNICA DE TORRES CURTH / JULIETA SANTOS



educo
Editorial Universitaria
Universidad Nacional del Comahue

CiN REUN
Red de Editoriales
de Universidades Nacionales
de la Argentina



NOSOTRAS SOMOS ELLAS

Cien años de historias de mujeres en la Patagonia



NOSOTRAS SOMOS ELLAS

Cien años de historias de mujeres en la Patagonia

Textos de

**Laura Méndez
Mónica de Torres Curth
Julieta Santos**

Fotografías de

**Natalia Buch
Fernanda Rivera Luque**

EDUCO

Editorial de la Universidad Nacional del Comahue

Neuquén, 2023

Méndez, Laura

Nosotras somos ellas : cien años de historias de mujeres en la Patagonia / Laura Méndez ; Mónica de Torres Curth ; Julieta E. Santos ; fotografías de Natalia Buch ; Fernanda Rivera Luque. - 1a ed. - Neuquén : EDUCO - Universidad Nacional del Comahue, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-604-629-9

1. Historia. 2. Mujeres. 3. Patagonia. I. Torres Curth, Mónica de. II. Julieta E. Santos. III. Buch, Natalia, fot. IV. Rivera Luque, Fernanda, fot. V. Título.

CDD 305.40982

Diseño y maquetación: Matías Castro Sahilices

Correcciones: Mónica de Torres Curth y Julieta E. Santos

Imagen de tapa: Natalia Buch

El Consejo Editorial de la Universidad Nacional del Comahue avaló la publicación del libro NOSOTRAS SOMOS ELLAS. CIEN AÑOS DE HISTORIAS DE MUJERES EN LA PATAGONIA, de Laura Méndez, Mónica de Torres Curth y Julieta Santos, presentado por el Centro Regional Universitario Bariloche (CRUB) de la Universidad Nacional del Comahue.

Miembros académicos: Dra. Adriana Caballero - Dra. Ana Pechén - Dr. Enrique Mases

Presidente: Damián Cancelo

Director Educo: Lic. Enzo Canale

Secretario: Com. Soc. Jorge Subrini

Disposición N° 001/2023

Contacto: nosotras.somos.ellas.libro@gmail.com



educO
Editorial Universitaria
Universidad Nacional del Comahue

CiN REUN
Red de Editoriales
de Universidades Nacionales
de la Argentina



Fortuna

*Por años, disfrutar del error
y de su enmienda,
haber podido hablar, caminar libre,
no existir mutilada,
no entrar o sí en iglesias,
leer, oír la música querida,
ser en la noche un ser como en el día.
No ser casada en un negocio,
medida en cabras,
sufrir gobierno de parientes
o legal lapidación.
No desfilan ya nunca
y no admitir palabras
que pongan en la sangre
limaduras de hierro.
Descubrir por ti misma
otro ser no previsto
en el puente de la mirada.
Ser humano y mujer, ni más ni menos.*

Ida Vitale

ÍNDICE

Prólogo	13
Cómo surgió la idea de este libro	17
Nosotras, las invitadas	21
Presentación	25
Capítulo 1. Contexto, voces y silencios	33
El espacio patagónico a mediados del siglo XIX	33
Tehuelche y mapuche	35
Estado argentino y mundo indígena: ciencia, política y relato	40
<i>La europea</i>	45
Las mujeres indígenas en la segunda mitad del siglo XIX	48
Capítulo 2. Las del principio	51
Ámbito doméstico y división de tareas	51
Casamientos en las tolderías	53
Niña-mujer	58
<i>¿Por qué nosotras?</i>	61
Mujeres que aprenden y enseñan	64
Estéticas y bellezas	66
Actividades comerciales	68
Celebraciones y convites	72
Parlamentos y cacicas	73
<i>Estos hombres</i>	77
Prácticas simbólicas y religiosas	80
Capítulo 3. Otras mujeres	85
Cautiverio e itinerarios femeninos	85

Mujeres en el Fuerte Carmen	87
Mujeres cautivas	89
<i>La cautivita</i>	93
Mujeres que dijeron basta	98
<i>La negra Juana</i>	100
Capítulo 4. El genocidio	105
El avance militar. Conquista y sometimiento	105
Las cuarteleras	108
<i>El verde salva vidas</i>	113
Campaña militar y mujeres indígenas	115
Los nuevos fortines	116
<i>El camino de ida</i>	120
Capítulo 5. La conquista continúa	127
Las consecuencias de la conquista	127
Mujeres y sometimiento	130
<i>La niña</i>	136
Cuarteleras y machis del día después	143
<i>El Macagua</i>	146
Capítulo 6. Las que vinieron	153
El contexto histórico en el cambio de siglo	153
Patria, familia y ley	156
Mujeres que migran	159
Antecedentes tempranos: galesas en Chubut	161
<i>Algo tiene que haber detrás del alambrado</i>	164
Como en Gales, pero en Patagonia	169
Capítulo 7. Trayectorias femeninas en la ciudad	173
Europeas en el sur del sur	173
<i>Dueña de mi sombra</i>	176
Mujeres en la ciudad	178
Mujeres en el espacio público	182

Maestras y acción nacionalizadora	184
<i>Señorita maestra</i>	187
Enfermeras y visitadoras	191
Las “otras”	192
Mujeres políticas	195
Mujeres y peronismo	197
Mujeres valletanas: la lucha por la tierra	199
Capítulo 8. Indígenas y migrantes chilenas	203
Mujeres en el área rural	203
El trabajo rural	205
Remedios y prejuicios	209
<i>Cosas de niña</i>	212
Casamientos, estigmas y deseos	215
<i>Mal amor</i>	219
Capítulo 9. Nosotras somos ellas	227
<i>Buenas mujeres</i>	235
Bibliografía	241
Quiénes somos	257

PRÓLOGO

Este libro realiza un recorrido por las diferentes manifestaciones de la condición femenina en nuestro extenso territorio patagónico, en un largo lapso temporal pues recorre un siglo e incluye incursiones en las Islas Malvinas en la época de su inscripción como parte del territorio argentino. Es su configuración ecléctica lo que debe ser celebrado pues reúne narraciones historiográficas, nutridas por muy diversas fuentes —y anoto su tratamiento crítico—, junto con intervenciones literarias y artísticas que potencian el propósito de la obra, empeñada en exhibir la poliédrica complejidad de los perfiles de mujeres diseminadas en aquella vastedad. Nada más desacertado que la percepción de lo meramente repetitivo atribuido a los modos de ser y de hacer de la humanidad femenina, y a menudo las feministas incurrimos en una falsa homologación de la “experiencia universal” concerniente a las mujeres, aunque tengamos firmes acuerdos con el imperativo de hacer lugar a las intersecciones socio históricas, a la regencia de lo situado. No hay duda de que debido a los acendrados condicionantes patriarcales, al fórceps del sistema y de sus notas características opresivas, las mujeres se asemejan, pero hay una diversidad extraordinaria de localización, de situación, de temporalidad, que impide el montaje interpretativo de la mismidad. Deseo evocar a Rosi Braidotti y su concepción nomádica, a sus lecciones acerca del estado de “devenir” —una heredad de su maestro Gilles Deleuze—, que nos enfrenta incluso a la posibilidad de estar habitadas por muchas mujeres. Sí, caben muchas mujeres en cada

una de nosotras. Al leer este texto y dejarme impactar por la estética de sus imágenes y por la disrupción que produce la alteridad de la voz poética —como posible reconstrucción de emergentes subjetivos—, he vuelto a pensar que hay muchas tehuelches y mapuches en cada una de ellas, del mismo modo que hay muchas huincas en cada blanca cuya vida —por tan diferentes razones— fue a afincarse a paisajes desolados como páramos, pero también ubérrimos en múltiples desafíos. El libro muestra historias encarnadas de muchas formas de devenir mujeres en las espaciadas latitudes patagónicas. Hay aportes muy sugerentes que permiten revisar algunas versiones sobre las relaciones de género entre las comunidades originarias. En efecto, se matiza algún punto de vista equivocado que a menudo se escurre sobre cierta tendencia acerca de la complementariedad, pero también se muestran, además de las labores de sobrevivencia, funciones fundamentales femeninas como el arte sanador de las machis y ciertas ocasiones de poder comunitario a cargo de mujeres, como el cacicazgo, o la decidida intervención para desarmar pendencias entre grupos. Del mismo modo, las genealogías que corresponden a las blancas son menos fetichistas en el sentido de alterar una completa asimilación patriarcal. Esas tierras difíciles, en todas las dimensiones, pudieron cancelar perspectivas autónomas tanto como incentivar rupturas y fugas. Y esto pudo ocurrir no sólo en el siglo XX, con mayores oportunidades de socialización, de contacto radial con otras congéneres y especialmente con la adquisición del estado de ciudadanía a fines de la década 1940.

Hay que celebrar este texto ecléctico en sus componentes representacionales, una producción que se organiza desde vivencias y sentimientos anclados en el paisaje patagónico, pero que persevera en el rigor y la potencia interpretativa. Sin duda, se trata de una exhibición de compromiso con las luchas femeninas emancipatorias del

presente, pero toda historiografía que se precie no puede eludir las categorías ideológicas y políticas en las que se inscribe. Y cuando se manifiestan de viva voz, como lo hace este bello libro, nadie puede sorprenderse denunciando un “contrabando feminista”. Se trata de una contribución inscrita en ese campo político y epistémico para repensar las conformaciones temporales del estatuto femenino, un incentivo vigoroso para comprender el presente y apostar a las transformaciones que nos esperan. No es posible cancelar la utopía de la paridad, abdicar de la apuesta a una sociedad más equitativa bajo el presupuesto del enorme significado de lo diverso y heterogéneo. Esto bulle en esta narrativa de singular porte estético a la que damos una calurosa bienvenida.

Dora Barrancos

CÓMO SURGIÓ LA IDEA DE ESTE LIBRO

Mi abuela Eustaquia tenía en su ropero un cuadernito de tapa marrón, al que acudía de tanto en tanto para anotar algo con el lápiz negro que guardaba en el cajón de su alacena.

Cuando empecé la escuela y aprendí a leer, me mostró su cuaderno en el que atesoraba cientos de refranes. Muchos se los había contado su abuela, otros los escuchó durante su niñez y adolescencia en un pueblito de Andalucía, pero la mayoría los oyó en Cinco Saltos, lugar en el que vivió por más de 60 años. Cuando murió, sus hijos se repartieron sus pocas pertenencias. Nunca supe del destino de ese cuaderno. Seguramente se tiró; poco valor tenía un conjunto de frases escritas con letra despareja en hojas ya por entonces amarillas.

Sin embargo, todavía recuerdo muchos de los refranes que la abuela Eustaquia me leía. Eran como ella: sabios, pícaros, con la contundencia que tiene la certeza de la experiencia vivida. Cuando los rememoro no están solos; los acompañan su risa, sus historias, su mesa siempre dispuesta a agregar un plato más para un comensal de último momento, su amor, su inteligencia.

Posiblemente, si el cuadernito marrón hubiera sido de un hombre notable se hubiese guardado y considerado parte de la herencia. Pero sólo se trataba de los escritos de una mujer que no fue ni más ni menos que una inmigrante pobre en la Patagonia norte en 1920.

Hoy, mirando para atrás, creo que esa fue la punta del ovillo de una madeja destinada a tejer historias de mujeres en la intención de presentarle batalla al olvido y mostrarlas como sujetas históricas.

Hubo, después de ella, otras dueñas de cuadernitos marrones que me enseñaron con su bondad y su ejemplo. Mi mamá, mis amigas, mi hija, muchas de mis profesoras.

Para ellas, mi agradecimiento y, en memoria de mi abuela Eustaquia, estas historias.

Laura



Imagen: Natalia Buch

NOSOTRAS, LAS INVITADAS

Formar parte de este libro es para mí, además de un honor, un enorme compromiso. La convocatoria de Laura fue, sencillamente, un acto de fe de su parte. Respondí halagada por su generosidad, pero no sin temor. ¿Qué tendría para agregar yo, que vengo de un campo disciplinar tan distinto (y en apariencia, contrapuesto) a esta historia de mujeres que habitaron en la Patagonia? Nos separan muchas cosas, nuestra formación académica, nuestras historias y recorridos... pero nos unen muchas otras.

Primero, que hemos trabajado juntas en un proyecto institucional que nos llenó de satisfacción y orgullo. Y también, que miramos, queremos, sentimos, militamos un lugar más justo para las mujeres en nuestra sociedad. Lo hacemos hace años a través de nuestros trabajos, de nuestras acciones de todos los días, de nuestra participación en distintos proyectos en las instituciones de las que formamos parte. Y nos une además, nuestra pasión por la literatura. ¿Qué tendré para aportar, entonces, a esta historia de mujeres que habitaron en la Patagonia? Precisamente eso: historias. Relatos de vida de aquellas, anónimas o no, que transitaron esa otra historia que nos cuenta Laura. Vidas cargadas de emociones, amores, dolores, desafíos, obstáculos, miedos. Vidas difíciles. No sólo por las situaciones que se cuentan sino porque sus protagonistas fueron mujeres en tierra de hombres. Me propuse entonces recortar en forma ficcional trayectos posibles de algunas de aquellas de las que se habla en este libro. Unos son duros y otros, un

remanso. Quiero creer que sus voces pueden levantarse alto y que alguien las escuchará.

Mónica

¿Tomar la palabra es una responsabilidad? ¿Es un privilegio, una obligación? ¿Es un gesto subversivo? En este libro, lo que se dice arrasa con todos esos matices porque somos mujeres las que historiamos, las que narramos, las que fotografiamos la vida, las que poetizamos. Laura nos convocó a crear y pudimos hablar todas. ¿Hay una invitación más hermosa y políticamente consistente que ésta? No lo creo. Cada una pudo con su impronta, con sus experiencias a cuestas, con sus propios fantasmas, deudas y voluntades, abreviar en la tarea colectiva. Y esto es así porque entre todas nos salvamos. No hay otra forma. Este libro no existiría sin todas nosotras y, sobre todo, no existiría si Laura no fuera una soñadora increíble y generosa que sabe bien de qué se trata ser mujer en este mundo.

Julietta

Ante todo, agradezco a las compañeras que me hayan convocado a ser parte de este potente y bello proyecto. Encauzar las militancias con el disfrute de hacer lo que da tanto gusto hacer —en mi caso producir imágenes— es una alegría que da plenitud y sentido. Más aún cuando el proyecto es colectivo. Más aún cuando el objetivo es dar a la historia, —a las historias—, una perspectiva particular que es la de ser mujeres en la Patagonia. Contar, mirar, dar voz y abrazar los vientos helados y los horizontes inhóspitos o infinitos llenos de

historias tantas veces injustas y silenciadas, pueblan nuestros territorios con la ilusión de hacerlos más habitables. Es decir, menos solitarios, ¡más cálidos y solidarios!

Natalia

Es evidente una vez más —y esto a modo de “diario íntimo”—, que la fotografía en mi vida no sólo es una herramienta si no que es puente, balsa, viento y por qué no, un deseo. Cuando recibí el llamado de las autoras del libro tanto como de mi amiga y colega Natalia para formar parte de esta concreta y necesaria iniciativa, me causó vértigo. Sobre todo, porque hizo espejo con mi título de mujer desarraigada. Formar parte de este libro es, para mí, una de las mejores cosas que en 22 años de construirme patagónicamente he vivenciado. Porque no me preguntaron si soy nacida en este territorio, si no que se me involucró por haberla construido. Por caminarla, embarrarme, mojarla y helarme hasta las venas. Vivir en este territorio es aire de solidaridad, de grito de justicia, de amparo, donde cada habitante y más si tiene la suerte de poder ver, logra de algún que otro modo sentir la extraña vivencia de que habitar es construir permanentemente. La dulce construcción patagónica bajo el grito desgarrante de que se haga justicia.

Fernanda

PRESENTACIÓN

La mayor parte de la producción historiográfica sobre la Patagonia da cuenta de estudios particulares desde la perspectiva de la historia indígena, las historias de vida o las trayectorias de grupos específicos. Sin embargo, las mujeres que habitaron la actual Patagonia entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, caracterizadas por su adscripción multiétnica y referenciadas por territorialidades particulares, constituyeron un colectivo heterogéneo y dinámico del que muy poco se ha dicho en su conjunto.

El objetivo que nos propusimos fue reconocer a estas mujeres dentro de una historia integral de la Patagonia, en especial de la Patagonia norte, desde su pertenencia étnica, su adscripción social y su condición de género, en la intención de encontrar clivajes, continuidades, sentidos y relaciones en ese espacio y tiempo. Iniciamos nuestra investigación hacia la mitad del siglo XIX, cuando las sociedades indígenas consolidaron liderazgos y se tensaron las relaciones con el gobierno argentino. La culminamos un siglo después, cuando la llegada del peronismo al poder, los procesos de provincialización de los Territorios Nacionales y, particularmente, la gestión de derechos impulsada por Eva Perón, cambiaron la vida de muchas de las mujeres argentinas.

Estas historias en clave femenina se entrelazan, en cada apartado, con una explicación sintética del espacio social y del tiempo histórico del que las mujeres participaron. Nuestro punto de partida es considerar a las mujeres como protagonistas de un pasado que, por

el contrario, las definió sobre todo en términos de subordinación y obediencia al mandato masculino, en el marco de los procesos de conformación y consolidación del Estado nacional.

En el primer capítulo, nos ocuparemos del contexto histórico argentino y patagónico de la segunda mitad del siglo XIX y haremos referencia a las fuentes que empleamos para historiar la vida de las mujeres patagónicas.

En el segundo capítulo, analizaremos a las mujeres de las sociedades indígenas de ese período, en la intención de reconstruir formas de vivir, de hacer y de pensar, ajenas al binarismo occidental y transmitidas de generación en generación.

En el tercer capítulo, reconstruiremos las distintas formas de sujeción a las que fueron sometidas mujeres indígenas y no indígenas. Historiaremos, además, la vida de las mujeres en los fortines, construidos de norte a sur, a medida que avanzaba la presencia estatal sobre el territorio indígena.

En el cuarto capítulo, analizaremos el genocidio que implicó la llamada “Conquista del desierto”, cuando el ejército argentino avanzó sobre los pueblos originarios entre 1878 y 1885, imponiendo su presencia y destruyendo por las armas una lógica de siglos. Especialmente, reconstruiremos las vidas de las mujeres que formaron parte de la soldadesca.

En el quinto capítulo, analizaremos las consecuencias que para las mujeres fortineras y originarias representó la invasión militar, planteando sucintamente los aspectos políticos, económicos y sociales del orden impuesto a través de la violencia.

En el sexto capítulo, reconstruiremos los procesos migratorios a la Patagonia desde un enfoque de género e historiaremos a las mujeres que participaron de la migración galesa a Chubut, entre los años 1860 y 1930.

En el séptimo capítulo, trataremos las vidas de mujeres que vivieron en espacios rurales y urbanos en la primera mitad del siglo XX. Las que se quedaron en casa realizaron los trabajos del hogar, las actividades de sostén de éstos, y cuidaron de niños, enfermos y ancianos. Algunas fueron docentes, enfermeras o empleadas domésticas. Pero también hubo activistas políticas y quienes rompieron los mandatos que imponía el patriarcado. De ellas nos interesa, particularmente, su participación en la vida social, política y económica de las comunidades.

En el octavo capítulo, analizaremos trayectorias de mujeres de sectores subalternos, en especial mapuche y chilenas en el espacio rural. Los contrastes entre lo “nuevo” y lo “viejo”, la pervivencia de formas de vivir y el impacto que produjeron las imposiciones emanadas del gobierno argentino, son los ejes desde los que articulamos los itinerarios de estas mujeres, tanto en el espacio privado como en el público.

Por último, el libro concluye con un conjunto de comentarios con la pretensión de invitar a la reflexión, desde una perspectiva de género, sobre las mujeres en la historia. A través de la reconstrucción de su pasado, la intención es develar la continuidad en el presente de marcas androcéntricas en quienes escriben la historia. También nos proponemos demostrar que hubo mujeres de todas las edades, colores y grupos sociales, que estuvieron lejos de ser dóciles víctimas de las imposiciones sociales: escaparon a los roles tradicionales, ejercieron liderazgos y se opusieron, con pasión y vehemencia, a los mandatos establecidos por una sociedad en la que decidían los hombres.

Muchos son los interrogantes que alentaron este libro, entre ellos: ¿qué historias tejieron las mujeres?, ¿qué rol cumplieron en las sociedades indígenas de la Patagonia en el siglo XIX?, ¿qué par-

ticipación tuvieron en la llamada “Conquista del Desierto”?, ¿cómo se organizaron en el nuevo escenario de fuerzas de la última década del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX?, ¿qué itinerarios de resistencias recorrieron en este período?, ¿cómo se llamaron y qué vida tuvieron las indias, las pobres, las “feas”?, ¿qué anhelaban y cómo vivían las madres, las maestras, las solas?, ¿tu abuela y la mía tuvieron que ver con estas historias?

Somos conscientes de lo ambicioso de la tarea. Sin embargo, no estamos dispuestas a claudicar en su pretensión. Sabemos de la imposibilidad de dar cuenta de un panorama tan complejo en un texto breve y que no hablaremos de todas las mujeres, sino apenas de algunas. Pero si existen historias de la Argentina e incluso historias de la humanidad que no superan esta extensión de este texto, ¿por qué no atrevernos, tímidamente, a historiar a las mujeres durante un siglo en estas pocas páginas?

Para construir respuestas, hemos analizado, desde una perspectiva de género, un corpus documental escrito por varones. En las crónicas e informes de viajeros, científicos, militares y políticos, intentamos identificar tanto información sobre las mujeres como supuestos, prejuicios y estereotipos que refuerzan su subordinación, reafirman su vocación para la maternidad y naturalizan las diferencias de sesgo cultural.

Asimismo, procuramos rescatar la voz de las mujeres en este escenario desigual. Incorporamos al relato histórico fuentes no tradicionales como las epistolares, las memorias y los testimonios orales que dan cuenta de la agencia femenina. El proceso de reconstrucción de una historia de las mujeres narrada por ellas mismas es aún incipiente y poco conocido, más allá de algunos intentos puntuales. Si estas páginas sirvieran de aliento para escribir las historias propias, habremos cumplido nuestro deseo.

Hemos optado por prescindir de las citas en el cuerpo del escrito con el propósito de hacer más ágil su lectura, pero reconocemos que este texto sólo fue posible gracias al sostenido trabajo realizado por historiadoras e historiadores desde hace más de un siglo y, también, por el variado conjunto de memorias e historias de vida escritas por sus protagonistas, sus familiares, o recuperadas por investigadores. Hemos incluido sólo autorías ineludibles cuya lectura sugerimos, ya que remiten a mayores especificaciones y referencias bibliográficas completas. Asimismo, por una cuestión de uso y con el propósito de agilizar la lectura, hemos optado por utilizar a lo largo de todo el libro —en la mayoría de los casos— el colectivo masculino, haciendo expresa mención de que en él incluimos al diverso conjunto de identidades de género.

Todas las referencias de la bibliografía que hemos consultado quedan disponibles en un apéndice al final, para quienes quieran ahondar en las fuentes y realizar sus propios recorridos.

Este libro ha sido escrito por tres mujeres que provenimos de campos formativos diferentes. La heterogeneidad de edades, trayectorias, intereses y saberes, nos ha permitido enlazar la producción literaria con la histórica. Esta escritura coral tiene como propósito recuperar colores, sabores, gustos, amores, miedos, anhelos y pasiones que las mujeres tuvimos y tenemos. En cada capítulo está presente un relato ficcional o una poesía que, a nuestro juicio, habilita a pensar el pasado desde la *performance* estética y las emociones, y lo nutre de diversidad y belleza. También intercaladas aquí y allá, acompañan el texto imágenes poderosas de dos fotografías, en la intención de unir a las palabras, el contundente lenguaje del arte gráfico.

Los poemas y los relatos son construcciones ficcionales que se nutren de las historias reales, en el sentido de que éstas les aportan contexto. Aun cuando se trata de personajes que han existido y han

sido desarrollados en la narrativa de la historia que acá contamos, como por ejemplo el caso de Macagua, o María La Grande, los textos de ficción se desprenden de lo real para sumergirse en el universo de lo posible, que es una de las herramientas más poderosas de la literatura. No estamos contando “verdades” en estos cuentos y a través de estos poemas. De la misma manera, las imágenes que se intercalan en el libro, lejos están de ser testimoniales. A través de distintas formas del arte, estamos mostrando lo que imaginamos cuando pensamos en estas mujeres de las que la historia nos habla. Algunas con nombre y apellido, otras no. Pero todas posibles.

Lo que desplegamos a continuación es el resultado de nuestro trabajo. Se trata de un texto polifónico que mira al pasado con ojos de presente. Sus autoras somos amigas, colegas, confidentes. Disfrutamos esta montaña rusa que hoy se disfraza de libro. Esperamos que también haya goce en quien inicia su lectura.

CAPÍTULO 1. CONTEXTO, VOCES Y SILENCIOS

En este capítulo explicaremos, en forma muy resumida, el contexto histórico y las formas de organización social, política y cultural de las poblaciones originarias patagónicas, en relación con el proceso de construcción del Estado argentino. Nuestro propósito es reconstruir la vida en la Patagonia de la segunda mitad del siglo XIX para situar allí las historias de las mujeres. Para tal fin, identificaremos las fuentes que utilizamos, señalando intenciones, autorías y tiempos en las que éstas fueron producidas.

El espacio patagónico a mediados del siglo XIX

Las sociedades indígenas patagónicas se autodefinen en la actualidad sobre la base de determinadas identidades preexistentes, particularmente tehuelche y mapuche¹ en el caso de la Patagonia norte. No es intención de este trabajo clasificarlas, en función de que concebimos a las identidades como relacionales, dinámicas y cambiantes en cada circunstancia histórica². En efecto, a medida que avanzamos en la descripción del espacio patagónico en el siglo XIX,

1 Actualmente existen distintas auto-identificaciones: “pueblo mapuche; mapuche-tehuelche; pampa-mapuche y *günün-a-küna*-mapuche; en las provincias de Río Negro, Chubut y Buenos Aires” (Pichumil y Nagy, 2016:9).

2 Sugerimos para este apartado la lectura del texto editado por Susana Bandieri (2021), así como la consulta de las referencias que figuran en la sección de bibliografía.

los frecuentes mestizajes prácticamente impiden hablar de procedencias étnicas puras.

En el siglo XIX, los habitantes de los diferentes territorios fueron adoptando diversos nombres, generalmente vinculados a la ubicación geográfica de sus dominios territoriales. Hasta finales de ese siglo, no existieron límites políticos en la Patagonia: el corredor pampeano-norpatagónico se extendía de océano a océano, al sur del río Salado y el río Bío Bío. En esta ancha franja existían diversas poblaciones indígenas, con redes sociales y económicas que las vinculaban tanto entre sí como con los grupos criollos, en un complejo mundo de relaciones y también conflictos, internos y externos. Hasta la década de 1880, no hubo Estado nacional ni argentino ni chileno, por lo que resulta inadecuado otorgar nacionalidad a los habitantes de esta tierra en tiempo previo a estos años. Por otro lado, se trataba de comunidades ágrafas que hablaban diferentes lenguas según la región habitada, que transitaban un gradual proceso de imposición de la lengua mapuche o *mapuzungun* (lengua de la tierra). Esas cuestiones entrelazadas complicaron sobremanera la identificación de las parcialidades.

En este escenario, historiar a los pueblos originarios y sus mujeres entre mediados del siglo XIX y comienzos del siglo XX es una tarea compleja. Estos pueblos no dejaron testimonio escrito de su pasado y su historia es una tarea en construcción. La mayor parte de los testimonios con que se cuenta para historiar esta etapa proviene de los relatos de funcionarios, viajeros y misioneros que, en el marco de exploraciones territoriales e intentos de evangelización realizaron, con mayor o menor detalle, diversas descripciones de los grupos indígenas. Estos cronistas varones describieron la realidad

desde sus marcos de referencia y su posición “blanca”³, occidental, cristiana y masculina, lo cual los llevó a confundir unidad cultural con unidad social y política, así como adscripción étnica con ubicación geográfica. Estos testimonios se encuentran impregnados de valoraciones subjetivas, razón por la cual deben necesariamente relativizarse, a la vez que tomarse los recaudos necesarios para su interpretación, como ocurre con cualquier tipo de documentación histórica.

Recuperar la voz nativa en este proceso resulta una tarea compleja ya que, como hemos mencionado, prevalece el discurso positivista de funcionarios y expedicionarios. Pero, aún con sombras y vacíos, es posible visibilizar rasgos de los pueblos originarios —y particularmente de sus mujeres— en este período, a partir del resultado de investigaciones, algunas de ellas contemporáneas al período que narran, otras más recientes pero ancladas en la memoria ancestral transmitida de generación en generación.

Tehuelche⁴ y mapuche

Hacia la segunda mitad del siglo **XIX**, los pueblos que habitaban el sur americano conformaban un sistema pluriétnico que tuvo la particularidad de haberse mantenido autónomo respecto de la cuestión política y territorial estatal. Sin embargo, sufrieron profundas

3 Utilizamos la palabra *blanca* porque así aparece en las fuentes que hemos consultado, pero la entrecorrimos en cuanto negamos la idea de su existencia objetiva y evitamos el vínculo con las teorías supremacistas, pretendidamente científicas, vinculadas al concepto de raza.

4 Hemos utilizado la palabra *tehuelche* por una cuestión de uso y porque así nombran los cronistas del siglo **XIX** a los *gününa küna* y *aonik enk*.

transformaciones a partir de los contactos e intercambios de bienes y personas entre las sociedades hispano-criollas y las indígenas.

Los tehuelche, cazadores especializados, tenían un amplio y acabado conocimiento del paisaje y de los sitios utilizados como lugares de acampe, cercanas a la disponibilidad de agua, leña, pasto para los caballos y protegidas del viento. Identificaron con nombres específicos a los lugares, paisajes y rutas posibles. Esto les permitía saber perfectamente hacia dónde y cuándo debían moverse y el tiempo preciso que demandaba el traslado. La caza de grandes animales, especialmente guanacos, en los valles precordilleranos y en la meseta patagónica, era la base de su sustento. La dieta se completaba con la recolección de frutos silvestres como manzanas, maquis y piñones, y la carne de otros animales como ñandúes, zorros, pumas y aves. La práctica de los traslados estacionales para un mejor aprovechamiento de los cursos de agua y de las pasturas, obligaba al uso de refugios rocosos en invierno o al empleo de toldos transportables cuando el clima era más benigno. Los toldos eran fabricados por las mujeres con pieles y tendones de guanaco. Del mismo material se confeccionaban los calzados y el quillango, un manto con la piel del animal hacia adentro usado para la vestimenta de hombres y mujeres.

Los recorridos tenían su punto de partida en las ricas tierras del suroeste bonaerense y atravesaban los valles de la región norpatagónica, donde se realizaban labores de descanso y engorde de los ganados. Luego se trasladaban al oeste, a la zona cordillerana, teniendo como destino final los establecimientos hispano-criollos ubicados al sur del río Bío Bío. Las rutas hacia las tierras andinas y los pasos cordilleranos conformaban una verdadera red de caminos conocidos como “rastrilladas”, disputados por diversas agrupaciones y codiciados por españoles primero y criollos después.

Dependiendo del recorrido a realizar y de la finalidad de los movimientos —caza, comercio o política— era el tipo de asentamiento seleccionado. El campamento base se levantaba por varios meses, generalmente en sitios permanentes, donde mujeres, niños y ancianos realizaban las tareas de recolección mientras los hombres cazaban y comerciaban durante semanas o meses. El asentamiento transitorio estaba enmarcado en los traslados a grandes distancias. Lo utilizaban por una noche o un día, para descansar o proveerse de agua, por ejemplo. También existían lugares donde confluía gran cantidad de toldos de una misma parcialidad o de diferentes pueblos que se encontraban a comerciar, sellar alianzas políticas o acordar matrimonios. En la medida en que se avanza en el tiempo, veremos la conformación de amplias redes parentales que demuestran importantes grados de mestizaje. Como señala el historiador chubutense Julio Vezub,⁵ la instalación de tolderías más estables y la crianza de ganado propio, como así también, en algunos casos, las prácticas agrícolas, incrementaron a mediados del siglo XIX, las actividades comerciales y se convirtieron, junto al malón, en las dos formas más eficientes para la obtención de bienes y poder por parte estos grupos indígenas y sus líderes.

Pese a no caer bajo el dominio español en el área trasandina, otro grupo indígena mayoritario, los mapuche, incorporaron productos y costumbres de los grupos hispano-criollos, tales como el uso del metal y la crianza de ganado caballar y vacuno⁶. Ya en el siglo XIX, se

5 Recomendamos la lectura de la producción del investigador chubutense Julio Vezub quien explica, con un gran número de fuentes, el sistema de relaciones al interior de las sociedades indígenas, entre éstas y la sociedad hispano-criolla en el siglo XIX.

6 Estos linajes podían estar basados tanto en relaciones de parentesco sanguíneo como por el recuerdo de un antepasado común, real o mítico. Podía ser un animal (*nahuel*: tigre; *flu*: serpiente; *ñancu*: aguilucho) o algún elemento de la naturaleza (*cura*: piedra; *antu*: sol) los que daban también nombre a los linajes emparentados (Aizen y Muro, 1993).

tornó evidente su influencia política, económica y cultural, surgida a partir de alianzas, contactos y/o enfrentamientos, sobre los pueblos del corredor pampeano-norpatagónico. De esta manera, el predominio de prácticas culturales mapuche se hizo visible en cosmovisiones, rituales y ceremonias, en el uso de topónimos, en aspectos materiales como la confección de tejidos y en el empleo generalizado del *mapuzungun* como lengua franca en todo el sector.

La sociedad basó su organización en la estructura familiar que se conformaba a partir del matrimonio. El varón podía unirse con más de una mujer —siempre y cuando su situación económica y sus saberes ancestrales le permitieran mantenerlas en igualdad de condiciones—. Las uniones permitían establecer lazos con otras regiones y grupos a través del parentesco. El nombre de los linajes se heredaba por medio de una ceremonia específica y se relacionaba casi siempre con la naturaleza.

La autoridad para los mapuche no era unipersonal, sino compartida por *longkos* y *machis*⁷. Los primeros eran líderes políticos con base territorial que aumentaban su poder a partir de la concentración de bienes, la capacidad de distribución y la necesidad de negociar con funcionarios del gobierno nacional. Las *machis* fueron autoridades espirituales y filosóficas con capacidad reconocida de dialogar con las fuerzas de la naturaleza e interpretar sus mensajes. El orden cósmico se fundamentaba en el respeto a los antepasados y en una noción cíclica y reversible del tiempo. En la cosmovisión mapuche no

7 En *mapuzungun*, *longko* significa, literalmente, cabeza. Se traduce habitualmente como cacique y refiere a un liderazgo que tiene que ver con el prestigio y con habilidades para arribar al consenso. Incluye una dimensión territorial e implica el ejercicio de responsabilidades políticas como orientador. *Machi* refiere a una autoridad con capacidad para interpretar el lenguaje de la naturaleza, dirigir ceremonias y realizar prácticas de sanación en procura de la restauración del equilibrio entre las personas y su entorno. En este trabajo hemos utilizado en algunas ocasiones la palabra “cacique”, porque así aparece en las fuentes.

existe distanciamiento del hombre con la naturaleza, se considera a la humanidad como parte de la tierra y no su dueña, de allí que muchas de sus actividades tuvieran correlato con esa forma de interpretar el mundo.

La cría de vacas, ovejas, mulas y cabras tuvo una gran importancia económica para este pueblo. Los vacunos fueron la base de un activo intercambio comercial con las áreas trasandinas y atlánticas, y los ovinos proveyeron de lana a las tejedoras de la comunidad. El ganado se intercambiaba por herramientas de hierro, licores, aguardientes, azúcar y tabaco, entre otros productos. Los mapuche también desarrollaron una agricultura en pequeña escala, cultivaban maíz, papa, quinua, calabazas, habas y ají. Las plantas silvestres, como el michay, les proporcionaban los dulces naturales, y el piñón, la harina con la que hacían el pan.

La producción textil mapuche constituyó un preciado bien de uso e intercambio. Estas manufacturas —posiblemente influenciadas por la tradición textil del pueblo incaico a través de contactos con indígenas del noroeste—, incluían dibujos geométricos impregnados de ideas sobre el mundo y sus habitantes, como así también de sus creencias, también reflejadas en cerámicas y pinturas rupestres.

Los contactos e intercambios, como así también los conflictos entre las diversas agrupaciones, fueron cada vez más intensos y activos hasta sellarse con las alianzas guerreras que, entrado el siglo XIX, establecieron frente al enemigo común que pretendía expropiar sus territorios. La derrota militar y la persecución permanente de la que fueron objeto durante las etapas posteriores derivó en su silenciamiento cultural y los confinó a espacios territoriales cada vez más pequeños, obligándolos a acallar su lengua, al menos con sus vínculos externos, y a ocultar en muchos casos su pasado e identidad indígena.

Estado argentino y mundo indígena: ciencia, política y relato

A medida que avanzaba el siglo XIX, el gobierno nacional en su afán de aumentar sus derechos jurisdiccionales sobre la Patagonia promovió, antes y después del avance militar sobre el territorio, una serie de exploraciones científicas y militares con el fin de reconocer aquello que se pretendía dominar. Destacados naturalistas de la época, aficionados sin formación específica y miembros de las sociedades científicas, proporcionaron la información necesaria para la conquista militar, realizaron relevamientos cartográficos y de población, y renombraron accidentes geográficos, aunque ya contaban con denominación nativa. Entre ellos, se destacan los estudios de Carlos Burmeister, Martín Guerrico, Ramón Lista, Carlos María Moyano y Francisco Pascasio Moreno, realizados entre 1874 y 1892. También hubo informes producidos por expedicionarios extranjeros, como los de Guillermo Cox y George Musters.

La mayoría de los que llegaron a la Patagonia en este período fueron hombres. Europeas, chilenas y argentinas, por lo general de sectores acomodados y cristianas, se resguardaron en las ciudades de su país natal mientras hombres de sus familias avanzaban hacia el incógnito sur, donde se encontraron con “otras”: las mujeres indígenas.

Ramón Lista fue el primer explorador criollo en Tierra del Fuego, funcionario del Ministerio de Guerra y Marina entre 1877 y 1880, durante el gobierno de Nicolás Avellaneda. Estuvo encargado de la recopilación de todas las publicaciones, planos y documentos relativos a la zona sur. Entre 1887 y 1892, fue gobernador del Territorio Nacional de Santa Cruz. Lista, estaba casado con Agustina Pastora Andrade, poetisa e hija del escritor Olegario Víctor Andrade, aunque convivió con una tehuelche, Koila, en la toldería de Paso del Roble, cercana a la ciudad actual de Río Gallegos. El gobernador reconoció

a Koila como su esposa y tuvo con ella una hija, a la que llamó Ramona. Esta situación provocó el suicidio de su mujer “legítima”.

Koila no fue la única mujer de Lista, ni Lista el único expedicionario que tuvo descendencia con mujeres de las tolderías. Algunos de esos hijos de viajeros, científicos y soldados, llevaron el apellido paterno —como en el caso de Ramona Lista—. Otros asentaron en los registros civiles “padre desconocido”, ya que la ley 340 del Código Civil de ese tiempo establecía en su artículo 334 que “en el reconocimiento que hagan los padres de sus hijos naturales, es prohibido declarar el nombre de la persona en quien o de quien se tuvo el hijo a menos que esa persona lo tenga ya reconocido.”

Volviendo a Lista, los resultados de sus expediciones permitieron confirmar las cualidades productivas de la zona, en especial para la crianza de ovinos. Fue el responsable de la matanza de San Sebastián, en la que fueron fusilados veintiséis *selknam*⁸, en ocasión de explorar la isla de Tierra del Fuego en 1886. En expediciones posteriores continuaron los asesinatos junto al rapto de mujeres y niños. Ni él ni sus hombres fueron condenados por esos delitos.

Guillermo Eloy Cox, explorador chileno hijo de un marino inglés, fue otro de los viajeros más relevantes de la época. Impulsado por el gobierno de su país, realizó expediciones en busca de una vía que comunicara la región de Llanquihue con el océano Atlántico sin tener que recurrir a los peligrosos viajes por el estrecho de Magallanes. Con ese propósito surgió la intención de su viaje al Nahuel Huapi para luego trasladarse, siguiendo los cursos de los ríos Limay primero y Negro después, hasta Carmen de Patagones. No pudo cumplir su objetivo por la resistencia indígena y sólo llegó hasta lo que en la

8 Nombrados por los cronistas como onas, los *selknam* fueron miembros de un pueblo originario que habitó el norte y el centro de la actual provincia de Tierra del Fuego.

actualidad es Collón Cura. El texto de su autoría sobre el acotado periplo, “Exploración de la Patagonia Norte”, vio la luz a poco de que Cox finalizara aquel viaje. En su escrito sostuvo que en la zona se hablaba tanto la lengua mapuche como la tehuelche y que la organización política era de tipo horizontal: las decisiones se tomaban en parlamentos y el poder de los jefes se sostenía a partir de su capacidad de redistribuir a través de las raciones los bienes que ingresaban. El sometimiento a la autoridad de las jefaturas era voluntario, de allí la variedad de procedencias étnicas que se reconocían en las *tolderías*.

Otro viajero del territorio patagónico fue George Chaworth Musters, proveniente de Inglaterra. Motivado, entre otras cosas, por la obra de Charles Darwin, atravesó longitudinalmente la meseta patagónica entre 1869 y 1870, desde Punta Arenas (actual Chile) hasta Carmen de Patagones. Los más importantes líderes indígenas de la época aceptaron su compañía en sus traslados estacionales por el territorio. Musters permaneció un tiempo en las *tolderías* de Foyel, en el área andina de la actual provincia de Río Negro, y se estableció más tarde en el campamento de Saygüequé, ubicado en Caleufu, en la actual provincia de Neuquén. El libro escrito como producto de su travesía, “Vida entre los patagones” (1871), aportó datos sobre el poblamiento patagónico y brindó una detallada información cartográfica.

Musters describió las residencias estables de las poblaciones indígenas y las evidentes muestras de control territorial de algunos *longkos*, como Saygüequé y Casimiro Biguá, a quien define como el “jefe de los tehuelche meridionales”. Las descripciones del viajero inglés sirvieron tanto a las autoridades argentinas para planear su futura conquista militar, como al gobierno y a grandes empresarios del imperio británico para identificar las tierras con mejores posibilidades para sus futuros emprendimientos ganaderos.

Pocos años después, en 1878, una mujer de nacionalidad inglesa llamada Florence Dixie viajó a la Patagonia junto a su esposo, hermanos y amigos. Florence, corresponsal de guerra y feminista, relató la experiencia de su viaje en el libro *Across Patagonia* (1880), donde describió su visita a un campamento tehuelche.

Por su parte, Estanislao Zeballos, por encargo del entonces ministro de Guerra, Julio Argentino Roca, redactó una memoria con “datos históricos y científicos” de la Patagonia en 1878. Zeballos, joven de 24 años fundador de la Sociedad Científica Argentina y autor de numerosos artículos periodísticos sobre las ventajas de extender las fronteras hasta el río Negro. Publicó “Descripción amena de la República Argentina”, luego titulada “Viaje al país de los araucanos”. El texto se publicó en 1881 y constituyó un éxito editorial sin precedentes.

Otro argentino abocado al relevamiento y exploración del territorio indígena del sur fue Francisco Pascasio Moreno, designado en 1896 perito en los diferendos limítrofes con Chile. Con apoyos oficiales y el auspicio de la Sociedad Científica Argentina, Moreno exploró entre los años 1874 y 1880 la desembocadura del río Chubut, el río Santa Cruz y el área del Nahuel Huapi. Su buena relación con algunos jefes indígenas le permitió compartir con ellos experiencias que describiría luego en sus libros, especialmente en “Viaje a la Patagonia Austral”, publicado en 1879. Sus escritos permitieron conocer características de los territorios y fueron fuente de información imprescindible a la hora de planificar las campañas militares contra los pueblos patagónicos. Su colección antropológica y etnológica, a la que posteriormente sumó personas indígenas sometidas, formó parte de los atractivos del Museo de la Plata, del que fue director.

Entre los trabajos que recuperan la voz nativa, nos interesan particularmente los resultados de la investigación que realizó en territorio patagónico el alemán Robert Lehmann-Nitsche entre 1900 y

1926. En una empresa que le insumió veinte años, Lehmann-Nitsche transcribió en más de 3.000 páginas diversos relatos orales de hombres y mujeres originarias, entre fines del siglo XIX y principios del XX. En 2008 se descubrió el manuscrito en una biblioteca de Berlín y comenzó su traducción, realizada por Margarita Canio Llanquinao y Gabriel Pozo Menares, pasantes del Instituto Ibero-Americano de Berlín y doctorandos en historia. Recién en 2013 esta obra —a la que se sumaron otros materiales que Lehmann-Nitsche recopiló en su trayectoria académica se publicó en Chile, respetando la versión original que proponía una doble columna: en lengua mapuche y su traducción literal al castellano.

Otro conjunto de testimonios orales mapuche recuperados por equipos de investigación universitarios y por otros grupos promovidos por los Estados provinciales, también nutren las páginas de nuestro libro. En todos los casos, intentamos tener en cuenta recaudos metodológicos: la intencionalidad y el lugar social de quien pregunta, el contexto histórico-social al momento del registro del testimonio oral, la escritura y el tiempo transcurrido entre los hechos que se narran y el momento en que se enuncian.

LA EUROPEA

Estamos de regreso
los diecisiete que partimos
y cuatro o cinco más que se querían volver.

El viaje fue auspicioso.

Me pregunto
por qué le fascinan tanto.

Yo también tejo
aunque no hago mis agujas.

Yo también cultivo
aunque no coma espinas ni rosas.

Yo también amo todo en este mundo
aunque celebre ciertas muertes.

Yo también rezo
aunque no crea en las señales.

Yo también comparto a mi marido
aunque él no sepa que yo lo sé.

Yo también construyo mis casas donde voy
aunque nadie las vea.

Yo también crío
aunque todos mis hijos
hayan muerto en la guerra.

En mi camarote
pienso y escribo
quiero agregar algo
la náusea o la vergüenza
me llevan a cubierta.

Es mejor que las ideas roncadas
se mojen
y el aire salado
me devuelva el semblante
antes de volver.

Vamos camino de regreso
pienso
aunque parezca lo mismo
no morimos igual.



Imagen: Natalia Buch

Las mujeres indígenas en la segunda mitad del siglo XIX

Para dar cuenta de la historia de las mujeres, en este espacio y en este tiempo, hemos utilizado los dos registros a los que aludimos en el apartado anterior. El primero se constituye por las publicaciones de expedicionarios y viajeros, y por algunos datos escuetos que se encuentran en informes oficiales, prensa y diarios de religiosos. Un segundo registro, más breve y aún en proceso de construcción, proviene de los pueblos originarios y especialmente de sus mujeres, que mantuvieron vivas sus formas de vida, cultura y cosmovisión. La tradición oral cuestiona la manera en la que éstas fueron explicadas, porque esa explicación siempre tuvo como modelo de referencia a un mundo occidental, “blanco”, católico y patriarcal.

Las referencias a estas mujeres que aparecen en los escritos europeos, chilenos y criollos están, en general, vinculadas al ámbito doméstico y a la trilogía sexualidad, vida cotidiana y linaje. Específicamente en relación con las sociedades de la Patagonia de la segunda mitad del siglo XIX, los aspectos mencionados son la mujer como: un bien intercambiable, una parte central de los ciclos de reproducción biológica y una productora de bienes materiales dentro del grupo familiar. Pero las mujeres fueron e hicieron mucho más que eso.

CAPÍTULO 2. LAS DEL PRINCIPIO

En este capítulo analizaremos actividades, representaciones y roles de las mujeres indígenas que habitaron la Patagonia en la segunda mitad del siglo XIX. Para ello hemos apelado a fuentes extranjeras, criollas y nativas en una escala temporal que incluye testimonios recientes reconstruidos en base a la tradición oral. En algunas ocasiones hemos realizado modificaciones mínimas en la escritura con relación a la versión original, en pos de facilitar su comprensión y lectura.

Una lectura atenta de estas fuentes nos permite afirmar que algunas de las mujeres trascendieron el ámbito doméstico y tuvieron una importante participación política, desarrollaron una alta capacidad como intermediarias comerciales, fueron productoras de bienes para comercializar, se desempeñaron como mediadoras culturales y tuvieron una protagónica intervención en las relaciones políticas, simbólicas y religiosas. Las fuentes nativas dan información sobre estas dimensiones y las nutren de significados vinculados a las formas propias de comprender el mundo. De sus itinerarios vitales y sentidos nos ocuparemos a continuación.

Ámbito doméstico y división de tareas

Las fuentes extranjeras y criollas reafirman la tesis tradicional acerca de la división sexual del trabajo, que circunscribe a las mujeres

al ámbito doméstico y a un circunstancial rol de recolectoras. Según estas fuentes, eran las que se encargaban, por una cuestión cultural, del cuidado de los cuerpos, la conservación de los alimentos, y el sostenimiento y desecho de enseres y utensilios. Realizaban estas tareas en el grupo familiar del que formaban parte y en otros asistían a individuos que no podían valerse por sí solos (ancianos, niños y personas enfermas).

El embarazo para estos pueblos era recibido con alegría y los nacimientos largamente celebrados, ya que garantizaban la descendencia. El cuidado de los recién nacidos requería especial atención. Las cunas, hechas con varas de mimbre arqueadas, pintadas con colores y adornadas con cascabeles o chapas de plata, eran construidas para facilitar el transporte a pie o a caballo y estimular el desarrollo integral de los más pequeños.

Responsables de la alimentación de sus hijos, junto con la provisión de la comida, las mujeres entremezclaban valores simbólicos con fines prácticos: consumir el cuajo del estómago de avestruz para que fueran buenos boleadores, beber el líquido de ojos de guanaco para mejorar la vista y evitar comer lengua de animales porque su ingesta les impediría hablar bien en los parlamentos.

También participaban de las tareas de recolección para alimentar al grupo. Estas tareas no fueron circunstanciales, como afirman algunas crónicas, sino centrales en el contexto de la subsistencia ya que garantizaban alimentos en forma constante, suplían la falta de éxito en la cacería y equilibraban una dieta que, de otra forma, se hubiese sustentado exclusivamente con el consumo carne.

Respecto a la cacería sólo la primera etapa —la caza de animales grandes— la realizaban los hombres. La elaboración de charqui —carne salada—, el secado de carne al sol, la conservación de grasa y el acopio para épocas de escasez, eran tareas femeninas.

La base de la economía era el intercambio de productos entre el *lof* (territorio formado tanto por las personas como por las energías que lo habitan), las familias y las personas. El valor de los productos no era monetario, sino que estaba relacionado con las necesidades de quienes participaban del intercambio. Entre los mapuche no existía (ni existe, actualmente) el concepto de pobreza sino el de escasez, que está vinculado a la carencia de cosas en determinadas estaciones del año. La base de las relaciones sociales era (y es) la reciprocidad, asociada al intercambio, partiendo de la idea que todos tienen algo para dar.

Casamientos en las tolderías

La mujer en las comunidades indígenas era, en sí misma, un bien económico, ya que quien poseía muchas mujeres podía venderlas, intercambiarlas y recibir dotes en ocasión de bodas. La cantidad de mujeres que participaban de una misma unidad doméstica dependía directamente de la capacidad del varón para su adquisición y sostén.

La edad para casarse era los dieciséis años, aunque acuerdos entre familias podían admitir casamientos precoces. El acercamiento comenzaba con regalos al padre de la muchacha, luego se realizaba el pedido de unión y se hacía una oferta en reparación por los gastos que el padre había tenido en la crianza. Al respecto, sostiene Musters (1997):

El uso corriente es que el novio, después de haber obtenido el consentimiento de su amada, envíe a los padres de esta un hermano o un amigo íntimo a ofrecerles un número de yeguas o caballos, o adornos de plata por

la novia (p. 210). Se permite tomar a un indio todas las esposas que pueda mantener, pero es raro encontrar uno que tenga más de dos, por lo general no tienen sino una (p. 211). Entre los indios las mujeres se compran: este artículo tiene algunas veces mucho valor según el rango de la mujer o su belleza. Convenido el precio el joven puede vivir ya con la niña, pero en los toldos de sus padres, y no puede llevarla al suyo hasta que no haya concluido de pagarlo todo (p. 213).

Desde la perspectiva nativa, el relato de Kolüngur a Nawelpi¹, registrado en julio de 1901 por Lehmann-Nitsche, explica la ceremonia del casamiento, que comienza con el carneado de una yegua:

Entonces la novia entra toda la carne de la yegua carneada, la destroza en pedazos y la cocina para que la gente pueda comer. Le dicen a ella que prepare el *külchemollfüñ*, que en castellano le dicen morcilla. Entonces, al otro día, bien tempranito por la mañana, se levanta la recién casada. Barre la casa, trae la leña, trae agua y va a trabajar con el hilo de lana. Esto es para que sepan si es una mujer bien alentada o poco alentada. Si no hace esto, hablan de ella: “pobre novia, ni siquiera sabe trabajar, más encima se quiso casar dice toda la gente (p. 378).

Completa el relato sobre la ceremonia, Desiderio Calfinahuel, mapuche de la agrupación Aigo, quien explica el casamiento de “los antiguos” en Ruca Choroy, hoy parte del departamento Aluminé en la provincia de Neuquén:

1 Los relatos que fueron narrados a Lehmann-Nitsche corresponden, en su mayoría, a mapuche que habían sido desplazados de su territorio debido a la campaña militar. Por ello, los textos fueron registrados en las ciudades de Buenos Aires o La Plata, donde los narradores se desempeñaban como bomberos, en el ámbito de la policía o en el ejército, como en el caso de Nahuelpi.

En primer lugar, se tiene un lazo trenzado nuevo, para pedir a la niña. El padre del hijo que se quiere casar, busca un hombre de mucha capacidad de palabras antiguas, un lenguaraz. Éste va a la casa de la chica con el lazo en la mano. Le pasa el lazo a la joven y éste elige a la joven, le toca el cuerpo a la niña en la palma de la mano. Entonces está señalada. Se quedarán pensando los dueños de la hija, si les gustó el muchacho. El lenguaraz buscará una gran consulta con los dueños de la hija para el joven que se quiere casar. Aplazan las fechas para un encuentro. Llegan los dueños del hijo con sus familiares. Se consulta con el cacique también (en Giglio, 2007², p. 37).

Ermiliana Cairú, de la misma comunidad, recuerda:

Le pagaron con un caballo a la viejita. Fueron con una tropilla de parientes a la casa de la viejita. Las tías le llevaron tela para hacer ropa, rebozo y otras cosas. Así era la forma. Ayudar a pagar a la mujer. Después carneaban y comían. Dicen que después de comer se sientan en el suelo. Ponen un cuero y una manta de labor los que se van a casar. Los padres se sientan atrás. Estos tienen que aconsejar a sus hijos. Decirle cómo tienen que portarse, como tienen que ser con los viejos, con la señora cómo tienen que trabajar. Primero los dueños de la hija y después los dueños del hijo. El matrimonio queda sentado sin decir ni una palabra, escuchando nomás (en Giglio 2007, p. 78).

Las mujeres garantizaban no sólo la alimentación, el abrigo, los bienes, sino también la imagen del equilibrio personal que aseguraba la aceptación social: eran quienes peinaban, pintaban los cuerpos,

2 Silvia Giglio fue la responsable de un proyecto intercultural realizado en 1986 en el distrito educativo Aluminé, en la provincia de Neuquén. Participaron las escuelas de Ruca Choroy, Carririlil, Poi Pucon, Lonco Mula y Pilolil. El material recopilado, publicado en 2007, incluye coplas, adivinanzas, cuentos, cantos y relatos de pobladores originarios.

depilaban a los hombres y los cuidaban tras las borracheras. Cox y Musters coinciden al respecto al afirmar:

Sus mujeres, cuando los acompañan, cuidan de manejar sus borracheras con discreción y tratan de reservar aguardiente para otras ocasiones (Musters:60) y las chinas están acostumbradas a ver, frecuentemente a sus maridos en guerra abierta con la temperancia y el equilibrio y lejos de reñirlos, les atienden mucho, aunque tampoco tratan de reconvertirlos (en Cox, p. 167).

Cuando el varón tenía más de una mujer, era la “mujer principal”, generalmente la más antigua del toldo, quien ejercía el liderazgo sobre las demás. Ésta mostraba, en algunos detalles, su jerarquía frente al grupo, por ejemplo, beber mayor cantidad de aguardiente, vestir diferenciadamente, administrar las raciones de comida y disponer de las majadas de ovejas.

Cox (2007) menciona al respecto:

Los indios pueden tener tantas mujeres como puedan comprar y mantener, pero la primera tiene casi siempre el primer rango (p. 169), la poligamia está permitida: el gran Choeque tenía cuatro mujeres, la favorita, ocupaba la parte central del toldo, pero las otras tres vivían en perfecta armonía y se cuidaban mutuamente los hijos con imparcial afecto (p. 280).

¿Fueron las mujeres cuerpos dóciles y obedientes a un orden social impuesto por el varón? Si bien es difícil dar respuesta a este interrogante creemos tener indicios acerca de que, frente al mandato de la poligamia, la maternidad y la prole numerosa, hubo acciones de resistencia. Por ejemplo, el chileno Cox acusaba a Pascuala, la mujer principal de Paillacan, de practicarse abortos ya que nunca había te-

nido hijos, a pesar de tener varios amantes cuando viajaba a Carmen de Patagones en busca de raciones.

En los manuscritos personales de Nawelpi (1901) figura un relato sobre su padre:

Esta vez dicen que tenía siete esposas el viejo Kallfükura, la primera dicen que se llamaba Ragnauilan, con ella tenía un amorío mi padre, entonces dicen que se enteró el viejo Kallfükura, entonces (dijo) “maldito Millapi, que muera ese maldito”. Y ahí cuando supo mi padre que le matarían, agarró su caballo más fuerte para escapar (...) Entonces cuando fue perseguido, llegó al *Ngulumapu*, a un lugar llamado Tomel (Tromen) cerca del pueblo llamado Temuco. Ahí fue cuando se casó con mi madre (en Lehmann-Nitsche, p. 321).

Algunos relatos, como los del perito Moreno, interpelan la idea de armoniosa relación entre las mujeres de un mismo varón. Entre fines de 1879 y comienzos de 1880, se encontraba Moreno en el territorio de Inacayal, cerca de la actual localidad de Cholila —Chubut—, cuando un consejo de ancianos decidió que Utrac, hijo de Inacayal, acompañaría a Moreno en su periplo hasta Carmen de Patagones. Una de las mujeres de Utrac, Caguel-Huincul, les ofreció frutillas envenenadas con el fin de retenerlos en la región e impedir que Utrac realizara el viaje con ellos y se encontrara con sus otras mujeres que residían en el río Negro, el lago Nahuel Huapi y Patagones. Moreno y su acompañante, Hernández, comenzaron a comer las frutillas. Una joven indígena de un grupo más austral, sometida a la mujer de Utrac, intentó en vano impedirle ingerirlas, en la intención de salvarle la vida. Moreno superó la indisposición gracias a que comió sólo unas pocas, al reposo y a una oportuna dosis de láudano, pero Hernández —muy enfermo— debió quedarse en los toldos de unos parientes, donde falleció tras un mes de agonía.

Resulta interesante remarcar que tanto Cox como Musters se sorprendían al notar que las peleas matrimoniales y los maltratos físicos no eran frecuentes. Observaron al respecto:

Ocurrieron entre los indios y sus mujeres dos reyertas, que fueron las únicas trifulcas matrimoniales de que tuve noticia durante mis andanzas con ellos (en Musters, p. 121). Las reyertas conyugales son raras, y la costumbre de golpear a la esposa es desconocida entre ellos (p. 261). Se ha hablado mucho de la condición desgraciada de las mujeres indias. Creo que hay una exageración en esto, debo decir, en honor a los indios, que nunca maltratan a sus mujeres (en Cox, p. 157).

Quizás la mirada más radicalmente eurocéntrica y condenatoria sobre las prácticas sociales nativas fue la de Estanislao Zeballos. En 1871, afirmaba:

Tan salvajes son las tribus araucanas, que se resisten obstinadamente a adaptarse a los usos y costumbres de la vida civilizada (...). Ejercen la poligamia y aun el parentesco no es respetado sino entre padres, hijos y hermanos. Admiten de cuando en cuando las misiones de los sacerdotes cristianos, bautizan sus hijos y reciben la bendición nupcial; pero no por eso renuncian a su vida brutal, en el que el sensualismo y el alcohol les absorbe casi todo el tiempo y la actividad (p. 110).

Niña-mujer

Para estas sociedades, el que una niña se convirtiera en mujer resultaba trascendente. Guillermo Cox da cuenta de la importancia del rito de pubertad, que implicaba el cambio de la identidad social de una mujer:

Luego de que una niña conoce los indicios de nubilidad, avisa a su madre o algún pariente cercano, el cual da parte al jefe de la familia quien es el encargado de organizar una ceremonia para festejar (p. 156).

Los relatos nativos hablan de la primera luna, el *wekun tripan* (salir afuera) cuando una joven tiene su primera menstruación. Nawelpi lo deja así registrado:

Durante cuatro días la gente hace una gran fiesta y se hace el baile *longkomeu*. Los bailarines pasan diez veces (alrededor). Se pintan y se pintan (todo el cuerpo) y los cascabeles hacen mucho ruido. Aquellos que van a bailar toman distancia de unas cuarenta varas (para luego acercarse). Entonces le tocan el timbal llamado *kultrung*. Entonces las mujeres hacen el canto sagrado *tayül*: ¡Ya, ya dicen *treile* mío, *treile* mío!, les dicen a los bailarines (en Lehmann-Nitsche, p. 210).

Una vez convertidas en mujeres se las consideraba aptas para el matrimonio. Mientras las cautivas criollas y las esclavas —cedidas o compradas a tribus rivales— no tenían posibilidad de elegir, las mujeres mapuche podían negarse al enlace. Al respecto, Musters comenta:

Desde la edad de nueve años las mujeres acostumbran ayudar en las tareas domésticas y en la fabricación de objetos, y como a los dieciséis se las considera aptas para la vida matrimonial, pero, por lo general, permanecen solteras unos cuantos años más. Los matrimonios se hacen siempre por inclinación y si la dama no gusta del que pretende su mano los padres no la obligan a realizar los deseos de ellos, aunque ese enlace pudiera serles ventajoso (p. 210).

Las mujeres que enviudaban se cortaban el pelo y se dejaban un flequillo que denotaba su nuevo estado. Pasado un tiempo (más de un año) la viuda podía volver a contraer matrimonio. Testimonios de los exploradores dan cuenta de alguna de estas características:

Una india joven y bonita, cuyo cabello cortado sobre la frente denotaba la viudez, dueña de varias yeguas y de una cantidad de efectos, me propuso matrimonio (en Musters, p. 121). Cuando muere un indio, sólo la mujer principal sigue el cuerpo, ninguna otra. La mitad de los animales del difunto se quema y la otra se la da a la mujer que tenga más hijos. Las otras se quedan con lo que tenían (en Cox, p. 169).

La perspectiva nativa, plasmada en memorias de mujeres recientemente construidas como discursos escritos, explica que existía un ritual para cada etapa de la vida, producto de profundos conocimientos sobre la naturaleza y sus bienes. La mujer en la cultura mapuche es la que conecta y enlaza mundos, la que une el cielo con la tierra. La palabra *kurre* (esposa) literalmente significa “hueco fecundo por donde se canaliza la energía pura”.

¿POR QUÉ NOSOTRAS?

hombre
tu cuero roto
fue mi escudo

el miedo al invasor nos hizo
precavidas

compañero, nunca fue revancha tu carne engañada
abierta al filo del sable
la mía, caliente,
cobijó semillas
que no siempre elegí

ahora tengo hijas
de todos los colores
que tendrán sus propios hijos
no elegidos

sabemos hacer tanto
nunca alcanza
algo siempre falta

con tantas cruces
no han aprendido
por qué morir

a veces
lo que pica no es la piel
queda más adentro
queda en la otra punta

en la guerra nadie quiere cargar encima
al enemigo
¿por qué nosotras?



Imagen: Natalia Buch

Mujeres que aprenden y enseñan

Las fuentes nativas contemporáneas nos permiten completar rasgos e improntas de mujeres en la cultura mapuche, que perduran en el tiempo y que no fueron advertidos por los cronistas occidentales. La educación mapuche tiene en cuenta la identidad territorial y familiar, y sus principios rectores son la circularidad, la reciprocidad y la complementariedad. Estos son los ordenadores de la vida del *che*³ con las demás fuerzas naturales, asentados el amor, la honradez, la rectitud y el respeto a los ancestros. Los primeros responsables de la educación de niños y niñas son sus progenitores, en especial sus madres. Ellas deben enseñarles que tomen de la *mapu*⁴ sólo lo necesario y que respeten las energías de sus entornos. Los elementos que configuran el universo mapuche se relacionan, conviven e interactúan entre sí: persona, tierra, naturaleza, poderes, mundo natural y espiritual. La reciprocidad y la retroalimentación entre energías positivas y negativas son generadoras de orden, equilibrio y armonía. Un lugar central lo tiene la observación de todas las vidas, viendo cómo conviven e interpretando las señales de la naturaleza. También es muy importante el ejercicio de la memoria y el cuidado por los detalles al describir objetos y situaciones.

El aprendizaje es concebido como un proceso que dura toda la vida. Los niños en general acompañan a los mayores a sus tareas del hogar y del campo, participando de conversaciones y ceremonias.

3 “Gente”, en *mapuzungun*. Refiere al conjunto de energía de un lugar que se concentra en una persona. Incluye el linaje y el “aquí y ahora”.

4 “Tierra”, en *mapuzungun*. Con este término se denomina tanto a los espacios que son próximos y parte de la vida cotidiana, como a las categorías más abarcadoras del espacio, de orden universal, como lo que está abajo y arriba de la superficie terrestre.

Se los considera con capacidad de aprender y comprender a partir de la observación, la escucha y la imitación.

El *mapuzungun* expresa la forma de pensar y de vivir de los mapuche. A través de él, se descifran los sonidos de la vida natural y se construyen sistemas de comunicación. Consejos, cuentos, leyendas, historias o sueños transmiten las ideas de *küme felen* (buen vivir, en términos actuales) y la reciprocidad hacia todas las vidas.

Los hijos que tenemos, escuchando este consejo padre y madre, así vienen sabiendo el camino bueno. Si no le damos consejo a aquellos chicos, nunca sabrían nada. Los chicos de casa, por más chicos, escuchan las conversaciones y así vienen sabiendo todo (Desiderio Calfinahuel, en Giglio, 2007, p. 89).

Desde la mirada criolla, nada saben los indígenas porque no han sido escolarizados y aún en el caso, de que fueran a la escuela —era práctica común que les arrebataran los hijos a sus madres, los trasladaran a las ciudades y los “educaran”— nada aprendían. Así lo narra Zeballos:

El hijo del cacique Tripailav es una prueba de ello. Educado en Buenos Aires por cuenta del Estado, desde su más tierna edad, desplegó inteligencia fulgurante y aprendía todo con facilidad. Su letra es irreprochable, escribe el castellano ortográficamente, posee dos idiomas, francés e inglés, y además conoce los rudimentos de la educación preparatoria. Hombre ya, volvió a su tribu, el padre lo nombró lenguaraz y secretario, y lo ha hallado habitando el toldo primitivo, entregado al alcohol, al sensualismo y a la holgazanería: las tres grandes virtudes privadas, a cuyo culto se consagran con emulación los indios (p. 111).

Estéticas y bellezas

La mirada masculina y etnocéntrica respecto a las mujeres indígenas se advierte en los relatos de los viajeros y expedicionarios. Si bien hay entre ellos cierto consenso acerca de que las mujeres jóvenes por lo general no eran “feas”, no dudan en calificar con duros epítetos a los cuerpos, olores y movimientos de las adultas y ancianas. Musters, por ejemplo, describe a la mujer de Paillacan:

Si todas sus esposas hubieran tenido la figura y la índole de su última ventura, no sería extraño que las hubiera despachado, porque no ha habido nunca vieja bruja más fea, más sucia, más emperrada, que haya cargado a la tierra con su peso, y probablemente a causa de esta calidad, o cantidad, ella nunca salía de su pieza (p. 100).

En cambio, al referirse a otras mujeres y a sus costumbres de vestimentas y adornos, Musters advierte:

Las mujeres jóvenes son con frecuencia bien parecidas, ostentan mejillas rosadas, llenas de salud, cuando no las cubren con pintura. Son de porte modesto, aunque muy coquetas y tan prácticas en el galanteo como si hubieran sido educadas en una sociedad más civilizada (p. 192). Las mujeres tienen una estatura baja en general, son de brazos muy fuertes, pero en cuanto a caminar rara vez lo hacen, ya que realizan todos sus viajes a caballo. Usan el cabello que es muy áspero, no muy largo y que difícilmente iguala al de los hombres. Lo alargan artificialmente los días de gala, al parecer con crin de caballo tejido con cuentas azules, y cuyas puntas adornan pendientes de plata, cabe aclarar que estas prácticas sólo las observé en las mujeres solteras (p. 192). El traje de las mujeres consiste en una manta sujeta a la garganta con un gran alfiler de plata provisto de un

ancho disco, o con un clavo o una espina, debajo de eso una bata de percal o tela liviana que baja desde los hombros hasta el tobillo. Cuando viajan se ajustan la manta con un ancho cinturón adornado de cuentas azules y tachones de plata o bronce (p. 194). Las mujeres son amigas de los adornos y usan zarcillos enormes de forma cuadrada, colgados de aretes que atraviesan el lóbulo de la oreja y también collares de plata o de cuentas azules (p. 195).

También Moreno se refiere con crueldad, en el relato de su viaje de 1879, a las tres noches que pasó en la toldería del cacique tehuelche Puitchulao:

Nada más sucio y más repelente que esas viejas de cara color *vieux chêne*⁵, arrugadas, semipintadas de rojo y negro, de pequeños ojos escondidos por los mechones de pelo duro y grasiento que cuadraba esa fisonomía de brujas; de senos caídos y mal cubiertos por un manto inmundo que señalaba sus inmensos vientres. El olor que despedían esas mujeres era insoportable, pero ellas parecían ignorarlo y durante todo el tiempo que duró la observación astronómica, no dejaron de enviarnos sus efluvios poco aromáticos. Esperaban una muestra de la generosidad del blanco, que consistió, después, en yerba y azúcar (p. 142).

Las mapuche no hablaban de belleza, sino de armonía. De un proceso para convertirse en *che*, que incluía el arraigo a la tierra y el diálogo con las fuerzas de la naturaleza. No había modelo con quien compararse.

⁵ "Roble viejo", en francés.

Actividades comerciales

Las mujeres eran responsables de la confección de los bienes comerciables y, en muchos casos, llevaban adelante la comercialización en ferias. Quillangos (mantas cosidas con pieles de diversos animales, especialmente guanaco, que podían usarse como capas de abrigo), enseres realizados con plumas de avestruz y manufacturas tejidas eran elaboradas por mujeres tehuelche, pehuenche, manzaneras⁶ y mapuche. Utilizaban pieles de gato montés, zorrino y puma para hacer mantas, y recolectaban pigmentos minerales para teñir lanas y colorear prendas. Una parte importante de la vida cotidiana de las mujeres estaba relacionada con el aprovisionamiento de herramientas y materiales necesarios para confeccionar las prendas como, por ejemplo, piedras para los raspadores, pigmentos, tendones para coser y lanas. La confección siempre era una tarea grupal y se constituía en una actividad que permitía la transmisión de conocimientos, además de la consolidación de vínculos entre mujeres.

Entre las sociedades originarias la relación entre la persona y sus pertenencias era muy estrecha: en el caso de las capas pintadas, por ejemplo, cada prenda se confeccionaba para una persona en especial. La práctica de enterrar al difunto con sus posesiones más valiosas—entre ellas su vestimenta—y la destrucción de otras, se ajusta a esa idea.

La labor del tejido comenzaba con la esquila y continuaba con la limpieza de la lana, el hilado, ovillado y creación del diseño para, finalmente, tejer la pieza en un telar. Las producciones textiles no sólo

⁶ Los manzaneros constituyeron un grupo multiétnico liderado, entre los años 1860 y 1885, por el *longko* Valentín Saygüequé. Conformaron el “país de las Manzanas”, ubicado en un triángulo limitado por los ríos Limay y Neuquén y la Cordillera de los Andes.

constituyeron un importante bien comercial, sino que permitieron diferenciar jerarquías sociales al interior de los grupos. El material con el que se confeccionaban las prendas y los dibujos que contenían tenían valor simbólico y daban cuenta de las edades y del lugar social que tanto varones como mujeres ocupaban en la comunidad, al igual que los adornos de plata y cobre que usaban.

Las lanas se teñían con plantas de la zona, con las que se preparaban tintas de diferentes colores. Según recuerda Fermina López, de Ruca Choroy:

Es una mezcla preparada con *kokolle*, *chacal*, *chepell* y *llalla* anta. Los yuyos se sacan todos con raíz y antes que florezcan. Se los pone a hervir (sólo la raíz) bastante. Cuando está frío, se pone la lana se la da vuelta hasta que agarre el color.” (en Giglio, 2007, p. 125).

La confección de mantos de cuero pintados era una tarea grupal en la que varias mujeres participaban, armando una especie de rompecabezas que, ensamblado, constituía la totalidad de la pieza. Se utilizaban para envolver enseres, armar toldos, realizar divisiones en su interior o hacer naipes. También se usaban como mantas de abrigo o como cueros nupciales y mortuorios. Las pinturas de los cueros estaban ligadas a la visión del mundo y de la naturaleza de este pueblo, así como a la materialización de los mitos en las ceremonias.

Los toldos, hechos también del mismo material, eran armados, desarmados y transportados por las mujeres. Según Musters:

La ocupación más importante de las mujeres era la fabricación de mantas de piel. Es sorprendente la energía infatigable con que trabajan y la rapidez con que cosen. Además de hacer mantas tejen vinchas con hilo de tela deshilada obtenida por trueque en las colonias, o de sus vecinos

araucanos. También tejen de vez en cuando fajas para la cintura y ligas. Muchas de ellas también trabajan los detalles de los adornos de plata, como ahuecar o doblar los tachones, abrir los agujeros y coser tachones sobre las cinturas o armaduras, según sea el caso. Cosen además las pieles que sirven de coberturas para los toldos, trabajo muy duro, por cierto. Rascan y preparan cuero de caballo para amueblar los dormitorios, pintándoles con diversos dibujos, hacen borrones de caña, también con adornos de plata muchas veces, con que protegen sus altas monturas, cocinan la comida trituran los huesos para extraer la médula, cuidan a las criaturas y acercan leña y agua, hacen todas las “tareas caseras” como dicen los americanos (p. 205).

Guillermo Cox también dejó registro de las múltiples actividades realizada por las mujeres:

La ocupación de las indias en las tolderías, además de cuidar a sus hijos, es tejer ponchos y frazadas de lana teñida con añil y tierras de color, también preparan cuero de guanaco (...) Las mujeres no tenían otros trabajos que los propios de su sexo entre gente civilizada, cuidan a sus hijos, hacen la comida, tejen ponchos y preparan cuero de guanaco (p. 157 y 158).

Otra mención sobre las actividades de las mujeres tehuelche la realizó Florence Dixie en su libro *Across Patagonia*, publicado en Inglaterra en 1881. Florence, hija de un marqués británico, tenía 21 años cuando decidió emprender un viaje por el sur, acompañada por su marido, hermanos y un grupo de colaboradores que fueron incorporándose a lo largo de la travesía. Partieron de Liverpool en diciembre de 1878 y llegaron a Punta Arenas, actual Chile, en los primeros días de enero del siguiente año. Desde allí comenzaron un viaje por la Patagonia Austral que duró unos 60 días, en los que

recorrieron a caballo más de 1.000 kilómetros. El texto que escribió incluye pormenorizadas descripciones de la flora y fauna del lugar, datos sobre accidentes geográficos, paisajes y climas. Florence también reconstruyó, con detalle, su visita a un campamento tehuelche, en el que había una docena de grandes tiendas de cuero. Admiró la belleza de las mujeres del campamento, de narices aguilinas y bocas que se hermoseaban por los magníficos dientes blancos. En contraste con la indolencia de los hombres, describió a las mujeres del grupo como muy industriosas. Según describe, trabajaban todo el tiempo confeccionando capas de guanaco, pintando cueros o buscando leña, que en el área de la toldería no era abundante. Cuenta que tras pasar una noche en el campamento, tuvieron como visitante a una mujer tehuelche que había huido de otra toldería —por la borrachera de su marido— y se dirigía a pie a Punta Arenas. Florence le dio bizcochos y chocolate, pero poco antes de su partida vino su marido a caballo, hicieron las paces y se fueron.

También existen registros escritos de la participación de las mujeres en los intercambios de bienes, mostrándose más inflexibles que los hombres a la hora de negociar. Musters afirmaba:

Se cargó a algunos caballos con cubiertas para toldos, mantas, que las mujeres esperaban vender con ventaja a los araucanos (p. 257).

A lo que agrega Cox:

El *pehuenche* consultaba a su mujer, y además iba a concluirse el trato cuando la china puso por condición que se le diese además algunas chaquiras so pena de romper el trato. Esto probará que la mujer tiene cierto peso en el menaje (p. 139).

A comienzos de 1860 se inició, como veremos en el capítulo quinto, un intenso intercambio comercial entre los tehuelche y un grupo de galeses recién llegados a Chubut. Un documento fechado en 1902, detalla la participación de las mujeres en esas actividades:

Con los avestruces solamente éramos personas de bien la pobre gente. (...) Se acumulaban las plumas (de avestruz), de a cien, de a doscientas plumas se llevaban para entregárselas a los pulperos. También las mujeres, cuando crecen, en nuestras tierras trabajaban, ellas elaboraban la *waralka*, hacían frazadas llamadas *pontro*, hacían de todo tipo de mantos de lana llamados lama, hacían los *chamall* —vestido del hombre, estilo chiripá—, ese era el trabajo de las mujeres, de esa forma trabajaba la pobre gente (en Lehmann-Nitsche, p. 348).

Celebraciones y convites

A todas las actividades mencionadas, debemos sumar la participación central de las mujeres en festejos y diversiones. En las comunidades indígenas de las Pampas y Patagonia los ‘convites —fiestas con abundante comida y bebida realizadas con fines sociales, religiosos y/o políticos—, requerían de las mujeres para su realización en una vía doble: aportaban mano de obra para la fabricación de chicha y participaban de las ceremonias inherentes al festejo.

En cuanto a los bailes, tanto Cox como Musters coinciden en destacar que a las mujeres se les tenía prohibido participar de ellos.

Sus diversiones son los bailes que realizan en algunas ocasiones cuando visitan a sus parientes o amigos. Los mismos son organizados por los indios,

las mujeres no participan del baile son sólo espectadoras, algunas realizan cánticos mientras se desnudan casi por completo (en Cox, p. 159).

Según la perspectiva nativa de estos pueblos, los convites no eran para divertirse sino para relacionarse, conversar y aprender. Las reuniones familiares, con parientes o amigos, eran la ocasión para transmitir conocimientos. En estos encuentros se otorgaba centralidad a las abuelas, quienes conservaban en su memoria lo que vieron y podían explicarlo, entrelazando el contar con el presentir y el ser. Las largas conversaciones comenzaban con una presentación personal que recuperaba la historia del *lof*. Según esta cosmovisión, cada persona no es un ser individual sino un miembro de una comunidad con su historia y sus ancestros, que sólo puede pensarse como una parte del conjunto de todas las vidas.

Parlamentos y caticas

Las mujeres participaban de los parlamentos, que constituían las acciones políticas que se ejecutaban para tomar decisiones en ámbitos de consenso. Eran convocados tanto a requerimiento de la sociedad criolla, como de los diferentes grupos indígenas. Su frecuencia y motivo dependían del momento histórico y el espacio geográfico en el que se realizaban. En el territorio de Saygüequé, entre 1869 y 1870, se llevaron a cabo dos encuentros determinantes para decidir si continuar con las relaciones fronterizas pacíficas o enfrentarse a la sociedad criolla. Foyel, lugarteniente de Saygüequé, llegó deseoso de pelea, Inacayal lo hizo con una partida provista de lanzas, mientras los tehuelche llevaron al encuentro mantas para comerciar y la intención de sostener los pactos existentes. Según el relato de Musters,

que participó del parlamento, en la decisión de abandonar ideas belicosas, fue fundamental la intervención de una mujer manzanera como mediadora de la paz. Así lo expresó:

Entonces, todos marchamos hasta corta distancia valle abajo, y vivaqueamos entre la hierba pampa como a milla y media de los toldos de Cheoque (Saygüequé), pero fuera de la vista de ellos. Dos o tres veces cruzaron mensajeros entre la residencia de ese cacique y nuestro vivaque, y últimamente llegó una mujer muy vieja que pronunció un largo discurso sobre los beneficios de la paz (p. 310).

También existen en las fuentes históricas —desde el siglo *XIX*— evidencias de la existencia de mujeres que ejercieron liderazgos políticos, en general hijas de caciques muy reconocidos. Esta información también aparece en los tres escritos que analizamos. *Musters*, por ejemplo, menciona la hija de Foyel:

Hizo los honores la hija de Foyel, linda muchacha de diez y ocho años con largos cabellos negros y sedosos, que una doncella, una chica tehuelche cautiva, tenía que peinar diariamente como obligación especial. Esa señorita no se humillaba nunca haciendo algún trabajo doméstico, aunque de vez en cuando aplicaba sus delicados dedos a la aguja; su dote de cerca de ochenta yeguas, y la influencia de su padre, hacían de ella, como es natural, un partido muy deseable; pero hasta el momento de mi partida, la niña había ejercido el privilegio de una heredera rechazando todos los ofrecimientos (p. 105).

Además, hay registro de mujeres que recibieron el nombre de cacicas al enviudar o cuando quedaron solteras porque nadie podía pagar su dote. Entre ellas, se destaca “María la Grande”, quien ejerció —en la

primera mitad del siglo **xx**— la jefatura entre una parcialidad de los tehuelche meridionales, en cercanías del estrecho de Magallanes y en la costa sur patagónica.

María, “María la Grande” —como la apodó Luis Vernet—, “Santa María” —como la denominó Darwin—, “María la Vieja” o “La Reina”, posiblemente mestiza, fue hija del cacique Vicente, a quien sucedió tras su muerte. Se caracterizó por ser una líder que centralizó la toma de decisiones y logró la paz entre los diferentes grupos desde el río Negro hasta el estrecho de Magallanes. La mayoría de los capitanes loberos que cruzaban el estrecho intercambiaban con María bienes por ganado. Su rol como administradora y productora de excedentes, se basó en la herencia primogénita y en las virtudes y cualidades para ejercer su papel.

El expedicionario Luís Vernet arribó a la península de Valdés en 1823 en busca de caballos salvajes y fue recibido por ella acompañada por un millar de indígenas. María le impidió carnear ganado cimarrón sin su autorización, ya que su pueblo tenía derechos tanto sobre el territorio como sobre los animales arraigados a él.

En 1827, el *Adventure* y el *Beagle*, en una expedición naval al mando de Phillip Parker King del Reino Unido, llegaron a la Bahía Gregorio donde se encontraba María, con la que intercambiaron carne de guanaco por cuchillos y cuentas. Entre la tripulación del *Beagle* viajaba el inglés Robert Fitz Roy, quien regresaría como capitán en otra expedición donde viajaba Charles Darwin y volvería a encontrarse con María, continuando con los intercambios comerciales.

Al asumir como gobernador de las Islas Malvinas en 1829, Luis Vernet le propuso a María un acuerdo para un intercambio comercial entre las islas y el continente, con el establecimiento de una colonia criolla en San Gregorio. Ella aceptó y llegó, junto a su hechicero y una reducida comitiva, a las costas de la Isla Soledad en enero de 1831.

Fue recibida con grandes honores por Vernet, quien le obsequió un vestido azul, frenos, espuelas y estribos hechos por el herrero de la isla.

En la comitiva de recepción estaba la esposa de Vernet, a quien la cacica obsequió un quillango de guanaco. María se instaló en la casa de los Vernet junto a una mujer que la asistía. Los demás durmieron con la peonada. Dos años más tarde, la invasión inglesa a las islas en 1833 frustró el acuerdo comercial, que se había sostenido hasta entonces.

María la Grande siguió al mando del pueblo tehuelche. Según la leyenda, a su muerte —ocurrida en fecha incierta, entre 1841 y 1847—, grandes hogueras fúnebres fueron encendidas a lo largo de la costa: una Patagonia oriental iluminada por el fuego fue el homenaje que confirma su liderazgo y poder.

ESTOS HOMBRES

Me dicen Reina
porque
no saben
cómo llamarme.

Cacica,
la gran comerciante,
¿qué saben ellos?

No alcanzan sus palabras
dicen que
del río negro a magallanes
se extiende mi poder
es nuestro
pero yo soy
todo lo que estuvo antes.

Han llegado.

Han llegado
y lo han querido todo.

Se llevaron liebres, guanacos,
me dejaron varias cosas
y este broche con el rostro
de su virgen.

¿Qué clase de hombres
cambia sus dioses
por comida?

¿Qué clase de dioses
lo permiten?
Ellos también
trabajan para mí,
su María
me sostiene el abrigo
sobre el corazón.

Porque no me conocen
la Grande me nombran.
Pedigüeña.
Cacica.
Reina María.

No saben.

Al partir
será el fuego el que hable.

Cuando no esté
las hogueras arderán
recordando esta sabiduría
y quien lo escuche sabrá
soy yo
cantando en el viento
que me esparce.



Imagen: Fernanda Rivera Luque

Prácticas simbólicas y religiosas

Religión, magia y medicina constituyeron un sistema de representaciones simbólicas central en las sociedades indígenas, en el cual las mujeres tuvieron un rol protagónico. Las de edad avanzada recibían y despedían a los viajeros con cantos, dirigían las ceremonias de imposición del nombre e iniciación (por ejemplo, con motivo de la primera menstruación) y manipulaban a los muertos ubicándolos en su morada final. Ante la ruptura del equilibrio individual o social, era la *machi* la encargada de restablecer la relación armónica entre la comunidad y la divinidad.

Las *machis* ejercían autoridad a punto de definir liderazgos, determinar la paz o la guerra, investir o destituir *longkos*. Eran tan temidas como respetadas por la comunidad y recibían mayor cantidad de bienes que el resto en los repartos, en la intención de los jefes comunales de congraciarse con ellas y, por su intermedio, con la divinidad. Las rogativas eran organizadas por las *machis* y no por el *longko*, quien podía solicitarlas pero no disponer sobre ellas:

Cuando uno tiene que vadear un río, un arroyo, tiene que hacer una pequeña rogativa. O quiere ir a cortar un monte, tiene que hablar algo. Se avisa al encargado. Para entrar en un cerro, una montaña grande, se avisa para que vaya bien, para que no tenga problemas. Porque en cada lugar hay un ser divino que no lo vemos. Hay que respetar cada cosa (...). En la rogativa se pide al *mapun* que la tierra esté firme, que no pase nada. Se le pide al *culin* que no le quite animalitos. Se le pide al *chen* que, si uno tiene un hijo, lo críe bien, con buenos alimentos, buenos consejos (cacique Amaranto Aigo, agrupación de Ruca Choroy en Giglio, 2007, p. 49).

Desde la visión nativa, la concepción de salud consiste en buscar el origen de la enfermedad y detectar cuál es la planta que el cuerpo está necesitando. No se actúa sobre el síntoma sino sobre el origen, para lo cual se necesita saber en qué momento del día, estado emocional, espiritual, psicológico y social estuvo esta persona para que surgiera la enfermedad. Para estas comunidades, la salud es una cuestión de equilibrio físico, mental, espiritual y social con las leyes de la naturaleza. Cuando el cuerpo y el alma no actúan en unidad, pueden ingresar en él espíritus o energías negativas. La enfermedad es la manifestación de ese desequilibrio.

Existe una sabiduría ancestral acerca de las propiedades de los bienes de la naturaleza, también sobre formas de impedir embarazos y de traer vida. Rosa Herminia Alsina Piloli, de la agrupación mapuche Aigo Neuquén, recuerda:

Hay que juntar yuyos porque en invierno escasean. Para conservarlos hay que secarlos al sol colgaditos en un cartoncito para que se mantenga más limpio. Yo junto todos los remedios. Hay que salir a la cordillera. Cuando preparo remedio aquí, mi gente, le pongo de todo poquito. Limpia plata, *meulen lahuen*, *quinchamáli*, chepin de hormiga, eucalipto, poleo, siempre viva. Y así, hay tantos remedios. Muchísimos (en Giglio, p. 161).

Los nacimientos, por lo general, eran acompañados por otras mujeres con experiencias en partos, que ayudaban a que éstos se produjeran sin complicaciones. Así lo menciona, por ejemplo, Sara Gil, de Lonco Mula:

Yo mejoré muchas mujeres. Vino el hombre a toda furia. Era puestero en Rancahue. Era la señora de un tal Pizarro. Yo la atendí, estaba mal la señora, no conocía nada. Llegué y la arreglé. Le acomodé la barriga. Estaba

atravesada la criatura. Otra vez arreglé otra. Nacía la manito y la criatura no salía. Me costó mucho para adentrarle la mano y arreglarlo. Muchas, muchas mejoré. Aprendí de una sola mujer. Yo era chica y estaba donde mi tía. Era curiosa y había visto cómo mejoraban las señoras, siempre me gustó fijarme (...) cuando no hace la placenta, la yerba cernida en un colador con agüita tibia, es bueno darle. Unas dos cucharaditas, no dejan hinchar la placenta (en Giglio, p. 178).

CAPÍTULO 3. OTRAS MUJERES

En este capítulo nos referiremos a las mujeres que formaron parte de los primeros asentamientos hispano-criollos permanentes en la Patagonia. Específicamente, historiaremos al grupo poblacional de las Islas Malvinas entre las décadas de 1820 y 1830 y a las mujeres que vivieron en Fuerte Carmen —sobre la desembocadura del río Negro—, a partir de su creación en 1779 y hasta la década de 1850. El relato histórico hace referencia a tres aspectos centrales: la heterogeneidad de las mujeres que habitaron estos espacios (europeas, nativas, afrodescendientes), sus diferentes condiciones de vida y, en algunos casos, sus repertorios de resistencia al *statu quo* impuesto.

Cautiverio e itinerarios femeninos

Así como las mujeres indígenas, otras mujeres también formaron parte de la trama del pasado de la Patagonia. Desde fines del siglo XVIII y con más intensidad durante el siglo XIX, la Corona Española primero y luego el incipiente Estado argentino, organizaron una serie de expediciones y ofensivas militares con el propósito de reconocer el terreno donde establecer presencia efectiva.

Un registro de época en clave femenina lo constituye el diario de María Sáez, esposa del ya mencionado gobernador de las Islas Malvinas, Luis Vernet. María viajó a Malvinas con sus tres hijos y embarazada de dos meses de una niña que nacería en las islas. Su diario

abarca de julio a diciembre de 1829. En él, describió su vida cotidiana junto a su esposo e hijos y la de unas veintitrés familias que habitaban ese territorio, llegando a un centenar de personas.

Quince afrodescendientes constituían la servidumbre de la familia del gobernador. Liderados por su capataz, solicitaban autorización a Vernet para sus acciones privadas como, por ejemplo, casarse. Las mujeres negras que conformaban ese grupo eran quienes realizaban tareas domésticas, recolectaban leña y ayudaban en el cuidado de los hijos del matrimonio. Entre ellas se destacaba Rosaura, “negra y lustrosa”, que oficiaba como comadrona.

En el diario se advierte la intención de María de continuar con pautas de vida de su Montevideo natal y su adecuación al nuevo escenario. Vestidos de encaje, muebles de ébano, piano de cola y provisiones importadas coexistían con la dificultad para calefaccionarse, la escasez de carne y las dificultades para encontrar personas que la asistieran. El 19 de junio, por ejemplo, escribió:

Mal tiempo con viento fuerte desembarcaron las provisiones y muebles vinieron los negros del pescadero que todavía no conocía e hice quedar algunas de ellas que he elegido para el servicio, entre ellas la que pienso mandar a mi madre en Buenos Aires, con el objeto de que vaya poniéndose algo de lo que es el servicio hasta que llegue el caso de irse.

Unos meses después, anotó en su diario:

Estoy con el pesar de ver gravemente enferma a la mejor de las negras, se halla tocada de una fiebre violentísima, no tiene más de veinticuatro horas de enfermedad y está en un delirio continuo, es la misma criada que había destinado al servicio de mi madre en Buenos Aires. Hoy (3 de diciembre) ha muerto mi buena negra, lo siento sobremanera, pues es una pérdida

para mi madre; ninguna de las otras se encuentra tan a propósito para servirle como lo era ésta, por su buen carácter y extremada docilidad.

Llama la atención en este registro, la muerte de varios integrantes de la comunidad afrodescendiente de la isla —en su mayoría mujeres— aparentemente contagiados por las enfermedades que tripulantes de barcos extranjeros traían al momento de recalar en la allí.

Los escritos de María Sáez evidencian que la condición de esclavitud se extendió a lo largo del siglo **XIX** en el territorio. Si bien la Asamblea de 1813 determinó la “libertad de vientres”, ésta afectaba sólo a los niños por nacer y recién cuando adquirieran la mayoría de edad. En muchos casos, declamada la libertad, las mujeres siguieron sirviendo a “sus señoras” con otra nomenclatura, pero con el mismo rol de sumisión absoluta y sin paga alguna.

Mujeres en el Fuerte Carmen

Para proteger las costas atlánticas —vulnerables al ataque de piratas y corsarios—, desde finales del siglo **XVIII** se dispuso la creación de fuertes en lugares estratégicos. En 1779 se crearon los de San José y Carmen de Patagones y, en 1780, los de San Julián y el Deseado.

Solo el Fuerte Carmen perduró. La idea original fue establecer en él a doscientas familias españolas que se dedicarían a tareas de labranza en convivencia con la guarnición militar. Las disposiciones indicaban que quienes fueran a establecerse en estos fuertes estuviesen, preferentemente, casados.

Las mujeres, según se evidencia en las crónicas, no participaron de la decisión de instalarse en el Fuerte; las autoridades de migración trataban sólo con hombres. Sin embargo, hubo mujeres que

ofrecieron resistencias a los mandatos impuestos. Tal es el caso, por ejemplo, de Rita de Val, quien se negó a abandonar su España natal para radicarse en la Patagonia. La jovencita en cuestión llegó con su familia al puerto de Cádiz, pero al momento de subir a bordo —en junio de 1784— no apareció por ninguna parte. Sus padres debieron embarcar de todos modos para no perder sus pasajes y, al arribar al Río de la Plata, enviaron una misiva al rey Carlos III exponiendo la situación y su imposibilidad de pagar nuevamente por el pasaje de la joven rebelde. El rey dispuso que las arcas fiscales se hiciesen cargo del pasaje de Rita, quien —sin más opción esta vez— fue llevada hacia la Patagonia un año después.

Fuerte Carmen era tan precario que no contaba con viviendas suficientes para albergar a los inmigrantes por lo que, por largo tiempo, fue común que los recién arribados tuviesen que vivir en cuevas naturales del paisaje costero.

A las primeras familias asentadas les siguieron numerosos contingentes de hombres solos, debido a la demanda de personal calificado para las tareas vinculadas a la construcción: carpinteros, picapedreros, albañiles, fogoneros, herreros, etc.

La escasez de mujeres “blancas” hacía prácticamente imposible el casamiento entre cristianos. Tal es el caso, por ejemplo, del alcalde Juan de Ureña, viudo de 45 años, y de sus dos hijos varones. Ureña se dirigió al virrey solicitando se les permita trasladarse a otra población donde pudieran elegir mujer para contraer nupcias. Al pedido se le sumaron tres hombres más, residentes en el Fuerte desde hacía tres años. El virrey Vértiz ordenó entonces: “está bien que vengan a casarse, pero que luego vuelvan a aquel Destino, para evitar que les sirva de pretexto de ser salida de él”.

Ante la carencia, los hombres concurrían a las tolдерías. Así, el mestizaje fue una consecuencia de la imposibilidad de la mujer in-

dígena de decidir sobre su cuerpo. En reiteradas oportunidades, el gobernador del fuerte dispuso multas con privación de sueldo por tres meses a españoles “por haber sido hallados en la toldería de los indios durmiendo con una china”. En caso de reincidencia, se doblaba la pena.

Hijos e hijas de mujeres indias y padre español, sufrieron suerte dispar. Muchas mujeres embarazadas fueron obligadas a abandonar el lugar donde vivían, al ser responsabilizadas por el estado de preñez. Algunos hijos permanecieron junto a sus madres con un “padre desconocido” que, en algunos casos, se parecía bastante al patrón. Otros hijos fueron dados en adopción. Por ejemplo, Viedma —fundador del fuerte— recuerda en su diario lo ocurrido el 28 de mayo de 1781, cuando se le apareció una indígena con una beba hija de un “cristiano del establecimiento”. El padre quería matar a la criatura y la madre logró escapar con ella hasta la casa del Gobernador de Armas. Viedma decidió bautizar a la niña con el nombre de Asunción y entregarla a una pobladora española, quien la crió con leche de vaca. El derecho de la madre de conservar a su hija no fue siquiera sopesado al momento de tomar “cristianas decisiones”.

Mujeres cautivas

Al interior del espacio pampeano-patagónico, el tráfico de personas fue una práctica común en los siglos XVIII y XIX, a partir de las transformaciones producidas a raíz del contacto permanente de sociedades nativas sin Estado con sociedades estatales.

Muchas mujeres indígenas fueron incorporadas por la fuerza a los poblados criollos o a las tolderías, como recurso para conseguir este “bien” escaso en el transcurso del siglo XIX, como parte de un

botín, como acción de venganza y como reserva para futuros canjes. También las mujeres “blancas” fueron cautivadas por varones indígenas en edad matrimonial, al representar una alternativa atractiva para conseguir una mujer sin erogación alguna.

En contraste con la realidad de las mujeres indígenas violadas y esclavizadas por los españoles a partir del siglo XVI, se construyó una imagen romántica idealizada de la cautiva “blanca”. Literatura de época, como la obra de Esteban Echevarría, prensa y obras de arte, escenificaron la situación y asociaron el cautiverio con vestidos blancos que significaban virginidad y pulcritud, en dramático contraste con crines negras de indios y caballos que, como todo lo negro, tenía la connotación de maldad y salvajismo.

La existencia de cautivas en los espacios de frontera permitió el establecimiento de relaciones económicas y simbólicas entre indígenas y no indígenas. Muchas de ellas se desempeñaron como lenguarazas en las toldeñas ya que, si bien aprendieron la lengua indígena en los años de cautiverio, no olvidaron su lengua materna. En innumerables ocasiones realizaron funciones de intérpretes e informantes de bienes, localizaciones de poblaciones, potreros, rinconadas y prisioneros.

Varias razones hicieron que el rol de lenguarazas fuera posible, en especial la edad en el momento de la captura. Las púberes eran las más codiciadas ya que aseguraban la reproducción y la capacidad de trabajo. Esto hacía que, al momento de incorporarlas a la toldeña, contaran con al menos diez o doce años de vida entre los criollos. Asimismo, debido a que por lo general eran numerosas dentro de las comunidades, podían comunicarse entre ellas en español, práctica que aseguraba la pervivencia y transmisión del idioma.

A diario llegaban a El Carmen grupos de indígenas. En general, todos los caciques tenían cautivas para intercambiar. En muchas

oportunidades, los responsables del Fuerte las canjearon por algunos bienes como aguardiente, tabaco y bizcochos. Si la oferta de Carmen de Patagones no los convencía, era práctica común que se dirigieran a las localidades donde residían los padres de las cautivadas para iniciar con ellos tratativas de restitución. En otros casos, de haber en el Fuerte prisioneros indígenas, el intercambio se hacía persona por persona.

Viedma, por ejemplo, recibió a tres mujeres en el Fuerte: “la niña Anastasia Santisteban, cautivada, Andrea Pérez, nuevamente canjeada, y una china Auca que le regaló el Cacique Chulilaquini”. En el documento escrito por Viedma, quedaron especificadas las relaciones del rescate y el costo del mismo, así como sugerencias para la vestimenta de las dos primeras.

Si bien españoles primero y criollos después, capturaron niñas y jóvenes indígenas para disponer de sus cuerpos y su capacidad de trabajo, la mayoría de las crónicas aluden sólo al cautiverio sufrido por cristianas puras, producto de la barbarie india. Sobre ella decía Estanislao Zeballos:

[El paraje] Puede con justicia compararse al laberinto de Creta, donde al fin se caía en las garras de un monstruo insaciable y sediento de sangre de vírgenes. Las quebradas de los huecos secos y los médanos guardan también sus feroces centauros: los indios, que ocultos por escuadrones enteros, asaltan de improviso al caminante con ímpetu que azuza la voracidad de una venganza salvaje. Allí encontraron en la muerte misma un consuelo a sus hondas angustias y un término a su vergüenza las cautivas, que oprimía el bárbaro frenético, exaltado (1871, p. 151).

Según esta perspectiva, al ser cautivada la mujer perdía su anonimato y se convertía en una figura que sufría en las tolдерías. Esta

situación le generaba una doble prisión: por un lado, el someterse al designio del indígena y, por otro, el estigma de haber sido contaminada y no pertenecer más al mundo “blanco” del que había sido arrebatada.

Irene Pietro, de Ruca Choroy, recordaba la historia de su abuela, a quien:

(...) la agarraron los indígenas y la tomaron cautiva. Se llamaba Margarita Castro. Creo que tenían un ranchito en la veranada, según ella decía. Estaban tostando trigo. En eso llegó el malón y se la llevaron. Estaba con otra hermana. Sería por Chos Malal, por el norte. Cuando los padres llegaron, no la encontraron. Se la ataron a la cintura en el anca, para que no se dejen tirar del caballo. Le sacaron carne de los pies para que no caminen y no se vayan. Eso contaba mi abuela. ¡Si tenía unas conversaciones! (en Giglio, p. 170).

En síntesis, el cautiverio femenino fue una condición de larga duración. A pesar de que la venta, rapto e intercambio de personas ya habían sido prohibidas por los españoles por ordenanza real fechada en 1679, las transacciones continuaron produciéndose hasta las postrimerías del siglo XIX. Las víctimas fueron niñas y mujeres jóvenes, de diferentes niveles sociales, procedencias étnicas y colores de piel, aunque, por lo general, fue flagelo de las más pobres y vulnerables, que habitaban en zona de frontera. Y fue un camino de ida: una vez cautiva, cautiva por siempre.

LA CAUTIVITA

Una de las cosas que más le gustaba era estar con la negra Eulalia, porque juntas se divertían con las muñecas. Las llevaban al río, les trenzaban el pelo y la Eulalia se lo trenzaba a ella también, igual que a las muñecas, con flores y cintas. A la Eulalia no le molestaba que peinara a las muñecas, ni que les sacara la ropa, las bañara en el río, igual que hacían ellas. Después, de vuelta en la casa, las muñecas quedarían sentaditas, quietitas y limpietas sobre la cómoda, con los ojos abiertos siempre. Sólo podían cerrar los ojos cuando estaban acostadas. Y eso les pasaba en el pasto nada más, cuando iban al río con ella y con la Eulalia.

Le encantaba cortar flores, comer manzanas del árbol, correr en patas y en calzones. La Eulalia no tenía calzones, se bañaba así, sin nada. Cuando salían del agua les gustaba tirarse en el pasto junto con las muñecas y que las secase el sol. Todas se quedaban inmóviles con los ojos cerrados y la brisa apenas moviéndoles el pelo. Ella en calzones, porque su madre no la dejaba sacárselos, las muñecas y la Eulalia, sin nada. La Eulalia tenía una selva de pelo negro que le brotaba de entre las piernas. Solo las palmas de sus manos, su lengua y las plantas de los pies eran rosadas, pero no tanto. Ella, en cambio, era blanquísima y el sol le ponía roja la piel. Solo le quedaba blanco donde le tapaba el calzón.

El río estaba lejos de la casa. Se iban a la siesta y se quedaban hasta el atardecer, en un recodo donde no era muy profundo, encerrado de cañas, juncos y unos árboles enormes y frondosos. Si hubieran querido ahí podrían haber cruzado el río caminando. Nadie las veía desde la casa, así que ellas y las muñecas podían sacarse la ropa y jugar en el agua. Por eso no escucharon los ca-

ballos ni los gritos ni los tiros de la escopeta de su padre hasta que fue tarde.

Corrían desbocados a campo traviesa, caballos y jinetes, brillando de sudor y sangre. Entre alaridos desviaron a la derecha buscando la zona baja del río. El que iba adelante izaba una cabeza ensartada en una lanza. Cuando tomaron la costa del río se toparon de frente con ellas. Desnudas, la blanca y la negra, la pequeña de ojos azules, con calzones, y la alta con las tetas al viento. Un jinete levantó a la Eulalia de los pelos y se lanzó al galope a cruzar el río. Un caballo lustroso, arisco, inquieto, paró en seco delante de ella. Ambos, el caballo y ella tenían los ojos desorbitados, el caballo por el esfuerzo, y ella por el terror. En medio de una nube de tierra que levantaba el malón vio un hombre monstruoso. No pudo correr. El jinete se agachó para tomarla por el brazo y ella se agachó también, a juntar sus muñecas y la ropita. Él esperó. La levantó con cuidado como si temiera que se rompiese. Ella quería, pero no pudo correr. Todo lo que le dijeron tantas veces se le atravesó en la mente y no pudo ni moverse.

Era el demonio el que se la llevaba, el que la levantó con cuidado, el que la sentó adelante y la rodeó con los brazos, a la vez que agarraba la rienda y salía al galope azuzando a su caballo, más rápido que el viento, justo así como le habían contado. El diablo tenía el cuerpo húmedo, pegajoso, y un olor ácido como seguro olía el infierno. Sin siquiera titubear el caballo cruzó el río levantando una nube, ahora de gotitas. No pudo hacer otra cosa que dejarse llevar, al galope, por el agua y tierra adentro, por valles que nunca había visto pero que había temido tanto. El diablo vive en los pajonales niña, le decía la Eulalia. El diablo lleva el pelo suelto y negro como las crines de su caballo niña. El diablo no lleva ropa y sólo se tapa el rabo niña. El diablo se come a los niños niña. No

podía gritar, sólo podía apretar a las muñecas desnudas contra su cuerpo. Sentía mucha, mucha vergüenza, porque se había hecho pis. Estás grande para mearte encima le decía su madre.

El paso se enlenteció después de un rato. Se puso el sol. Muchos se durmieron, pero los caballos sabían a dónde iban. Se escuchaban algunos gemidos entrecortados, aunque tal era el cansancio que nadie hacía nada. Ella se durmió también y el jinete puso las muñecas y la ropita en un morral para no perderlas. Cuando llegaron era noche cerrada. Ni siquiera se dio cuenta cuando la bajó del caballo.

Cuando se despertó estaba tapada con una manta, en un rincón, sobre unos cueros suaves y peludos. Y las muñecas estaban con ella. Una mujer y dos niñas la observaban de cerca. No eran como la Eulalia. Tenían el pelo negro pero lacio. Eran diabras. Ella no sabía que existían las diabras, pero seguro que se comían a la gente, especialmente a los niños. La mujer le acercó un vaso de leche y unos pedazos de carne. La verdad tenía hambre, pero no quiso nada.

La diabla grande tenía las tetas al aire y las diabras chicas estaban desnudas. Eso no parecía importarles mucho, como a la Eulalia. Lloró porque tenía miedo, extrañaba a la Eulalia y a su casa. Le picaban los calzones, se había paspado en el trayecto a caballo. Extrañó a su madre y lloró más.

Tomó la leche. Estaba tibia como la que le daba la abuela de la Eulalia. Ella era feliz entre los negros. Más que en casa. Ahora tenía frío. Se abrazó a sus muñecas y se hizo un ovillo entre los cueros, queriendo despertarse de ese sueño horrible, queriendo que todos los cuentos que le contaba la Eulalia fueran una mentira enorme, y que el diablo fuera el más grande de los inventos. Pero en el fondo sabía que, si existía Dios, el Diablo debía andar cerca.

El hombre que la había traído entró al toldo. Tuvo que agacharse para pasar por la entrada. Y así, aun abajo del caballo, a ella le pareció enorme y brillante. Se acercó un poco y ella intentó acurrucarse más. Se hizo pis otra vez y lloró por eso. Quería ser valiente, pero no podía. El hombre dijo algo que ella no entendió y se fue.

Esa noche hizo frío y todos los diablos se acostaron juntos, tapados por pieles. No se preocuparon porque ella quisiera escaparse. Le habían dejado una especie de zapatos y una ropa para que se abrigara, leche y algo de carne. Un perro se acercó, la olfateó y se acostó a su lado. Ella lo abrazó. Varias veces en la noche se despertó aterrada y se volvió a ovillar en la tibieza de los cueros, escudada en el perro flaco y rastoso. Todos dormían.

No sabía cuánto faltaba para que saliera el sol. Tomó la leche, se puso los zapatos y se abrigó como pudo. Se sentó en los cueros. El perro irguió las orejas. A tientas juntó sus muñecas y las vistió de a una. Se aseguró de que estuvieran todas. No iba a abandonarlas. Se paró y en puntitas de pie, sin tropezarse con nada, se acercó a la entrada. Afuera se veía el resplandor de una fogata que agonizaba. El perro le pisaba los talones. No soplaba viento. El cielo explotaba de estrellas. Sintió el frío filoso en la cara. Frente a ella se abría un abismo. Abrazó a sus muñecas y, sin mirar para atrás, corrió y se metió en la inmensa negrura. El perro la siguió.



Imagen: Natalia Buch

Mujeres que dijeron basta

En los relatos que existen sobre la vida en Fuerte Carmen, figuran algunos que demuestran que hubo mujeres que resistieron a los mandatos de época y a las normas impuestas por españoles y criollos. Un ejemplo de ellos, fueron los autos contra Ana María Castellanos quien, cansada del permanente estado de ebriedad de su marido, propuso a su amante escaparse con ella. Al tomar conocimiento del intento de fuga, las autoridades dispusieron la prisión de Ana María debido a que esas circunstancias “son muy opuestas a las que deben mediar en cualquiera familia pobladora pues la honradez ha de asegurar los primeros cimientos de la población”. Por supuesto, los hombres involucrados en este episodio no recibieron sanción alguna.

Un caso paradigmático ocurrió en 1827. Una negra esclava del Fuerte Carmen de nombre Juana adquirió su libertad al denunciar su condición de víctima del sometimiento sexual de su amo. Juana había sido entregada a Juan Larrazábal, un encumbrado vecino, como regalo de bodas de su suegro y desde entonces fue sometida por su patrón, quien abusaba sistemáticamente de ella bajo promesa de darle su libertad. Una hija más tarde y doce años después, Juana se apersonó a las autoridades judiciales y denunció la situación. El entonces gobernador de Buenos Aires y titular de la Confederación, Bernardino Rivadavia, dispuso su liberación sentando un precedente jurídico. Si bien su dictamen no alude al sometimiento femenino, sino que la esclava queda libre “porque ello interesa a la tranquilidad de la familia del acusado y a la decencia pública”, este hecho da cuenta del empoderamiento de una mujer afrodescendiente que se animó a denunciar el abuso.



Imagen: Natalia Buch

LA NEGRA JUANA

*La verdad, cuando se dice, forma parte
del pasado. Las mentiras, en cambio,
forman parte del futuro. Y las mentiras,
no sólo están hechas de palabras,
también de silencios.*

Cuando empezaba a oscurecer prendía velas por todos lados. Porque no quería que la sorprendiera. Igual, después de tantos años ya no se escondía ni intentaba escaparse. Solo quería verle la cara. Mirarlo a la cara. Él apagaba algunas al entrar, pero no podía con todas. *No gastes tantas velas negra de mierda*, le decía mientras soplaba las que estaban a su paso y ella retrocedía hasta el último rincón de la cocina. No sabía si le tenía más miedo a lo que venía o a los golpes. A veces las dos cosas llegaban juntas. Cuando él se iba, algunas veces otra negra escondida entre las sombras salía y la ayudaba a lavarse en una palangana, toda, hasta las lágrimas. Le puse lavanda o le puse menta, le susurraba, y no decía más nada mientras dejaba correr el agua tibia sobre su cuerpo. Otras veces, así como estaba, con las polleras embarradas de semen, saliva, transpiración y el olor a vino rancio, con la piel asqueada y los ojos rojos de aguantar, salía a la noche oscura y sus pies se enterraban en el pasto húmedo. Ahí miraba el cielo y escuchaba el mar. Se llenaba de añoranza y tristeza, y de a poco el odio se iba diluyendo. Así hasta que respiraba al ritmo de las cosas que realmente le importaban y su corazón era más blando.

Se iba entonces, a acurrucarse con los otros negros, en ese nido donde podía cerrar los ojos y soñar. En la tibieza de los cuerpos relajados se refugiaba. En ese hueco entre trapos, brazos, piernas, manos y espaldas grandes podía cerrar los ojos y dejar de pensar. A veces soñaba. Soñaba con sabanas infinitas de pastos dorados, con cielos claros, animales de ojos amarillos y soles asesinos. Con arenas resacas, con cantos y tambores, con danzas, con huesos colgando de hilos de colores. Con cosas que no conocía, pero que siempre había sabido. Otras veces, soñaba que lo mataba y su sueño se llenaba de sangre. El río era sangre, el mar era sangre.

Entre ellos, los negros, nadie le decía la negra. Tampoco se llamaba Juana, pero ya no recordaba su nombre. No se acordaba del rostro de su madre. Se le desdibujaba y era como una herida cicatrizada a medias. La habían traído en un carro, con otras mujeres desconocidas que la abrazaban como si fuera hija propia, que la escondían entre los pliegues de sus polleras roñosas. En ese bosque de trapo se sentía cobijada. Pero cuando las pusieron en fila no pudo ocultarse más. Llegaron al anochecer a la casa grande. Las caras de los negros no se ven bien de noche, menos aún si miran al piso. Pero ella veía las lágrimas. Una marea de miedo y tristeza los mantenía juntos y en silencio. De a poco se fue acostumbrando a todo, como los otros.

Muchos de los que llegaron con ella murieron en los inviernos fríos y húmedos. Murieron por los golpes, por el trabajo, o porque la muerte misma se sentaba con ellos alrededor del fuego. Los negros cantaban murmurando, canciones antiguas y bellas que ella aprendía de memoria. También algunas viejas le enseñaron palabras nuevas, que ella tejía en su mente. Porque nunca las pronunció. Sólo las tenía guardadas, como flechas, como garras afiladas.

Cuando podía se escabullía a la costa del río. Cada vez juntaba una piedrita negra y la guardaba en una lata. Cuando la lata esté llena, pensaba, algo tendrá que cambiar. Algo cambiará para los negros, soñaba, algo para las negras.

Tuvo a su hija entre los mismos trapos que la cobijaban en las noches, un día de viento helado. Se quedaron las dos acurrucadas y tibias. Las demás mujeres las cuidaron y por un tiempo pudo olvidarse. Todo era sueño, piel, leche. Cuando estuvo recuperada volvió a trabajar a la casa mientras la niña quedaba al cuidado de las viejas.

La lata se llenó el día en que su hija cumplió doce años. Pudo verlo a él rondando donde estaban las lavanderas. Pudo ver cuando la miraba tender la ropa. Las sábanas blancas ondeando al viento. El pelo de su hija, largo y lacio como ninguna de ellas. Es su hija le había dicho y él le pegó. Le pegó porque era cierto, pero también porque esa mulata era para otra cosa.

El hombre se acercó a la niña y le acarició la cintura. Ella se paró y caminó decidida hacia él. El odio era más grande que el miedo a la muerte. El hombre sacó la mano y retrocedió un paso. Un paso pequeño. Entonces supo que algo había cambiado. Algo había cambiado para los negros, para las negras.

CAPÍTULO 4. EL GENOCIDIO

En este capítulo haremos referencia a las causas y las características del embate genocida sobre los territorios del sur, emprendido por el Estado argentino entre los años 1878 y 1885. Particularmente, analizaremos a las mujeres que participaron de la llamada “Conquista del Desierto” como fortineras o como indígenas prisioneras. Reconstituiremos algunas historias de vida y daremos ejemplos de cómo, en la marcha, en el fortín o en el lazareto, estas mujeres sufrieron violencias sobre sus cuerpos y sus grupos familiares. Algunas de ellas, fortalecidas por lazos de solidaridad con otras mujeres, torcieron destinos y crearon una historia propia.

El avance militar. Conquista y sometimiento

Entre muchos motivos conexos, dos fueron la base de la decisión definitiva de terminar con el poder de las sociedades indígenas y apropiarse de sus territorios: uno económico y otro político, íntimamente relacionados con una posición ideológica dominante en la dirigencia argentina.

Al iniciarse la segunda mitad del siglo XIX, la expansión económica del país, hasta ese momento predominantemente pecuaria, comenzó a exigir la incorporación de nuevas tierras que aliviaran la presión pastoril sobre la llanura bonaerense, a la vez que permitiesen el incremento de la producción para dar respuesta a la deman-

da europea de carnes y lanas. A comienzos de la década de 1870, los territorios pampeanos se encontraban a la cría de ganado vacuno y ovino, con una carga mayor que la que su receptividad natural admitía, lo cual generó la necesidad de canalizar el excedente ganadero a nuevas tierras. Sumado a ello, la producción de cereales para exportación comenzó a ocupar un lugar preponderante en la misma región hacia comienzos de la década de 1890.

La demanda de carne por parte de los mercados europeos provocó el interés por desplazar los ovinos de raza merino —aptos para la producción de lana— hacia tierras marginales de la Patagonia, en tanto que la pampa húmeda se reservaba para la crianza de animales más refinados, especialmente vacunos, y al cultivo de cereales.

Simultáneamente, las poblaciones indígenas del corredor pampeano norpatagónico controlaban campos y pasturas, aguadas, rutas y pasos cordilleranos. Importantes grupos de población se habrían nucleado entonces alrededor de las jefaturas indígenas, en tanto que las autoridades criollas intentaban neutralizar los conflictos en la frontera con la entrega de ganados, raciones y vicios diversos, en un proceso que ya hemos desarrollado.

A estas condiciones, estrictamente económicas, hay que sumar el llamado “problema del indio”, subsumido en la vieja confrontación sarmientina de “civilización o barbarie” y muy presente en el pensamiento de la época.

Fue en ese contexto económico e ideológico que se efectuaron, en pocos años, una serie de campañas hacia el sur del país con distintas estrategias militares para someter a los grupos indígenas de la región. Desde la “zanja” defensiva ideada en 1876 en el oeste de la provincia de Buenos Aires por Adolfo Alsina, Ministro de Guerra del presidente Avellaneda, hasta el avance definitivo sobre el río Negro llevado a cabo por su sucesor Julio Argentino Roca en el año 1878,

mediante la denominada “Campaña del Desierto” que contó con el financiamiento de los propios sectores interesados.

Desde 1878 en adelante, se planeó y ejecutó el sometimiento de los indígenas al orden estatal. En 1885 se produjo la rendición del último de los líderes patagónicos, Saygüequé, hasta poco antes digno soberano del “País de las Manzanas”. En la Patagonia austral, el control del territorio no requirió de nuevas campañas militares. Al sur de Deseado fueron los estancieros los encargados de imponer el “orden” y el “disciplinamiento” social con métodos absolutamente cruentos.

Isabel Peña, de la agrupación indígena Aigo del actual Neuquén, recordaba así la época del malón huinca:

Yo vine a escuchar de mi abuela conversación. Yo la escuchaba cuando era chica. Mi abuela vivía en Non Pehuen. Por ahí dejaron un encierro de plata, de bozal, espuelas. Cuando supieron que venía el huinca dispararon. En una madrugada los agarraron y los rodearon los soldados. Ahí agarraron a mi abuela. Mi abuelo salió disparando con una nena, se fue para Chile. Un soldado cautivado le habló en lengua a mi abuela. “Saque tu *chaguai papai*”, le dijo, “te van a arrancar tu oreja”. Mi abuela sacó el *chaguai* y lo guardó. Le pusieron un tapado y la quisieron cautivar a ella. Así decía mi abuela. Ella era jovencita. La eligieron, le pusieron un tapado, para cautivarla, creo que era para la señora. Estaban descansando. Los demás soldados salieron a buscar más gente. Dejaron cuatro o cinco soldados para cuidarlos a ellos. Ella estaba a la orilla de un arroyo. Los otros compañeros le dijeron que salga, que vaiga a ver su hija. Así fue que entró al arroyo. Había ramos, montecito arrastrado. Debajo del montecito, por el arroyo, se fue. (...) En un camino vino a chocar con el marido. Se juntaron y lloraron. Preguntó por la nena. La dejé encargada dijo el marido. Y así se fueron a Chile. Mucho se acordaba mi abuela (en Giglio, p. 77).

Muchos son los relatos de mujeres que recuperan las voces de madres, abuelas o bisabuelas sobre la violencia de las huestes *huincas*:

¡*Quipey malón, quipey malón!* Decían. Vinieron a disparar en un cerro alto. Llevan una corneta que hacía sonar muy bonito. Eran dos mujeres que quedaron atrás. Llevaban dos chiquitos. Una era mi mamá. Y había quedado atrás para recoger las cosas de plata que quedaban tiradas cuando disparaban. Ellas enterraron a los chiquitos, les dejaron la cabeza afuera y se escondieron para vigilar a los soldados. Cuando ya pasaron, volvieron a buscar a los chicos, a la hora de la oración al sol. (...) Llegaron a Guillén y después se fueron a Chile, a un lugar que se llama Trancapullín (testimonio de Flora Licán V. de Millalas, en Giglio, p. 38).

Las cuarteleras

En la Campaña del Desierto, alrededor de 6.000 soldados —de los cuales 820 eran indígenas— liderados por Julio Argentino Roca marcharon hacia el sur. En las brigadas que conformaron el ejército expedicionario también hubo mujeres. De los datos más confiables, puede estimarse que su número ascendió a dos mil, aunque resulta muy complejo cuantificar de manera precisa su presencia ya que no aparecen diferenciadas en los partes de campaña. En ellos se enumera a los miembros activos de la tropa y sus rangos, mientras que mujeres, niñas, ancianos e indígenas varones que no portaban lanza, formaban parte de un grupo que se registró como “chusma”, “particulares”, “familias” o “individuos”. ¿Cómo llegaron estas mujeres a ser parte del ejército? ¿Qué hicieron dentro de él? ¿Quiénes fueron?

Conocidas como “milicas”, “chinas”, “cuarteleras”, “fortineras” o “soldadesca”, estas mujeres fueron incorporadas al ejército como an-

tídoto para la desertión de los soldados, que era el principal problema a enfrentar para sostener la ofensiva militar. La sobreabundancia de fatigas —marcha, servicio, trabajo—, el reclutamiento forzoso, la ropa escasa, la comida mínima y la paga irregular (a veces se le debía al soldado entre treinta y cuarenta meses de su mezquino sueldo) obligaban al cepo, las estacas, la colgadura y la muerte como métodos para evitar la diáspora, aunque ninguno tuvo buenos resultados. Sí los obtuvo la incorporación de fortineras, ya que su presencia y relación con la tropa hizo que disminuyeran las desertiones. Según cronistas de la época, las mujeres garantizaban comida, aseo, familia, entretenimiento y sostén, de ahí el interés de incluirlas y conservarlas durante la campaña.

Estas mujeres, que provenían de todas las regiones argentinas, tenían entre doce y sesenta años al momento de su ingreso al ejército. Abundaron las mestizas e indígenas, y todas compartieron una condición: la pobreza. Las maneras de reclutarlas eran variadas. Algunas fueron esposas de militares y formaron parte de la tropa siguiendo a sus hombres, acarreado en ocasiones a sus hijos. Otras, por lo general sin sostén familiar ni recurso económico alguno, se ofrecieron a participar del avance militar como cocineras —como el caso de Mercedes Casas, “la Mazamorrera”—, lavanderas o enfermeras, a cambio de una ración diaria de comida y un mínimo estipendio. Hubo también quienes fueron obligadas a enrolarse a sugerencia del juez de paz de sus lugares de origen, que recomendaba su incorporación a raíz de alguna conducta “licenciosa” —como un embarazo por fuera del matrimonio—, o por haber cometido algún delito menor, como lo eran en esa época el adulterio o el ejercicio de la prostitución.

Algunas permanecieron en el ejército muchos años a la espera de una paga que siempre se retrasaba, o bien por falta de alternati-

vas. Varios registros militares dan cuenta de esto. Rosa Herrera, por ejemplo, fue contratada por dos años y ya en 1889 llevaba cinco de servicio, con treinta meses impagos. Si alguna de ellas optaba por regresar a la “civilización” era abandonada a su suerte en la inmensidad del territorio sureño y debía procurarse por sí misma los medios para regresar.

Las hubo casadas con soldados varias veces debido a su recurrente viudez y quienes, con la anuencia de jefes y oficiales, se separaban de sus parejas y quedaban en libertad para buscar compañía. La mayoría fueron rebautizadas en los campos de batalla y recordadas por su apodo: “Botón Patrio”, “Vieja María”, “Mamá Culepina” (una mapuche afincada en el Regimiento 3°), “Mamá Pilar”, “Pastelera” y “Pocas Pilchas” (estas dos últimas figuraron en un parte diario porque se habían trezado en una pelea). Algunas tuvieron nombres humillantes como “Cama Caliente”, “Polla Triste”, “Pecho ‘e Lata”, “Vuelta Yegua”, entre otros. Los que escribieron sus historias y los partes militares justificaron sus apodos como una moda de época dentro del mundo militar, pero lo cierto es que todos los hombres fueron recordados por su rango, nombre y apellido, mientras que ellas fueron nombradas despectivamente. A otras se las conoció como la “mujer de...” determinado soldado. En definitiva, de muy pocas se conoce su nombre propio. La mayoría de los relatos destaca su rol en tareas tradicionalmente reservadas para el género femenino, asociándolas a los momentos de ocio, de dolor y a las actividades de mantenimiento.

Además de participar de los efímeros momentos de regocijo — como eran los bailes improvisados o los festejos de carnaval—, las mujeres alimentaban tropas, infantes y caballos, se aprovisionaban de agua y leña, eran lavanderas, costureras y cuidadoras de caballos, de enfermos, de parejas e hijos. Muchos eran los trucos para en-

gañar el estómago, como algún guiso en el que los tientos se hervían hasta el hartazgo para dar sabor, el reemplazo de la yerba por tomillo o la mezcla de tabaco con hojas de árboles, para que rindiera más. Rafael Soler, puntano que se incorporó al ejército como soldado, recordaba a una de esas mujeres que tenía un loro verde como compañero. Loro que no dudó en sacrificar cuando fue necesario darle color y sabor a un caldo.

Por lo general, estas mujeres avanzaban con los batallones llevando sobre sus espaldas enseres y prole o, en caso de regimientos de armas montadas, iban a caballo al final de la tropa soportando la peor parte de la polvareda. José Daza (1912), militar y político argentino que participó de la invasión a la Patagonia y ejerció como gobernador de la provincia de Catamarca entre los años 1885 y 1888, mencionaba al respecto:

¡Ah! Esas pobres desgraciadas que seguían a los cuerpos de línea tras de sus maridos, hermanos o simpatías, compartiendo el bienestar o el infortunio, siempre animosas y fieles, como el perro que sigue al amo. Muchas veces hemos visto haciendo hasta de hermanas de caridad, llevando el alivio y el consuelo, prodigándoles cariñosamente sus oportunos y sencillos medicamentos con palabras de aliento, salvándolos tal vez, de una muerte segura. Esas oscuras y humildes filántropos son dignas siquiera de un recuerdo de gratitud, ya que ellas no han conquistado ni gloria ni fortuna (p. 56).

Fueron asiduas concurrentes a los velorios en el campo de batalla o al catre del enfermo. El lunes era, por lo general, el día consagrado a los difuntos, a quienes honraban con plegarias y velas fabricadas con el sebo que atesoraban. Las que actuaron como parteras y curanderas, ante la casi inexistencia de personal médico, pusieron en práctica fórmulas heredadas de su ámbito familiar, empleando alumbre,

magnesio, sulfato de cobre, azufre y yerbas medicinales, curando con tisanas, ungüentos y atados de ceniza caliente.

¿Las fortineras fueron víctimas de un orden social impuesto? ¿Sólo reprodujeron en el espacio público roles y tareas que realizaban en el espacio doméstico? Mirar este proceso desde las trayectorias femeninas nos demuestra que no.

Algunos reportes las muestran con rango militar, recibiendo raciones y participando de los enfrentamientos contra el indígena. Tal es el caso, por ejemplo, de Carmen Ledesma, esposa del sargento Claudio Miño, quien participó de la guerra del Paraguay para luego enrolarse en el ejército que avanzó sobre el río Negro. El Coronel Hilario Lagos la nombró sargento y jefa del Fortín Vanguardia — próximo a la confluencia de los ríos Limay y Neuquén—, para luego trasladarse al Fortín Los Menucos, en la meseta rionegrina. En una oportunidad defendió este último fortín del ataque de la indiada: disfrazó a las mujeres de soldados, montó un caballo en pelo, arrió a la caballada dentro del fortín llevando a la yegua madrina agarrada del cencerro y tomó a tres indígenas prisioneros. Quince hijos tuvo esta sargento, todos murieron, víctimas de enfermedades contraídas en la marcha o en el fortín. El último que había sobrevivido, el cabo Ángel Ledesma, falleció en un enfrentamiento.

También hubo fortineras que, durante la marcha, abandonaron la tropa para instalarse en forma permanente en la región. Bonifacia Peñalba, por ejemplo, ingresó al ejército en 1879 para huir de la condena social y de la ira de sus padres, debido a un embarazo prematrimonial. Parió su hijo en Choele Choel y cuando el ejército reanudó la marcha para seguir avanzando hacia el sur, Bonifacia decidió quedarse en la región. Se afincó en el brazo sur del río Negro, donde instaló una pulpería y un servicio de bote para cruzar a la gente de un lado al otro lado del río.

EL VERDE SALVA VIDAS

¿Quién sabe cómo llegó ahí?

¿Quién sabe de las cicatrices que le asomaban entre las ropas como costuras grises sobre la carne vencida?

¿Quién sabe lo que significa “voluntad propia” cuando se lo está inventando todo?

¿Quién sabe qué hace fuerte a un fortín?

¿Quién sabe qué hacía con su sangre cada mes?

¿Quién sabe lo que valía un trapo limpio?

¿Quién sabe lo que pensó cuando le trajeron al herido?

¿Quién sabe si puteó al aire, “cómo lo curo”?

¿Quién sabe si se dijo, para darse aliento, “qué haría la Carmen, la Pasto Verde, ahora”?

¿Quién sabe si preguntó, “de dónde saco yuyos en este infierno”?

¿Quién sabe si pensó, “esto es lo más vivo y verde que tengo cerca”?

¿Quién sabe qué sintió al acogerlo?

¿Quién sabe si guardó sus plumas, dónde y qué hizo con ellas, ya de vieja?

¿Quién sabe si llegó a vieja?

¿Quién sabe qué daño hizo el olor a caldo del ave en su memoria?

¿Quién sabe cuánto tiempo cuidó de aquel histórico convaleciente?

¿Quién sabe si el salvado le puso su nombre, en homenaje, a su primera hija mujer, a una estancia, a una potra, a algo?

¿Quién sabe si el salvado conoció su nombre alguna vez?

¿Quién sabe por qué nadie sabe nada de ella?

¿Quién más tiene una buena historia de mujer-patria para contar?



Imagen: Fernanda Rivera Luque

Campaña militar y mujeres indígenas

La cantidad de mujeres en la tropa iba aumentando tras las incursiones del ejército a las *tolderías*, cuando se les preguntaba a mujeres indias y cautivas si querían vivir con los soldados. Isabel Medina, una de las mujeres del cacique Pincen, padre de su único hijo, fue una de ellas. Liberada por el coronel Villegas, responsable de la campaña militar al Nahuel Huapi, se integró al ejército. Al arribar a Choele Choel adquirió, en reconocimiento de su desempeño militar, el grado de teniente.

Las pautas de conducta al interior de la tropa eran estrictas para las mujeres. Según el general Racedo, responsable de la quinta división expedicionaria que avanzó al sur desde Mendoza, si éstas mostraban el menor indicio de faltar a las condiciones impuestas eran inmediatamente ingresadas al depósito, una especie de improvisado galpón sin techo ubicado junto al fortín en donde se las encerraba y, por lo general, de donde jamás salían.

Las huestes que avanzaron sobre el territorio del sur estaban conformadas también por religiosos, quienes tuvieron la tarea de dar los sacramentos e instruir en la fe cristiana a los nativos y a la soldadesca. Los bautismos fueron prácticas generalizadas no sólo para recién nacidos o infantes, sino también para jóvenes y adultos, ya que las mujeres a las que obligaban a casarse por el rito cristiano, fueron bautizadas. La mujer de Foyel, Milla-Ray, de cuarenta y cinco años, fue renombrada como Margarita, idéntico nombre que se le dio a su hija de veintiséis y que se llamaba Tropa-chun. La mujer de Inakayal, Llanke-Neu, recibió el nombre de Ana y su hija de ocho años Adelaide, mientras que Schiakak Inakayal fue bautizada con el nombre de Dolores.

Los nuevos fortines

La instalación de fortines en territorios neuquino y rionegrino fue marcando el avance de la frontera estatal, a la vez que interceptó los caminos habituales de los pueblos indígenas en sus relaciones comerciales, familiares y de pastoreo, a ambos lados de los Andes. El Fortín Conesa fue fundado en 1869 sobre la margen norte del río Negro, a éste le siguieron los fortines Colorado y Guardia Mitre, sobre el margen sur. En Neuquén, el primero fue el Fortín Barrancas fundado en 1879 por el coronel Napoleón Uriburu. Los fortines llegaron a medio centenar hacia 1885 y se mantuvieron ocupados y activos hasta —al menos— la primera década del siglo **XX**, convirtiéndose en muchos casos en los primeros asentamientos permanentes que dieron origen a la fundación de núcleos urbanos.

En sus precarias instalaciones y sus alrededores convivieron soldados, civiles y cautivos; así como grupos de indígenas, que conformaron contingentes de “indios amigos” o “indios prisioneros”. También ingenieros, agrimensores, médicos, fotógrafos, puesteros, niños, sacerdotes y estancieros.

¿Qué mujeres formaron parte de estos asentamientos? Cuarteleiras, mujeres indígenas jóvenes, cristianas cautivadas y recuperadas y niñas. Los embates del ejército argentino por lo general culminaban con indígenas muertos, la captura de hacienda caballar y vacuna y un alto número de prisioneros, en su mayoría mujeres y niños, que eran trasladados a los fortines. El propio perito Moreno recuerda su viaje de 1879 cuando —en la zona de la actual Choele Choel, Río Negro— luego de subir una colina, divisó junto a su comitiva un campamento:

Los hombres que dormían al sol, comenzaron a correr en todas direcciones en busca de la lanza y el caballo, mientras que las viejas, las víctimas segu-

ras de la guerra entre salvajes, se escondían en la espesura de los arbustos. Las mujeres jóvenes, se reunían en una pequeña eminencia, pensando quizás, en el nuevo dueño, si resultaba fuerte el enemigo que llegaba (p. 140).

Las mujeres fueron las más vulnerables y las principales receptoras de la violencia del varón expedicionario. El cuerpo de la mujer encarnó el sufrimiento: violaciones, enfermedades, desarraigo, prisión y alejamiento de sus seres queridos, fueron algunas de las marcas inscriptas con sangre en la corporeidad femenina.

Terror y amor eran manifestaciones cotidianas. Por ejemplo, cuando el general Conrado Villegas capturó a Pincen en 1879, lo trasladó a la Guarda de Prevención donde se encontraban las mujeres. Éstas “se sacaron los collares y pulseras del brazo y pierna, destrenzándose el cabello, como prueba del sentimiento, dolor y duelo, de que estaban poseídas”. Entre ellas estaban las cuatro mujeres del *longko*, una de ellas cristiana cautivada en la Villa del Río Cuarto, aparentemente sobrina de un general del ejército.

Existen registros de algunas indígenas que se presentaron voluntariamente en el fortín junto a su prole, en la esperanza de recibir alimento y así poder sobrevivir, luego de que la toldería fuese arrejada y los hombres asesinados o dados a la fuga. A ellas se refiere el general Villegas en el fortín Chacabuco, en la naciente del río Limay y también Racedo, quien asentó en el parte del 2 de mayo de 1879 que “dos chinas, agobiadas por los sufrimientos producidos por el hambre y la miseria, se presentaron [en el fuerte] con tres chicos que tenían”.

Tanto cautivas como indígenas prisioneras iban a engrosar la siempre numerosa población de los depósitos, donde las condiciones de frío y hambre atroz no discriminaron por etnia, edad o géne-

ro. Según Racedo “el llanto de los niños pequeños que había en el depósito de prisioneros era desolador. La completa desnudez en que se hallaban les hacía sentir con toda su horrible intensidad el rigor de estación” (p. 118).

Había un destino peor aún que el depósito para los prisioneros: el lazareto, una especie de improvisado pabellón de enfermos donde la viruela fue un flagelo que arrasó con mucha más virulencia a mujeres e infantes indios que a criollos. Por ejemplo, en cuatro meses, entre mayo y agosto de 1879, murieron de viruela 36 de las 45 indígenas prisioneras y 31 de los 44 niños. También las enfermedades venéreas fueron frecuentes. Era norma que los soldados reconocidos enfermos tuvieran que declarar dónde habían contraído la infección, a fin de aislar a las mujeres infectadas para impedirles propagar el mal. El lazareto era la antesala de la muerte. El peligro de contagio sellaba su acceso y sólo en muy escasas ocasiones se enviaba a él alguna indígena que ya hubiese tenido viruela para desempeñarse como enfermera. Había otra opción al lazareto: dejar abandonados a los enfermos para que retornen a las tolderías, en el conocimiento de que la propagación de la viruela disminuiría la capacidad de ataque indígena. Racedo recuerda en sus memorias: “Despachose al cacique Paine, su mujer e hijos y diez enfermos de viruela, poniéndoles en libertad para que al mismo tiempo conduzcan una nota que se dirige a Guaiquillan”.

El reparto de niños y niñas fue una constante en el fortín. La maternidad y el parentesco no fueron tenidos en cuenta en el momento de la distribución. Por ejemplo, relata Racedo, “el comandante Roca me pidió para su servicio un indiecito de los que él trajo y estaban en el depósito, que me apresuraré a hacerlo entregar. Bien merecido lo tenía” (p. 118). Igual atención se tuvo con el capitán Ambrosio Carripalan, quien reclamaba una hermana que había sido tomada

prisionera por el Cuarto Regimiento, e idéntica suerte corrieron cinco niños pequeños que entregó “a varios jefes y oficiales de la División que lo solicitaron” (p. 150).

A los niños indígenas tomados prisioneros o nacidos en cautiverio, se les bautizaba y se les cambiaba su nombre por uno cristiano. Tan sólo en 1879, el capellán del campamento de la 3° División bautizó a 138 niños.

Ante la inminencia de la muerte, el capellán —cuando lo había— bautizaba a los moribundos, a fin de evitar que mueran sin ese signo de la rendición cristiana.

EL CAMINO DE IDA

Le duelen las articulaciones. Mira por la ventana y el dolor la lleva a aquel momento. Piensa ahora, sentada ante el calor de la cocina de hierro con el repasador enredado entre las manos, que una nunca se cura de las heridas de la infancia. Lo piensa mientras la mirada se le pierde afuera, mientras la estepa ventosa sigue siendo la misma, imposable y hostil. No tiene odio, sólo tristeza. Casi no ve, pero ve todo. Ahora, años después, al recordar ese tiempo, todavía se estremece y se le cierra la garganta.

Era chica todavía, no tendría más de cinco o seis años. La despertaron los gritos. Estaba oscuro. Asomó la cabeza por la abertura del toldo y vio los destellos de las escopetas, los caballos enfurecidos, armas de unos y otros, los milicos arremetiendo, hombres y mujeres tirados en el piso, sangrando, gimiendo. Gritos, gritos, gritos. Un caballo atropelló el toldo que se desmoronó sobre ella. Se quedó acurrucada ahí, debajo de los cueros, aunque el peso no la dejaba respirar.

No duró mucho quizás, ahora que lo piensa, pero para ella fue una eternidad. Cuando el silencio volvió a instalarse, con los pulmones que casi le explotaban por el humo, asomó su cabeza. Tenía los ojos lastimados y casi no la dejaban ver. Todo estaba quemado, todo muerto. Ella había visto a los muertos, pero de otra manera. Vestidos con sus mejores ropas, con los rostros tranquilos, los ojos cerrados. Ahora la muerte se le presentaba aterradora. Había gente caída, quebrada, destrozada. Aquellos que querían yacían con sus bocas abiertas, con cara de espanto, con las manos crispadas y las cabezas de lado sobre la tierra. También los perros y todos sus animales. De las cosas desparrramadas por el piso subía vertical un humo ennegrecido. No había

nada de viento. Ya no habían gritos ni llamas. sólo silencio y polvo. Sobre todo yacía una capa de ceniza. Las caras de los muertos eran blancas como la luna. Nada quedaba vivo en ese lugar, excepto ella.

Emergió medio de ese horror y, descalza, porque era muy pequeña para pensar en esas cosas, sin agua y al rayo de un sol impiadoso, comenzó a seguir la huella de los caballos, mezclada con las huellas de algunos pies desnudos. Era en esa la dirección en la que debía caminar pensó. Y se puso en marcha. Se dio cuenta, porque había aprendido a observar, que un zorrillo la seguía. Desconfiado, a un costado. Se sintió acompañada, sí.

Dejó de llorar porque ya no tenía más lágrimas. A veces le dolían los pies y paraba un rato. Casi al atardecer llegó a un arroyo. Conocía esa tierra. Tomó agua, comió unos pequeños frutos que crecían en una mata pinchuda cerca del cauce. Ya sabía elegir las bayas y las raíces que podía comer. Se acurrucó en el pasto necesitando el abrazo de su madre, la tibieza de las pieles, el sueño relajado sabiendo que alguien la cuidaba. Durmió de a ratos, pero se despertaba con los ruidos de la noche. No sabía que había tantas cosas para escuchar cuando se escondía el sol.

Cuando empezaba a clarear abrió los ojos y se encontró con los del zorrillo, del color del sol, que la miraba de cerca. Se movió y el zorrillo cruzó el arroyo. La esperaba del otro lado. Se mojó la cara, tomó más agua y pensó en el día que tendría por delante. Se dejó guiar.

Así caminó dos o tres días, ya no se acuerda ahora. Pero sí se acuerda que por cada noche que había dormido en el campo, había hecho un nudo en una soguita que llevaba colgada al cuello. Algunos días en el camino encontró más muertos, dejados a un lado de la huella, abandonados a la intemperie, tirados como co-

sas rotas. Los miró con recelo. Los conocía, pero las caras estaban deformadas por el dolor. No quería mirarlos así.

Un día, cuando ya estaba cayendo el sol, llegó al fuerte. Lo vio a lo lejos. Se acurrucó detrás de unos coirones y agachada fue acercándose. El zorrillo que la había seguido todo el camino, ya no estaba. Oyó ladrar unos perros y tuvo miedo de que la descubrieran, pero ahí nadie ahí se sentía amenazado. Cuando estuvo a pocos metros del cerco escuchó llantos, gemidos y súplicas, y también golpes y gritos que los acallaban. Era muy alto para subir, y sobre él había unas líneas de espinas que no la dejarían pasar. También tenía miedo de que alguien la viera.

Con un palo y una piedra empezó a cavar un hueco como lo hacían los animales que ella conocía. Angosto y profundo, para poder pasar por debajo. Cada mañana, antes de que saliera el sol, se retiraba del cerco y se escondía cerca del río, esperando el abrigo de la noche para poder volver a su pozo. Tenía hambre, pero supo encontrar algunas raíces que la ayudaban a seguir.

Cuando ya no entraba un solo nudo en su sogueta pudo pasar por debajo del cerco y emerger del otro lado. El piso estaba embarrado y tenía olor a podrido, a excrementos, a carne muerta. Sentados o acostados en todas partes había viejos, niños y mujeres. Los que podían sostenerse apoyados en las paredes tenían la cabeza caída. El sol pegaba con fuerza y el olor era insoportable. Caminó esquivando pies, piernas y cuerpos enteros que casi no dejaban suelo libre. Miró a todos y no conoció a nadie. Las ropas desgarradas, como sus espíritus, piensa ahora que es vieja y que entiende muchas más cosas. No había guerreros ahí.

Ahora, tantos años después, todavía se le llenan los ojos de lágrimas cuando se acuerda del momento en que encontró a su madre. Le costó reconocerla. Estaba gris, de polvo, de sed, de do-

lor y de miedo. Se acercó y se recostó en su pecho. Es así como lo recuerda. La mujer apenas podía levantar sus brazos pero la apretó contra su cuerpo, le pasó la tibieza que tanto necesitaba y lloraron en silencio.

Vivir y morir para ellas era otra cosa. Esto no. Vivir era aprender a tejer, a leer las estrellas, a cuidar, sanar, acompañar. Era jugar, cocinar, reírse y cantar. A veces bailar. Y con el tiempo, envejecer, ser guía y sostén. Morir era despedirse con las manos llenas de arrugas, rodeadas de personas queridas, de hijos, nietos, bisnietos, y la sangre así, pacíficamente, seguiría en las venas de quienes quedaban. Pero no esto.

Pasaron varias horas refugiándose una en la otra. Le contó a su madre que había abierto un hueco por el que podrían salir, pero ella estaba demasiado débil. Quizás mañana le había dicho. Y así pasaron varios días. Muchos murieron en ese tiempo, incluso su madre. Se quedó acurrucada sobre su vientre hasta que un milico vino a llevársela.

La levantó como una pluma, tan solita y flaca que estaba. La llevó a una casa donde la bañaron y le dieron de comer, le dieron alguna ropa y empezó a trabajar. Ahí vivió hasta ahora.

Le cuesta levantarse. Se pone la mano en la cadera. Se mueve despacio. El pan ya está listo y pronto deberá tender la mesa. Piensa que tuvo suerte y hasta quizás, está agradecida. Siente que pronto va a morir y se mira las manos arrugadas. Tuvo hijos, pero no podrán acompañarla ahora. Se los han llevado lejos, a trabajar en otras tierras. Estarán, cree, esperándola los suyos, cuando cierre los ojos por última vez.



Esta imagen ha sido construida a partir de una foto tomada en el Centro Clandestino de Detención, tortura y exterminio "El Olimpo". La mujer con su hijita es una imagen tomada en una convocatoria de Ni una Menos, por el feminicidio de Guadalupe Curual. Imagen: Natalia Buch.

CAPÍTULO 5. LA CONQUISTA CONTINÚA

En este capítulo analizaremos las consecuencias que la conquista militar de la Patagonia trajo para las poblaciones indígenas y, específicamente, para las mujeres originarias y aquellas que habían participado del ejército como cuartereras. Nos interesa, particularmente, historiar el destino de las mujeres nativas y sus grupos familiares que sobrevivieron a la *razia* militar. Trabajo forzado, desaparición de personas, exposición descarnada, discriminación e invisibilización en pos de la sobrevivencia fueron algunos de los itinerarios transitados por estas mujeres. Entre ellas, se destacan las que lucharon por recuperar o mantener lo que les fue arrebatado.

Las consecuencias de la conquista

Muerte, desintegración social y cultural, desterritorialización e incorporación al mercado del trabajo en términos absolutamente marginales, fueron las consecuencias de la conquista.

La actividad económica dominante en este período siguió siendo la ganadería en sus formas extensivas y las relaciones comerciales con Chile, que poco se modificaron con los nuevos límites geográficos y políticos establecidos. La gradual presencia estatal implicó la imposición de nuevas formas de relaciones sociales. La venta indiscriminada de alcohol fue destructiva para las poblaciones indígenas y constituyó la base del enriquecimiento de no pocos comerciantes de la región.

El asentamiento de formas capitalistas de producción se materializó también en la presencia de una serie de conflictos. El cuarterismo, ahora asociado al “robo”¹ de ganado, anteriormente de libre disponibilidad, fue una constante en la época, dando lugar al surgimiento de una franja marginal de población, integrada por indígenas, criollos y mestizos, que usaban la cordillera como ámbito de protección y vía de salida comercial de los bienes capturados.

La justificación del avance militar contra los pueblos originarios y los debates acerca de qué hacer con los indígenas sobrevivientes, fue una discusión que se trasladó del Congreso de la Nación a la prensa y a la opinión pública. La cuestión indígena (Masés, 2008), perfilada como preocupación de algunos miembros del Estado nacional sobre principios de siglo, no derivó en ningún plan orgánico ni legislación apropiada que permitiese la reivindicación de estos pueblos, invariablemente sometidos a los inescrupulosos intereses de los grandes comerciantes y latifundistas patagónicos.

A algunos pocos indígenas se les concedieron tierras, en lugares siempre diferentes e inferiores tanto en extensión como en calidad de suelos a su radicación anterior. Las reducidas dimensiones de los lotes para la práctica de la ganadería ovina y caprina, la degradación de los suelos por efecto de la recarga de animales y el sistema de comercialización abusivo, intermediado por los grupos mercantiles del lugar, impidieron (e impiden hasta hoy) que estos grupos obtengan excedentes que les permitan mejorar la calidad de su producción. Por otra parte, al estar rodeados de propiedades particulares, sufren permanentes presiones sobre las tierras ocupadas.

¹ Utilizamos el entrecomillado para “robo” en cuanto consideramos que es imposible robar lo que no es una propiedad privada. Empleamos esta denominación porque las fuentes de la época acusaban a los nativos de abigeato (robo de ganado) en forma recurrente.

La mayoría de los casi 13.000 indígenas que fueron hechos prisioneros después de las campañas militares se derivó a Buenos Aires, a otras capitales de provincias o a instalaciones dentro mismo de la Norpatagonia. Existieron lugares que funcionaron como verdaderos campos de concentración o espacios de “reducción de indios”, como es el caso de Valcheta. En este paraje, a la vera de un arroyo previo al ingreso a la meseta de Somoncuro, fueron concentradas más de 500 personas a la espera del reparto, el traslado o la muerte.

Los traslados se efectuaban en forma masiva, ya fuese por tierra usando las terminales ferroviarias, tarea a cargo de particulares especialmente contratados para ese fin, o por mar, embarcados en los puertos patagónicos. Luego de una corta estancia en Buenos Aires se remitía a los indígenas en calidad de “prisioneros de guerra” a la isla Martín García o a otros puntos de concentración en la ciudad como los cuarteles de Palermo y Retiro, hasta tanto se decidiera su distribución y destino. Esta tarea era responsabilidad, entre otros, de la Sociedad de Beneficencia, institución creada en 1823 y encargada de la atención a los pobres. Las condiciones infrahumanas de estas verdaderas prisiones han sido señaladas en diversos documentos y profusamente trabajadas en las investigaciones realizadas sobre el particular. Desde allí, las mujeres jóvenes y los niños se distribuían entre las familias para el trabajo doméstico, en tanto que los hombres se derivaban a otras provincias como Tucumán, donde se los destinaba como mano de obra en la producción azucarera, o se los incorporaba al servicio en el ejército o la armada. Las viejas y los viejos, descartables a esos fines, quedaban a cargo de las instituciones estatales sobreviviendo como podían. De esa manera, al desmembrarse las familias, se aseguraba la discontinuidad de la reproducción, tanto física como cultural.

Otro esfuerzo importante se centró en erradicar las formas de la cosmogonía indígena, para lo cual se insistió en la conversión de los pueblos originarios al catolicismo. La evangelización fue un proceso que continuó finalizada la campaña militar, en muchos pasos como opción obligada para obtener alguna prebenda o como estrategia para combatir la estigmatización. Tal es el caso de la hija de Nawelpi, cuyo padre escribe a Robert Lehmann-Nitsche en 1901:

Le paso a manifestar que no he ido a su oficina por [el hecho de] encontrarme preso en la guarida, por una falta que cometí, insignificante. Por ese motivo desearía que usted venga a hablar con el Mayor y decirle que me den la libertad y que usted me precisaba urgentemente (...) y además estoy por hacer cristianar (bautizar) mi nena (hija). Si usted me solicita la libertad, quedaré agradecido (p. 231).

Mujeres y sometimiento

Las llamadas “narrativas de origen”² contemplan los largos periodos de peregrinación de los indígenas, que se iniciaban con la localización y sometimiento en su territorio, continuaban con la restricción de la movilidad y el desplazamiento en el nuevo espacio del Estado-nación y culminaban con el arribo al lugar de radicación definitiva.

Ya durante la Campaña, contingentes de mujeres fueron enviadas a Tucumán para trabajar en los ingenios azucareros. Un informe

2 Recibe el nombre de “narrativas de origen” el traslado forzoso en pos del sometimiento indígena, desde su captura hasta su inserción en un nuevo espacio, por lo general, muy alejado del lugar de origen. Sugerimos para este tema la lectura de la producción de Walter del Río (2005, 2008) y Pilar Pérez (2018).

sobre sus condiciones de vida realizado por el gobierno tucumano en 1879, sostenía:

A las tres indias que se hallaban presentes, les hicimos las preguntas necesarias por medio de nuestro intérprete a fin de saber cómo eran tratadas. A la primera pregunta prorrumpieron en largo y continuado llanto, y llorando nos contestaron a las demás. Dijéronnos que (su capataz) las castigaba mostrándoles en una de ellas, la más anciana, las cicatrices de las heridas producidas por el látigo en el brazo y en la cara. Que sólo les daban de comer una vez al día y su comida consistía en maíz con carne y la mayor parte de los días maíz solamente. Que muchas de sus compañeras enfermas de viruela murieron porque no podían comer esa comida³.

Mujeres confinadas en la isla Martín García desde el inicio de la campaña fueron liberadas por falta de comida y repartidas como empleadas domésticas en diferentes puntos del país, entre las clases acomodadas porteñas y el personal jerárquico del ejército. En 1876 se inauguró en la isla una escuela con la intención de realizar una labor civilizatoria con los hijos de los presos. También se instalaron capellanes y padres misioneros con el propósito de cristianizar a los prisioneros, a quienes bautizaban y casaban. Entre enero y mayo de 1879, por ejemplo, el capellán José Birot y el misionero Juan Cellier bautizaron a más de 600 indígenas, en su mayoría mujeres, niños y ancianos que llegaron a la isla infectados de viruela.

Milla-Ray Foyel, Llanke-Neu Inakayal y una niña bautizada Damiana, entre otras, luego de permanecer dos años en el cuartel de Retiro, fueron trasladadas al Museo de Ciencias Naturales de La

3 Nota de los Defensores de Pobres y Menores al gobernador de la provincia, Archivo General de Tucumán. Citada en el trabajo de Asfoura (1979, p. 267).

Plata, alojadas en sus sótanos y exhibidas como parte de una colección viviente. Francisco Pascasio Moreno, director del museo, había obtenido permiso del gobierno para trasladarlas allí, junto a los caciques Inakayal y Foyel. Su pedido fue justificado con propósitos científicos, ya que las mujeres enriquecerían las colecciones etnográficas con sus trabajos de tejidos, al mismo tiempo que se podrían realizar estudios antropológicos. En total había doce personas viviendo en el museo. Durante el día se les permitía transitar los pasillos del edificio aún en construcción, de noche eran encerradas con candado en una habitación del subsuelo. Se les daba de comer una olla de sopa y, como no podían salir, tenían que orinar y defecar en un rincón. Las mujeres se ocupaban de la limpieza del museo, el lavado de las ropas del personal y de la confección de telares para la venta. Como parte de la colección, eran examinadas desnudas por científicos que concurrían a verlas. También se las fotografiaba u obligaba a quedarse quietas durante horas frente a un pintor que las retrataba. Milla-Ray permaneció allí como esclava hasta el día de su muerte, en 1887, producto de una afección pulmonar. Tenía 33 años. Ese mismo año murió Eullytalma, joven mujer proveniente de la zona austral del país, al año siguiente Inakayal y en 1894 Maish Kensis, yagán de Tierra del Fuego. Tras fallecer, los restos de todos ellos pasaron a ser exhibidos en las salas de antropología biológica de la institución. Sólo Yanke-Neu fue liberada, trasladándose a Tecka, en la zona mesetaria chubutense, donde el gobierno había otorgado a su grupo unas pocas hectáreas de tierra infértil.

También hubo grupos indígenas que fueron esclavizados y presentados en distintas exhibiciones de “zoológicos humanos”, realizadas en Europa entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX. En la exposición mundial de París de 1906, por ejemplo,

dos familias mapuche —seis hombres, cuatro mujeres y cuatro niños— fueron exhibidas en el Jardín de Aclimatación. Fueron trasladados hasta allí por el alemán Richard Fritz quien, según los registros, había participado en un *nguillatun*⁴ en la comunidad de estas familias. Durante la exposición, se les obligó a jugar al palín⁵ y a usar instrumentos musicales. La gira continuó en el zoológico de Berlín y en una feria navideña en Hamburgo, para finalizar en el Palacio de la Moneda de Santiago de Chile. Varios antropólogos que participaron de las exposiciones se quejaron en reiteradas oportunidades por lo reactivo que era el contingente esclavizado a ser medido y fotografiado para “fines científicos”.

Las mujeres que lograron sobrevivir y quedarse en el territorio norpatagónico, se desempeñaron como mano de obra al servicio de los nuevos propietarios o se refugiaron en el ámbito rural con una economía de subsistencia. Debido a la desaparición de varones indígenas tras la campaña militar, las mujeres se transformaron en jefas de hogar y tomaron decisiones, para sí mismas y para su prole. Lejos estuvieron de ser víctimas dóciles de las relaciones de dominación, conservaron su cultura y la transmitieron en *mapudungun*, al interior de sus casas y en los festejos, solapados en alguna festividad católica que los invisibilizaba frente al control estatal.

Así lo demuestra la historia de Bibiana García, mestiza conocida con el nombre indígena de Duguthayen y viuda del cacique Cipria-

4 Ceremonia espiritual que se realiza conforme a las tradiciones aprendidas de los antepasados para agradecer, alabar y pedir a los seres espirituales el mantenimiento o restitución del bienestar y equilibrio de los habitantes del *mapu*.

5 El palín es un juego similar a la chueca española que constituye para los mapuche un encuentro social para fortalecer las relaciones políticas entre los *lof* (comunidades) y sus *longkos* (autoridades).

no Catriel quien, según las crónicas, fue reconocida como cacica por más de un millar de indígenas. En 1888, durante la presidencia de Juárez Celman, marchó a caballo de toldo en toldo en territorio rionegrino, invitando a la indiada a unirse y a petitionar a las autoridades en procura de tierras. Los diez años siguientes los dedicó a seguir el curso de los expedientes y se trasladó en numerosas ocasiones a Bahía Blanca y a Buenos Aires, utilizando el recientemente inaugurado ferrocarril como medio de transporte. Bibiana, tras quedar viuda, se casó con Juan Cortés, con quien fue fotografiada junto a sus hijos por la revista *Caras y Caretas*. La nota publicada con el título “Indios en Buenos Aires”, definía a Bibiana como:

La *machi* o hechicera de los indios azuleños⁶, restos de la tribu de Catriel, errantes por el Rio Negro que tienen invencible repugnancia en vadear hacia el sur, no es menos interesante como tipo indígena. Al contrario, ofrece la curiosidad de que, sin fuerzas de hombre y sin encanto de mujer, se haga obedecer de novecientos indios fortachos y grandes como ranchos, débilmente auxiliada en la tarea gubernativa por su marido, que ejerce una autoridad refleja, viniendo a ser algo así como un rey consorte.

El contenido de la nota y la información dada sobre su residencia en un barrio del sudoeste porteño, junto con un campamento de indígenas que habían sido confinados a la isla Martín García y luego liberados, hizo que su caso se volviera de interés para la prensa y, por ende, para el gobierno. Finalmente, en 1899, el Poder Ejecutivo Nacional dio lugar a la solicitud y creó por decreto las Colonias Pastoriles de Catriel y Valcheta, con una extensión de 75.000 hectáreas cada una. Bibiana recibió la noticia en la ciudad porteña y, con el de-

⁶ Así llamó la revista a los pueblos originarios de la zona de Azul, en la frontera sur bonaerense.

creto en mano, comenzó a planificar el traslado y arrear gente para poblar la tierra prometida. A diferencia de las adjudicaciones precedentes, las tierras obtenidas por la “*machi* azuleña” eran fértiles, cercanas a los ríos y aptas para la ganadería y la agricultura.

LA NIÑA

Nació en el preciso momento en que moría un viejo. Las dos cosas se gestaron juntas, el ocaso del viejo y la preñez de la madre. Aca-so ambas cosas hayan iniciado al mismo tiempo. Las dos cosas, también, tuvieron sus preparativos. Cuando sabían que se aproximaba el momento, detuvieron la marcha, armaron un toldo y sólo unos pocos hombres siguieron tras la manada de guanacos.

En el instante en que el viejo exhaló su último suspiro, acostado entre cueros, con fogatas rodeando el toldo, ella berreó y rompió el silencio de la noche. Relatarían luego que esa noche habían brillado muchas más estrellas que en otras noches. El mismo hombre que cerró los ojos del viejo, también recibió a la niña de manos de su padre, para darle un nombre. Cuando alzó a la niña en sus brazos, tuvo una visión que no entendió, porque si bien estas cosas sucedían juntas, no era seguro que estuvieran ligadas. Vio, cuando el corazón del viejo dejó de latir, que se abría una puerta luminosa en la lejanía, y que el viejo y una niña cruzaban de la mano. En el momento en que cruzaban el umbral, el viejo la soltaba, hacía un ademán de despedida y entraba en la tierra más allá del horizonte. La niña, en cambio, era arrastrada hacia atrás, tironeada por un lazo de fuego, mientras ella estiraba su brazo para el lado de la vida. Sufría, gritaba y se retorció, y de a poco se iba achicando hasta desaparecer. El hombre abrió los ojos enormes en la noche oscura, intentando entender el mensaje. Pensó, equivocadamente, que la niña moriría. No pudo conversar con nadie de lo que vio.

Los que habían ido de caza volvieron contentos. Pintaron sus cuerpos, bailaron alrededor de la fogata. La niña durmió toda la noche. Mientras se asaba la carne recién traída, el hombre tam-

bién cantó y bailó en una celebración de la vida y de la muerte. Pero no podía sacarse de la mente esa visión que volvía a repetirse entre las brasas.

Una ráfaga súbita apagó las pocas llamas que quedaban. La oscuridad repentina puso a todos en alerta y en silencio. Hasta los perros callaron. Se les erizaron los pelos del lomo, pero no gruñeron. Sólo abrieron las fauces y los ojos, mientras los hombres se movieron, sin ser escuchados, a buscar sus armas. Nada pasó. La nada misma los rodeó y sintieron que debían irse pronto. A la mañana siguiente, mientras todavía humeaba el rescoldo, ya nadie quedaba en esa tierra.

Muchas rutas recorrieron, y una tarde de verano, a la orilla del mar, encontraron a unos hombres que no conocían, aunque habían oído hablar de ellos. Como lo hacían con cualquier viajero, les convidaron comidas y bebidas, les enseñaron sus tejidos, les ofrecieron sus mujeres y bailaron y cantaron con ellos. Tomaron aguardiente y se rieron hasta que todos quedaron dormidos.

Cuando despertaron, los visitantes se habían ido, y con ellos la niña. Ese día, aunque habían pasado catorce años, el hombre volvió a tener aquella visión, sólo que ahora podía verle rostro tal cual era y sintió una profunda tristeza.

La niña abrió los ojos lo más grandes que pudo. Estaba oscuro y se sentía mareada. Tenía frío y la piel pegajosa y salada. A tientas encontró una manta húmeda en un costado, se envolvió y de a poco se fue entibiando. Podía oír gemidos y también el ruido del mar. Pero no como lo conocía, sino como si estuviera en sus mismísimas entrañas. Lo había soñado. Quiso moverse y se dio cuenta de que estaba encerrada en una jaula de barrotes fuertes. La garganta seca le dolía, y también la cabeza. No podía hablar, ni gritar, ni pedir.

Su madre le había enseñado a entender los sueños. Lo que ves no es lo que es, le había dicho, es lo que será, pero será de una manera distinta a como la ves. Eso que ves es un camino que hay para cada uno. Ahora pensaba en ese sueño, donde se había visto engullida por un pez de madera y llevada al fondo del mar.

Escuchó un golpe y se abrió una puerta en el cielo. La luz fuerte y el aire limpio entraron sin compasión. Un hombre hecho de sombras se acercó a donde estaba, empujó los barrotes y la tironeó del brazo. Casi la arrastró hacia arriba. Pensó que eso era morir y que de esa manera iría más allá del horizonte, como le dijeron que ocurriría. Pero en vez de eso por esa puerta llegó a un mundo de gente, sogas, gritos y velas. Estaba desnuda, apenas envuelta en la manta mugrienta y mojada, en un barco. Había visto estos barcos a lo lejos, desde la costa, muchas veces antes, y se preguntaba cómo serían. Ahora estaba ahí. El viento frío y la llovizna de las olas golpeando contra la madera la trajeron como un golpe a ese lugar. Temblaba.

Durante días y noches que no supo contar, estuvo allí, y vio a otros también. Mujeres y niños que no conocía, algunos hombres. Flacos y enfermos muchos caían al mar o eran empujados. Comía lo que le daban, tomaba el agua que le ofrecían y los miraba a los ojos. Sabía del poder de su mirada. Su madre se lo había dicho. El hombre que la buscaba en su jaula le ponía una capucha cuando la sacaba del vientre del barco. Ella quería quitársela, pero tenía las manos atadas.

Llegaron a un puerto en un día calmo. El barco levantó sus velas y con una suavidad que ella no creyó posible para semejante bestia, se apoyó en el muelle. Había mucha más gente de la que ella suponía que existía en el mundo.

Pasaron horas así, parados al sol, con la piel resquebrajándose bajo las mantas mohosas y saladas, con hambre y sed. Todos juntos, atados unos a otros. Un grupo de hombres se acercó. Los eligieron, los tocaron, los marcaron y los separaron. Ella y dos niñas más pequeñas quedaron a la derecha, cerca de la escalera. Pensó en correr, pero la barrera humana sería imposible de pasar. Y sentía que no tenía fuerzas. Las empujaron hacia un carro de caballos y la gente se estiraba para tocarlas.

Vio un grupo de mujeres que tenían sus manos sin piel. Estaban todas cubiertas de tela, menos su cara. Una vez, en una toldería, había visto una niña blanca de pelo amarillo que llevaba una muñeca de tela que tenía las manos como estas mujeres. La niña le había dejado tocarla. Era blanda y tibia. Estiró su brazo también para tocar las manos de estas mujeres, pero ellas se corrieron para atrás, como espantadas.

Varios caballos tiraban del carro. Cuando uno intentó detenerse recibió un azote. Entendieron, ella como los caballos, que lo mejor era obedecer. Tenían miedo también. Los ruidos eran fuertes y nada de lo que veía se parecía a algo que ella conociera.

Aspiró ese aire sucio y pegajoso. A la izquierda, no muy lejos, un hueco entre la gente le dejó ver el borde del muelle de madera y a continuación el mar. Cerró los ojos y levantó la cabeza al viento, intentando traer el aire de su tierra, la tibieza de su sol, los pastos dorados de sus tardes. Se convirtió en su mente en un gato huiña y las sogas quedaron flojas en sus muñecas. Las dejó caer y corrió lo más rápido que pudo hacia ese horizonte. Pero no llegó lejos. De un golpe la tiraron al piso mientras la gente gritaba como si ella misma fuera un depredador y no la presa. La empujaban, la tironeaban. No entendía una palabra de lo que le decían, pero podía darse cuenta de que estaban enojados.

La llevaron a un lugar en penumbras, junto con otros que habían venido en el barco con ella. Había más gente abajo del piso. No los veía, pero los escuchaba gemir. Era un sitio cerrado, sin un hueco para escapar. Les dieron agua y algo de pan. Se sentía agobiada en esa habitación, porque ella estaba acostumbrada a mirar las estrellas. Ahí, el techo era demasiado bajo. Procuraba no moverse. Tuvo ganas de hacer pis y se acercó a un rincón. Todo olía mal en ese lugar.

Al día siguiente llegaron unos hombres. Los pararon en fila. Los midieron y revisaron, anotaron todo en unas libretas como las que ella había visto. Les interesaban sus dientes, sus manos, el ancho de su espalda y su cadera. Los hombres tenían las manos frías, y la tocaban como si fueran a ensuciarse los dedos.

Vinieron unas mujeres y les pusieron una ropa áspera. Recordó la suavidad de la piel de los guanacos, y su tibieza. Le gustaba acariciarla y se sentía tan segura ahí, en su toldo, con su quillango, con su gente. Pensó en su madre y empezó a llorar. La mujer le habló en una lengua que no entendió, pero ella se daba cuenta de que era buena. Quiso contarle que quería volver a casa, pero no sabía cómo hacerlo. Los llevaron así, con esa vestimenta extraña a un lugar con pastos secos, algo de tierra sobre un piso de madera, unas piedras y una hoguera falsa pintada de colores opacos. Había en las paredes unas imágenes turbadoras de gente como ella, a caballo, con lanzas y levantando cabezas cortadas a la vez que mostraban los dientes como si fueran a comérselas. Le dio más miedo. ¿En qué mundo estaba?

Se dejó conducir hasta donde querían que estuviera. La sentaron y la taparon con una manta inmunda que tenía olor a pis. Todos quedaron así, quietitos y tapados. Escuchó una voz grave, que hablaba con gritos y susurros, y luego el silencio. Un silencio

como cuando el puma está por saltar sobre su presa. Ni en las noches más oscuras había un silencio tan rotundo en su tierra. Quiso correr, pero no podía moverse.

La manta que la cubría se levantó como por magia, y quedó ahí, ante millones de ojos que la miraban estupefactos, con una luz más fuerte que el sol que le calentaba la cabeza. Escuchó una exclamación de miles de voces, un rugido como del viento.

Se levantó y se escondió entre de unas ramas secas que estaban atrás. Miró a la multitud que observaba. Vio ojos azules, muchos. Hombres con barbas, mujeres con sombreros, niños. Todos la miraban. Ahí supo que ahora era de ellos, que eso era morir, y entendió que jamás volvería a casa. Tomó coraje, se levantó y sintió que ahora era más alta. Corrió hacia donde estaban, gritando y mostrando los dientes, imaginando que tenía garras y saltaría sobre sus cabezas. Corrió lo más fuerte que pudo, pero había una barrera invisible entre ellos. Su cara golpeó con violencia contra el vidrio, y cayó a un costado, dejando su sangre correr en esa tierra extraña.



Imagen: Fernanda Rivera Luque

Cuarteleras y machis del día después

Respecto al destino de las cuarteras, muchas se afincaron en la zona en una situación de extrema miseria, ya que el ejército las eliminó de las listas en las que figuraban y prohibió su admisión en los cuarteles. Varias de ellas permanecieron juntas y se convirtieron en amigas entrañables como, por ejemplo, Carmen Funes, la Pasto Verde y Mercedes Casas, la Mazamorrera, ambas de origen mendocino.

Afincada en una aguada próxima al kilómetro 1297 del Ferrocarril Sud, Carmen Funes se dedicó a la cría de animales y a la atención de viajeros ocasionales de la zona, por lo que es reconocida como la primera pobladora de Plaza Huinco (hoy Plaza Huincul). En su precario rancho se alojaron los primeros geólogos que llegaron a la zona en búsqueda de petróleo. En las memorias escritas por uno de ellos, Anselmo Windhausen, se recuerdan las constantes quejas de Carmen por tener que filtrar el agua de su pozo debido a la presencia de kerosén. Carmen Funes murió en 1915 debido a una hidropesía por la que no recibió atención médica alguna. En 1988, su tumba fue reconocida como Monumento Histórico por el Concejo Deliberante local. El museo de la ciudad de Plaza Huincul lleva su nombre.

Mercedes Casas, puntana, alias “la Mazamorrera”, contrajo enlace con un soldado del séptimo regimiento llamado Ambrosio Aguirre. Finalizada la campaña militar, el Estado nacional otorgó a Aguirre un campo de pastoreo sobre el brazo sureste del río Limay, cerca de la actual ciudad de Cipolletti. Allí se trasladó la familia. Al morir Aguirre, Mercedes se hizo cargo de la propiedad con sus tres hijos. La crecida de los ríos Neuquén y Limay de 1899 se llevó, en su vorágine, gran parte de la chacra. Inútiles fueron los reclamos de la fortinera para recuperar el terreno donado. Sus dos hijos varones ya no vivían en la zona, y las voces de mujeres —la de su hija Rita y la de ella,

por entonces de 76 años—, no tenían la suficiente potencia para ser escuchadas.

Hubo otras mujeres que se reubicaron en la meseta patagónica, como habitantes sin título de tierras que poseían antes de la ocupación militar o como personal subalterno de los nuevos propietarios. Un hecho que tuvo mucha repercusión en la prensa regional y nacional ocurrió en el paraje de El Cuy, en el corazón de la meseta rionegrina. En 1909 se inició una investigación por la desaparición de dos mercachifles (vendedores ambulantes) sirios-libaneses que vendían sus productos en la meseta y se habían transformado en competencia de firmas comerciales asentadas en la región, como lo era la de Inda y Contín. Con el apoyo del ejército, se inició un expediente que tomó declaración a casi doscientos pobladores de la zona de El Cuy y terminó culpando del crimen a setenta y siete de ellos. El caso llegó a la prensa y se convirtió en un escándalo nacional e internacional. El número de “turcos” asesinados —que en principio habían sido dos— ascendió por entonces a setenta. A los imputados se les acusó de antropofagia ritual y la prensa nacional describió con crudeza cómo los mercachifles habían sido asesinados, cortados, cocinados y comidos, aunque no había ninguna prueba al respecto. La *machi* Antonia Weke o Hueche, conocida con el nombre de El Macagua, pariente de un cacique, fue sindicada como la ideóloga de la masacre. Se trataba de una mujer que vestía ropa de hombre, de la que se decía que había sido soldado en 1898 y albergaba la naturaleza femenina y masculina.

Durante el proceso, muchos de los imputados murieron víctimas de vejaciones y malos tratos. Macagua, la *machi*, fue la única que se salvó de la cárcel. El argumento dado por el comisario a cargo del procedimiento fue que al momento de la detención se encontraba prostrada y, por su estado de salud delicado, su deceso era inminente, por lo que no fue detenida pero en la tradición oral otra fue la historia:

en realidad el respeto que infundía la *machi* y el temor a las repesalias —asociadas a sus poderes mágicos-religiosos— frenó la decisión del comisario. Al día siguiente de este hecho, la “enferma” Macagua desapareció de su toldo a pie, con una matra al hombro y en busca de un caballo. Caminaba sin demostrar debilidad alguna. Nunca más se supo de ella.

En síntesis, a través de diversos mecanismos, muchos de ellos coercitivos, el Estado argentino intentó consolidar los procesos de poblamiento e institucionalización del sur, en aras de un progreso que negaba la identidad de hombres y mujeres indígenas, y desconocía a las mujeres que participaron de la campaña militar como cuartereras. El pasado reciente tenía como único propósito ser el piso de lo nuevo por cimentar, especialmente a partir del fomento de la inmigración. Al realizarse en 1913 la Primera Reunión de Gobernadores de los Territorios Nacionales, el gobernador de Tierra del Fuego, Fernández Valdés, solicitó planchadoras, costureras, cocineras, parteras, niñas y jóvenes para “colocarlas” en casa de familia y también, de las “otras”, con el fin de aumentar la cantidad de nacimientos en Ushuaia. Como sostuvo el gobernador fueguino, el sexo femenino “bueno o malo, es un elemento social necesario”.

El mismo año, el ministro del interior solicitó a los jueces de menores de la Capital que enviaran a la Patagonia a pupilas huérfanas que por su conducta fuesen inconvenientes a la metrópoli, con la intención de poblar el sur y con la convicción de que un cambio de ambiente regeneraría las costumbres de las asiladas, “muchas de ellas arraigadas en la depravación y el vicio”. Paradigmático resulta que la prensa territorialiana condenó la moralidad de esta medida a la que los jueces accedieron, no porque vulnerara los derechos de las huérfanas, sino por el impacto que este tipo de migración podía tener en las familias de inmigrantes “decentes” que comenzaban a poblar el suelo patagónico.

EL MACAGUA

El aire se cortaba con cuchillo. La sala era chica y eran como veinte. Hacía calor a pesar del viento helado afuera. El comisario fumaba unos cigarros negros que llenaban la habitación de un humo espeso. Poca luz entraba por la ventana. Sobre el escritorio tenía unos papeles que repasaba una y otra vez sin decir nada. Y cada tanto hacía un movimiento con el lápiz que sonaba como un martillazo en el silencio de la sala. Todos, menos el comisario, estaban de pie. Con las manos atrás, erguidos, esperando órdenes. No había indignación.

Pasó media hora hasta que el comisario dijera algo. Con la voz ronca resumió los hechos y dio las órdenes. *Menos usted, González. Los demás arranquen.* No podía estar parado. Tenía un dolor punzante en el vientre y sudaba como en verano. *Qué mierda le pasa González,* le dijo el comisario. No fue una pregunta, así que no esperaba que le conteste nada. Le dijo cuáles eran sus órdenes y se paró para abrirle la puerta. Vaya.

Nadie estaba apurado por salir a cumplir con lo mandado. Los muertos ya estaban muertos. Las nubes negras, el viento helado y seco, y lo que se olía en el aire ponía nerviosos a los hombres y a los caballos. Ajustaron cinchas, revisaron riendas, acomodaron aperos y dieron todas las vueltas que pudieron antes de salir. Empezaba a caer la tarde. Se puso rojo el horizonte, y eso, como todo el mundo sabe, es un mal presagio.

Tuvieron una noche inquieta donde los miedos se colaron en el sueño y más de uno se acurrucó en las mantas con el facón en la mano. No sabían si eran ciertas las cosas que se decían. Muchas cosas se decían. Antes de que despuntara el sol se adentraron en la pampa seca, helada y ventosa. Nadie hablaba. Cabalgaron así

dos días hasta llegar. Acamparon cerca y al amanecer se prepararon sigilosamente.

Como si despertaran después de despertar, entraron al caserío al galope, en medio de gritos y tirando tiros al aire. Todos dormían, así que nadie se les escapó. Los ataron en fila, hombres, mujeres y niños, con lo que tenían puesto y en patas. Dos horas después partiría la caravana con los detenidos de vuelta al pueblo, según eran las órdenes. Menos González.

Esperó al reparo del viento a que se fueran todos. Fumó un par de cigarrillos y cuando ya no quedaba nadie caminó con el caballo de tiro hasta el lugar que buscaba. Tanto le habían hablado de ese toldo que lo hubiera encontrado con los ojos cerrados. El corazón le latía tan fuerte que lo escuchaba más que al viento. Cuando se acercó dos perros salieron a su encuentro ladrando, pero no le hicieron nada. Lo dejaron avanzar, como si fuera una trampa. Alguien se asomó por la entrada sin decir nada. Tenía el pelo largo y negro. Parecía un hombre, o quizás no. Lo esperaba sosteniendo el cuero para darle paso, invitándolo a entrar. Cuando González ató el caballo a un poste que había cerca y caminó decidido. Una de las cosas que más valoraban en la milicia era el coraje, pero en ese momento pensó en lo difícil que era ser valiente. Se sacó la gorra y entró. Tuvo que agacharse. Adentro estaba cálido. En un fuego al costado se asaba lento un pedazo de carne.

Pasó por su lado y la observó rápidamente. Lo miraba directo a los ojos, y González bajó la vista como por instinto. Lo primero que midió fue que no era tan gigante como decían. Tenía un olor ácido y repulsivo, pero no sentía que fuera la fiera agazapada que le habían dicho. Iba a ser difícil llevársela. Lo habían mandado a una misión que no podía cumplir sin salir lastimado.

Le dijo que se siente, señalando un cuero al lado del fuego. Transpiraba, de miedo y de calor. Ella se sentó en frente, sobre un tocón que acercó con el pie. Las piernas abiertas, acodada en sus propias rodillas. Como un hombre, pensó González, por eso se confunde la gente.

González sintió una puntada en el vientre y cerró los ojos. Se desabrochó los primeros botones de la casaca y haciendo un movimiento como para aflojar el cogote, miró alrededor. Otra mujer estaba acostada sobre un *quillango*. Era joven y estaba desnuda. Se sintió turbado por la imagen y enseguida bajó la vista al piso. La otra le acercó un jarro con mate caliente y un pedazo de pan con carne recién sacada del fuego. Tenía tanta hambre que decidió dejar de lado todo lo que le habían dicho de los métodos de esta mujer.

Qué busca, le preguntó directa y fuerte. González tenía la boca llena y aprovechó para pensar una respuesta mientras masticaba. Levantó la vista y vio colgados de un palo un montón de ramitos de yuyos secándose al calor del ambiente. Como sorprendido recorrió el espacio buscando los testículos de los turcos que le habían dicho que colgaban como collares, pero no vio nada. Sólo un cráneo, pelado y pequeño, marrón de tanto tiempo. Había una especie de altar, con algunas piedras de colores, trenzas de cuero y pelo, un cuchillo y varias vasijas llenas de polvo. La mujer insistió: *qué busca*.

A González le costó tragar el pedazo de pan con carne. La voz le salió ronca cuando dijo *la vengo a buscar a usted*. La mujer se rio y miró a la que estaba acostada. Hizo un amague de pararse y González apuró su mano al facón. La escopeta había quedado en la montura. *Tranquilo González* dijo ella y él pensó cómo sabría su nombre. *Le iba a ofrecer más churrasco*. Le acercó otro pedazo de

carne y ahora llenó el jarro con vino. La verdad, no daban ganas de irse de ahí. *Por qué me busca* preguntó ella. No quería relajarse porque era así como los mataba le habían dicho, con charlas y engaños, pero el calor, el vino y la barriga llena lo hacían sentir cada vez más flojo. Era como una araña que había tejido su tela sin que él se diera cuenta, y colgaría sus intestinos de los palos que sostenían el toldo, y pondría su corazón como bandera, ensartado en un palo a la entrada, aún latiendo cuando lo sacara, aún latiendo para atraer a otros incautos. El sabor de la carne y la dulzura del vino lo llevaron a un camino de sueños perturbados y terminó tendido en los cueros al lado del fogón.

Cuando despertó se sorprendió de estar vivo. Macagua lo miraba sentada en el mismo tocón en el que estaba antes de que él cayera rendido. Se tocó el pecho. Todavía tenía el corazón en su sitio. Miró su abdomen y también ahí, estaba todo en su lugar. Pero una marca verde como de bosta seca le tapaba todo el vientre. Alarmado se sentó de un salto y buscó su cuchillo. Ya no estaba. *Qué busca* le preguntó ella sonriendo y mostrando sus dientes blancos y él vio brillar la hoja clavada en la tierra, cerca de los pies de Macagua.

Le curé la lombriz del intestino le dijo apuntando a su vientre con el mentón. *Ya va a ver cuando cague.* Recordó fugazmente los dolores que lo torturaban todos los días. Ella cerró los ojos y cantó una especie de canto amargo, más parecido a un lamento que a una rogativa. La otra mujer seguía en las sombras. González se levantó y le dijo *le voy a pedir que me acompañe.* Macagua se levantó también y ahora medía como medio metro más que él. Tenía los ojos de fuego, y el pelo negro refulgía en unas líneas que la luna hacía brillar como nunca había visto. *Vaya González* le dijo mientras apoyaba la mano en su hombro. Ya era de noche y le costó

darse cuenta dónde estaba. Buscó su gorra y salió del toldo. Los perros ladraban desesperados. *Así los caza*, pensó. *Así los caza y les saca el corazón*. Montó y salió al galope tendido por la pampa gris, La luna enorme llenaba todo de sombras.

El caballo trastabilló en un pozo y cayeron ambos desparados en el polvo seco. Cuando se recuperó del golpe, ya no escuchaba los perros y sólo veía lo que la luna le mostraba. El caballo agonizaba. Cargó la escopeta, juntó coraje y le disparó dos tiros a la cabeza. Levantó algunas pilchas y empezó a caminar. Las sombras lo ponían nervioso. Ella podía estar ahí sin que él se diera cuenta. Sintió un dolor punzante en el vientre y se escondió a hacer lo suyo entre unos pajonales. Cuando se levantó los calzones vio una masa blanca de lombrices que brillaban y se enroscaban unas con otras. Pensó en lo que le había dicho la vieja.



Imagen: Natalia Buch

CAPÍTULO 6. LAS QUE VINIERON

En este capítulo reconstruiremos el contexto histórico de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, para situar allí a las mujeres. Nos referiremos a dos colectivos diferenciados: mujeres indígenas y chilenas pobres, y mujeres inmigrantes europeas, entendiendo que al interior de ambos grupos proliferan los matices y las particularidades. No obstante, más allá de las diferencias y la complejidad del análisis, es nuestro propósito dar cuenta de la capacidad de adaptación de estas mujeres a una nueva realidad, su intención de transformarla, la presencia de transgresión —muchas veces disimulada con astucia— y la importancia que tuvieron en las primeras décadas de la vida territorialiana.

El contexto histórico en el cambio de siglo

Después de la etapa militar de la conquista, el Estado nacional orientó su accionar hacia el ordenamiento jurídico-administrativo a través de la creación de los territorios nacionales y del reparto de tierras, valiéndose de un conjunto de leyes que reglamentaron su ocupación y propiedad.

El proceso de organización institucional se inició con la creación de la Gobernación de la Patagonia primero, y de los Territorios Nacionales después. Simultáneamente, el Estado puso en acción a sus agentes: el ejército, los gobernadores, la justicia letrada y de paz, la

policía, el poder local de comisiones de fomento o municipios, las instituciones escolares y las religiosas, haciendo visible así su presencia en el sur.

Las nuevas poblaciones comenzaron su organización partiendo de una situación ambivalente. Por ser parte de Territorios Nacionales, su capacidad para tomar decisiones autónomas era prácticamente nula; sin embargo, la dificultad de las comunicaciones y la distancia que las separaba de Buenos Aires, sede del gobierno central, potenció el accionar autónomo, aumentando el poder de jueces de paz, comisarios y miembros de las comisiones de fomento de la región.

La distribución de la tierra pública conllevó a su concentración en términos de propiedad privada. La legislación no pudo frenar el proceso de especulación que se produjo al entrar al mercado grandes extensiones de suelo. En la mayor parte de las nuevas áreas no existió demanda de pequeñas parcelas para colonización agrícola, lo cual, de hecho, no era posible en buena parte de la Patagonia. Por tal razón, muchos de los propietarios formaron sociedades para poder adquirir y administrar extensas superficies.

En este período, el Estado argentino definió su territorio tanto a través de medios políticos y simbólicos como del ejercicio de una denodada violencia. Mediante ese proceso se establecieron los itinerarios de dominadores y dominados, pautándose qué lugares podrían ser habitados, quiénes los poblarían y qué usos serían permitidos en dichos espacios. Los núcleos urbanos que comenzaron a formarse tuvieron, por lo general, un gran número de pobladores chilenos e inmigrantes europeos, argentinos y, en menor proporción, población nativa subalterizada. Las “ciudades” fueron concebidas como faros de civilización y el modo de vida urbano se identificó como el camino para el progreso de la región.

En el ámbito rural convivieron nuevos y antiguos pobladores. Los indígenas dueños de la tierra se convirtieron en pobladores sin título de propiedad o peones rurales de grandes estancias. Por lo general, los propietarios de estas tierras no vivían en ellas en forma permanente, sino que las administraban a través de encargados.

Todos los censos realizados a partir de entonces indican un alto índice de masculinidad en la región. Por ejemplo, en 1895, en Tierra del Fuego, del lado argentino había 477 personas, de las cuales 374 eran varones. Hacia 1914 por cada 569 hombres había 100 mujeres.

En esta nueva realidad las mujeres formaron un colectivo desigual, tanto por su lugar de procedencia como por las modalidades de asentamiento y los roles asumidos. En general todas estuvieron sometidas a un rígido patriarcado, fueron pocas numéricamente en relación a los varones y tuvieron que adaptarse a las crudas reglas del juego, diferentes a las vividas en el espacio regional en el período anterior a la razia militar, o a aquellas propias de su lugar de procedencia.

El magisterio y las tareas vinculadas al cuidado de la salud, como las que desarrollaban enfermeras y visitadoras, fueron las profesiones a través de las cuales las mujeres ingresaron sobre el ocaso del siglo XIX al mundo del trabajo asalariado. Recién el 1 de mayo de 1890 se sancionó la ley de trabajo femenino, que prohibía las jornadas nocturnas —salvo servicios especiales de enfermería, tareas domésticas y de hotelería—, la contratación de mujeres y la de menores de edad, en trabajos considerados peligrosos o insalubres. Limpiadoras, mucamas, planchadoras, lavadoras y nodrizas se desempeñaron como trabajadoras informales, mal pagas, sin ningún beneficio provisional y sin otra ley que la obediencia al patrón. Sin duda, en estas trayectorias intervinieron el arraigado mandato patriarcal de prolongar puertas afuera del espacio doméstico la vocación mater-

nal y la predisposición al cuidado, consideradas inherentes al género femenino.

Otro grupo de mujeres no trabajó fuera de sus casas, sino que constituyó un colectivo a menudo invisibilizado y cercenado por las cuatro paredes del hogar, pero que sin lugar a dudas fue el soporte material y simbólico para que se reprodujera un orden social. Estas mujeres se dedicaron a sobrevivir, que no fue poco, pero también a preservar y transmitir pautas culturales de su país de origen y de su adscripción étnica, criar y educar hijas e hijos, mantener lazos con parientes, intervenir en el espacio público local, administrar la economía familiar y, en muchos casos, colaborar en su sostén realizando un heterogéneo conjunto de tareas. De sus subjetividades y desazón, de sus añoranzas y sus problemas, de su trabajo y su impronta, tratan las páginas siguientes.

Patria, familia y ley

Como integrantes del Estado nacional, las mujeres sufrieron un Código Civil que determinaba para ellas una existencia social subordinada¹. La mujer casada estaba incluida en la lista de los incapaces, ya que la legislación determinaba el liderazgo masculino bajo la argumentación de proteger la institución familiar y el bien de los hijos. El varón era concebido como proveedor del hogar y era quien decidía el lugar de residencia. Para ejercer los derechos del *pater familiae* había

¹ Recién hacia mediados de la década de 1920 un conjunto de modificaciones al Código Civil reconoció los derechos civiles de las mujeres, aunque la ley continuó presuponiendo que el marido era el administrador de todos los bienes de la sociedad conyugal y fue el varón quien continuó con el ejercicio de la patria potestad.

que efectuar el paso burocrático del casamiento y acreditarlo mediante la documentación. Sólo en el caso de viudez la mujer podía ejercer tutela sobre sus hijos, pero perdía esta prerrogativa si volvía a casarse.

La igualdad ante la ley encontraba su limitación en la diferencia genérica. La legislación y la dirigencia trataron a las mujeres con una clara dualidad: dureza contra aquellas que se concebían como “pecadoras” y potenciales disruptoras del orden social; benevolencia y tutela sobre las mujeres “decentes”. El adulterio femenino, por ejemplo, era castigado con brutalidad, mientras que el masculino sólo recibía castigo si se trataba de una relación extramatrimonial permanente en la que el hombre pagaba los gastos de manutención.

Asimismo, según se presuponía la honra de la mujer, a igual delito diferente pena: si la mujer violada tenía menos de doce años al violador se imponía una pena de seis a diez años; si se trataba de una mujer honrada, de tres a seis; pero si la víctima de la violación había sido una prostituta, el victimario sólo cumplía de uno a seis meses de prisión.

Pero, además, lo que se establecía por ley, muchas veces no se condecía con la realidad. El rígido mandato decimonónico de una familia constituida a partir del matrimonio bendecido por la iglesia católica contrastaba con la realidad norpatagónica, donde prevalecieron uniones sin matrimonio formal y una gran cantidad de hijos “ilegítimos”.

También, el maltrato, el abuso sexual y el desamparo a la niñez, en especial a las niñas, fueron una constante del período. Mortalidad o ausencia de los padres —sobre todo del varón—, indigencia, separación del núcleo familiar para ser incorporadas a otra unidad doméstica, temprana inserción en el mundo del trabajo, signaron la infancia de muchas de las mujeres del sur. Existen numerosos tes-

timonios acerca de niñas de ocho y nueve años que eran retiradas de sus casas, entregadas “cama adentro” a familias que pudieran darles techo y comida, a cambio de trabajo ininterrumpido y no remunerado.

También resulta sugestiva la edad en que las mujeres se casaban o formaban pareja, siendo común que eso ocurra al cumplir 13 o 14 años. Sin duda, esto ocurría como paliativo para su número comparativamente escaso en relación a la cantidad de hombres arribados a la región, producto de los procesos migratorios.

El reparto, venta y secuestro de mujeres fue una práctica común, cuya principal víctima fue la mujer indígena. Existen varios relatos al respecto. Por ejemplo, en Tierra del Fuego, “el chileno Contreras” de la Estancia Bridges, había encargado una mujer a cambio de tres rifles para sendos fueguinos del grupo. También mineros y pastores organizaban asaltos al interior del territorio para “hacerse de indias”, al igual que policías que, en busca de cuatrerros, secuestraban y violaban mujeres en sus razias.

Hubo mujeres que formaron parte de los nuevos pueblos porque no tuvieron otra opción. Un ejemplo de esto, fueron las nueve presas trasladadas al penal de Ushuaia para terminar su condena. Las primeras llegaron en 1896. Se seleccionaron aquellas que tenían pocos meses más por cumplir en prisión, debido a delitos con penas cortas como vagancia, prostitución, adulterio o la participación en algún tipo de movimiento que alterase el orden público. La idea era que, al quedar en libertad, prontamente pudiesen formar pareja. Tenían entre dieciocho y treinta años, sus apellidos eran de origen español o italiano y, presumiblemente, estaban vinculadas con el movimiento anarquista. Pocos meses después de su llegada, seis se habían casado: tres con presos y otras tres con habitantes del territorio.

Mujeres que migran

Las historias de las mujeres que emigraron a la Patagonia, las que debieron exiliarse a Chile frente al avance militar del Estado y luego regresaron, y aquellas que pendularmente establecieron residencia a uno u otro lado de la Cordillera de los Andes, son diversas. Los casos que presentamos a continuación responden, en su mayoría, a los tradicionales presupuestos sobre los procesos migratorios, que explicaban el movimiento a partir de las necesidades y decisiones tomadas por los hombres, puesto que las relaciones de género, y sus derivadas relaciones de poder intrafamiliares, condicionaban a la mujer a aceptar los mandatos de padres o maridos.

A diferencia de las migraciones de hombres, por lo general, las mujeres migraron a partir de redes más cerradas (parientes cercanos como padres, hermanos, hijos, tíos), y permanecieron en el hogar receptor hasta el momento en que formaban pareja. Las casadas en su país de origen llegaron más tarde que el varón, debido a que éste venía primero a “probar suerte” y, una vez que conseguía trabajo estable, enviaba el dinero para que el grupo familiar comprara pasajes y se reuniera con él.

Las familias que incluían hijas jóvenes recibían las visitas de todos los solteros, que, anoticiados del arribo, se acercaban de visita en la intención de cautivar a alguna joven y hacerse de una esposa. Prontamente se iniciaban las redes de relaciones sociales, que incluían el compadrazgo, es decir, la elección de padrinos de los hijos como medio para crear o fortalecer lazos entre colonos provenientes de la misma zona o país.

Hubo mujeres que viajaron a la Patagonia ante una promesa de casamiento con algún hombre de su pueblo o comunidad al que habían visto unas pocas veces. Otras encontraron pareja en el barco du-

rante los largos días de viaje que separaban los continentes, durante la travesía cambiaron de opinión y, para desazón del que esperaba en tierra firme, se refugiaron en los brazos de la nueva conquista para seguir a su hombre en nuevos rumbos.

Las recién llegadas reprodujeron los roles femeninos que desempeñaron sus madres y abuelas. Sin embargo, las características del espacio geográfico modificaron hábitos y pautas culturales: se encontraron con nuevos sabores y comidas, nuevas texturas para las prendas, nuevos sistemas de relaciones y lenguas. En muchos casos, realizaron tareas para aportar a la precaria economía familiar. Éstas labores, por lo general no se registraron como trabajos formales y declarados, por ejemplo la fabricación de dulces y compotas para vender entre vecinos, tareas de costura y, en algunas ocasiones, la actuación como comadronas para asistir partos, ante la inexistencia de médicos en la región. En este último caso, en todas las historias de parteras que hemos podido reconstruir no consta que cobraran por sus servicios. Casi siempre, el único tributo recibido era algún ave de corral y productos de la huerta de la parturienta. En Villa Regina, por ejemplo, María Bonelli fue partera por decenas de años. En 1933 pidió a la Comisión de Fomento que la eximiera de pagar la patente del sulky en el que trasladaba a ofrecer sus servicios en forma gratuita. El municipio aceptó, como una excepción especial.

¿Se vincularon entre sí las diferentes colectividades de migrantes e incorporaron las pautas de argentinidad que desde la escuela y la prensa impartía el Estado?² Si bien los grupos se relacionaron entre sí, en general estas relaciones tuvieron más que ver con el hecho de

2 Las explicaciones tradicionales sobre las migraciones en Argentina sostienen que en nuestro país existió un “crisol de razas” caracterizado por una convivencia armónica y un sostenido proceso de nacionalización. Corrientes más actuales, prefieren referirse a una diversidad étnica y cultural en la que, como es esperable, existieron conflictos y tensiones.

compartir prácticas sociales cotidianas en un espacio común que con una integración. La endogamia, la resistencia a la naturalización, los conflictos sociales y políticos, dan cuenta de las tensiones que existieron. En muchas ocasiones los vínculos establecidos fueron jerárquicos, tal es el caso de las mujeres inmigrantes propietarias y de un estatus social elevado que emplearon a otras mujeres —de igual o diferente procedencia— como sirvientas, lavanderas o nodrizas, sin evidenciar ninguna solidaridad de género.

Una de las grandes preocupaciones de estas mujeres instaladas en la Patagonia a principios del siglo **xx** fue la educación de su prole. Las provenientes de las urbes europeas, con el uso de camisas almidonadas, zapatos de charol y puntillas, se negaban a dejar de lado las costumbres que, en su condición de ‘blancas’, traían de las ciudades de origen, a pesar del clima y de la ausencia de asentamientos urbanos como aquellos en los que acostumbraban a vivir. Como contrapartida de esta situación, las nativas callaron, se vistieron con la moda de la pobreza y guardaron su lengua para la intimidad hogareña y el encuentro femenino.

Antecedentes tempranos: galesas en Chubut

Los habitantes ancestrales del actual Chubut región fueron los tehuelche, mientras que el poblamiento galés en la región tuvo tres etapas diferenciadas. La primera comenzó con su arribo. Alentados por los datos brindados por el almirante Fitz Roz entre 1826 y 1836 sobre la fertilidad de las costas del Golfo Nuevo, expulsados por los terratenientes ingleses que avanzaban sobre Gales e impedían el uso del idioma y la práctica del culto galés, e incentivados por el gobierno argentino que asumió el compromiso de otorgar

cincuenta hectáreas de tierras por familia y herramientas para las tareas agrícolas, un grupo compuesto por 153 galeses arribó a la costa chubutense en 1865. Los veinte años posteriores a este hito se caracterizaron por la lucha por la supervivencia, el inicio de prácticas agrícolas, las dificultades ocasionadas por el desconocimiento del medio ambiente y las inclemencias climáticas. En este contexto, fue el contacto esporádico con los tehuelche el que les permitió adquirir ciertas habilidades para la caza e incorporar a su dieta carnes y productos de la región, como huevos de ñandú y ciertas especies de plantas.

Una segunda etapa se extendió, aproximadamente, desde 1885 a 1914, en sintonía con el afianzamiento en el país del modelo agro-exportador. En este período aumentaron las exploraciones de los colonos galeses hacia los valles cordilleranos para incentivar su poblamiento.

El buen precio alcanzado por el trigo a fines de siglo, junto a la necesidad de contar con un punto de embarque para el envío y recepción de productos, motivaron la construcción del ferrocarril entre el valle inferior del Chubut y el Golfo Nuevo. Inaugurado en 1886, fue el primer tren patagónico. Unió Trelew con Puerto Madryn y permitió la llegada a la región de ciertos alimentos, manufacturas y la exportación de plumas de avestruz, lanas y cueros. Las cosechas de trigo, cebada y alfalfa, los productos de huerta y la fabricación de derivados de la leche de alta calidad —como quesos y manteca— fortalecieron la economía de las colonias, especialmente las ubicadas en el oeste. Hacia 1900 éstas superaban los 3.000 habitantes, poseían 100.000 ovinos y 6.000 hectáreas cultivadas. Los galeses compartieron el espacio con grupos de chilenos y argentinos, reubicados en la región tras el avance de la privatización de la tierra y por el ordenamiento territorial impuesto por el Estado.

Desde Trelew y Puerto Madryn partieron grupos que ocuparon áreas agrícolas del río Negro, en la isla de Choele Choel. A principios de 1903 las mujeres de las colonias crearon la torta negra galesa-patagónica, inspirada en un pan dulce frutado que se usó en tiempos de escasez, y se mantiene hasta el presente como una marca de origen reconocida por ser rica en calorías y de larga durabilidad.

Una tercera etapa comenzó en 1930, con el aumento de la llegada y arraigo de distintos contingentes migratorios, que convirtieron a la región en un espacio cosmopolita y multicultural.

ALGO TIENE QUE HABER DETRÁS DEL ALAMBRADO

Sentada frente a su máquina de coser, mira nevar por la ventana, mientras el té humea en la taza. Las galletas recién salidas del horno están enfriándose sobre la mesa de la cocina y toda la casa huele a canela, jengibre y clavo de olor. Hay poca luz para sus ojos cansados, pero sabe que todavía tiene tiempo para terminar los trabajos. Se deja ir en ese paisaje que ya hizo carne en su vida. No hay ruidos cuando nieva, piensa como todas las veces que ve nevar. Los pájaros observan en silencio desde el alambrado y los perros se acurrucan cerca de las estufas. Aprendió a amar esta pampa hostil y salvaje, quizás porque lo que había para añorar de su tierra no era más que hambre y miseria.

Oscurece temprano. Los niños no están en la casa, pero si se concentra puede escucharlos reír, tirarse bolas de nieve, puede ver las bufandas, los guantes y los cachetes rojos. En unas horas habrán vuelto.

Con cuidado dobla la labor terminada y separa la que deberá terminar mañana. Pone en atados distintos cada pedido, que entregará cuando pare de nevar. Antes de que oscurezca sale a sacar la ropa colgada bajo el alero. Está tiesa. No logra secarse en el día si no hay viento, como ahora, como cuando nieva de esta forma, tranquila y abundante. La recoge con cuidado. Si la dobla se romperá. Eso lo aprendió a fuerza de heladas. La junta en un canasto que deja sobre la mesa. Pone la plancha sobre la cocina y vuelve a salir a buscar unos palos para el fuego. Por suerte Deian ha dejado mucha leña cortada. Escucha a la vaca en el establo. ¡*Rwy'n mynd!*, le grita, ¡ya voy!

Ahora, mientras plancha, tiene las manos rojas. Le pican y le duelen. Porque antes de esto se calzó las botas, se puso la chali-

na sobre los hombros y la apretó contra el cuello mientras caminaba apurada hacia el galpón. Las gallinas rompieron el silencio cuando la escucharon llegar. Entró y se sacudió la nieve seca que se le juntó sobre el pelo y la ropa en los pocos metros que caminó desde la casa. No puede correr. El vientre le pesa ya. Tomó una brazada de pasto y la acercó a la vaca. Mueve la cola como un perro. Juntó maíz con el tarro y lo hizo llover sobre las gallinas que corrieron siguiendo el movimiento de su mano. Recogió los pocos huevos que había y vio que los tachos con agua estaban helados, pero decidió no hacer nada. Le cuesta agacharse. Luego Deian se ocupará, piensa. Volvió a la tibieza de su cocina lo más rápido que pudo.

Ahora mientras plancha se cuece el pan para la cena. Tiene ganas de cantar y las únicas canciones que sabe son canciones de cuna. Canciones que cantó a sus hijos y a los hijos otras que cuidó y quiso. *Holl amrantau'r sêr ddywedant, Ar hyd y nos, Dyma'r ffordd i fro gogoniant, Ar hyd y nos**. El niño que viene la habrá escuchado ya cuando nazca. La entona suave y cada palabra la llena de melancolía. Piensa en su madre y se piensa tan sola en esta vastedad blanca. Ha parido seis hijos ya, y pronto otro. Piensa en su madre y un aroma de sal y de viento del mar se le enreda en su pelo de niña. La añora en estos días silenciosos. Ya no se acuerda de su cara, pero sí del perfume de su piel y de la transparencia de sus ojos. De su infancia recuerda el frío húmedo cortándole la piel, el hambre que no la dejaba dormir.

Con diez años, un atado de ropa, una bolsita de tela con unos bollos dulces y su muñeca salió de madrugada hacia el puerto. Su padre la abrazó como nunca había hecho y una mujer que no conocía la guió de la mano por una escalera angosta que la llevó arriba del barco. De este viaje tampoco recuerda mucho, excepto

que tuvo que trabajar en cosas que su mamá le había enseñado. Recitó sus oraciones todas las noches, cosió, lavó, atendió a dos niños que iban con ella y cuidó de la señora que la acompañaba. No se imaginó que nunca más pisaría su tierra, que nunca más sentiría la tibieza de las manos de su madre. Se pregunta si fue feliz en esa infancia, pero no puede decidirse. El hambre era un demonio que la lastimaba por dentro.

El viaje en barco fue largo, eso sí lo recuerda. Cuando volvieron a pisar tierra le costaba mantenerse de pie. Juntaron todos los baúles, muebles y bolsas, y esperaron una carreta que los llevara a la nueva casa. Varios días les había llevado llegar a esta tierra que ahora ve por la ventana, espaciosa, transparente, extraña. Mira sus manos mover la plancha sobre la tela húmeda y el vapor que sube, y le vienen a la mente esas mismas manos pequeñas, llenas de ampollas de lavar la ropa en el río, de hurgar la tierra sacando papas, de luchar contra las espinas para cosechar la fruta. No puede decirle a nadie que tiene estos pensamientos. No está bien, lo sabe, y debería estar agradecida. Reza un salmo para alejar ese diablo que se cuela en su mente, pero siente que Dios fue injusto y quiere llorar, pero no puede.

Deja la plancha sobre la cocina para que vuelva a calentarse y se acaricia el vientre. Piensa con cariño en el día que conoció a Deian y se asombra de todo lo que hicieron en tan poco tiempo. Construyeron su casa y plantaron los árboles que ahora dan sombra en los cortos veranos. ¿Tantos años han pasado? Nunca volvió a salir de ese lugar. Trabajó la huerta, cuidó sus animales. Al principio rezó porque quería volver a casa. Ese alambrado, tan tenue como tenso, fue a la vez su seguridad y su trampa. Poco a poco se fue haciendo parte de este paisaje. Ahora sus manos son las ramas frondosas que cuidan a sus hijos, y ellos son sus raíces.

Un dolor punzante le recorre todo el cuerpo. Mira por la ventana esperando ver a Deian pero no hay nada más que un silencio blanco que lo cubre todo. Ya oscurece y todavía no llegan. El dolor se retira. Busca una palangana y varios trapos limpios que tenía preparados por las dudas, aunque faltara un tiempo todavía. Sabe lo que tiene que hacer, pero no quisiera hacerlo sola. Tiene miedo. Agrega más leña al fuego. Pone una pava a calentar y cuando está llenando la segunda, una nueva contracción la recorre, implacable. No puede levantar la pava. Otra contracción. Busca con la mirada algún indicio en el horizonte, más allá del alambrado, pero nada se mueve afuera y ya es mucha la nieve acumulada. Una catarata de agua tibia le moja los pies. Se agacha y casi doblada llega a la cama. Otra contracción y esta vez más fuerte. Se acuesta y ya está todo en penumbras. No alcanza a prender el farol. Con una mano enrosca un trapo en el respaldo de la cama. La humedad, la tibieza, la sangre, el miedo, el desamparo. Dónde estás madre mía, piensa mientras puja. Tira del trapo y aprieta los puños. No puede mirar por la ventana. Una figura de un caballo al tranco, con los niños abrazados unos a otros, se adivina a lo lejos. Deian tira de la rienda. Ella tira del trapo. Deian tira de la rienda. Ya casi.

*La expresión que da título a este cuento es la que utilizó Nelfi Hopf Jones cuando relata cómo era la vida en la chacra paterna. En “Las mujeres de la primera colonia galesa del Chubut”, por Cecilia Cedeseira del Castillo, Ed. Prohistoria (2022).

** Primeros versos de una canción originaria de Gales: Todo el centellear de las estrellas dice / durante la noche / “Este es el camino al reino de la gloria”/durante la noche.



Imagen: Natalia Buch

Como en Gales, pero en Patagonia

Los primeros galeses arribados al territorio lo hicieron con su grupo familiar, que incluía mujeres, niños y niñas. Para ellas se pretendió que sostuvieran las pautas de vida de su Gales natal.

Dos fueron los textos que marcaron las vidas de las mujeres en las colonias, estableciendo con meticulosidad cuáles eran las tareas a realizar, las expectativas a cumplir y los roles a desarrollar. El primero, titulado “Reglas para ser cumplidas por esta familia” fue escrito en 1878 por Thomas Edmunds. El texto refería a las pautas que debían cumplir las familias galesas a fin de lograr una convivencia armónica. Estaba basado en el libro de los salmos y en distintos versículos de las sagradas escrituras, cuya lectura diaria se sugería a los fieles. Enfatizaba en la importancia del trabajo, el ahorro y los vínculos familiares amorosos.

El otro texto, titulado “Ensayos sobre la organización familiar”, fue publicado en 1882 y escrito por tres mujeres destacadas de la colonia: Eluned Morgan, docente, Esther Enment, escritora y T. Williams³, hermana de un líder local. El libro, traducido en Rawson del galés al español, tenía por premisa que la familia era una institución de carácter divino que la mujer debía cuidar, consolidar y preservar. Ella, en cuanto reina del hogar, debía responsabilizarse de la vida doméstica, educar a los hijos y acompañar al hombre, “evitando su ira”.

Ambos escritos sostenían que existían deberes diarios, semanales y semestrales para cumplir, todos vinculados a mantener y mejorar el hogar. Señalaban las obligaciones de trabajo rural —como el ordeño de los animales—, de costura para proveer la vestimenta adecuada, de formación moral y de cocina diaria. La transmisión de

3 En las fuentes consultadas no figura el nombre de pila de esta autora.

la lengua galesa fue una de las obligaciones centrales de las mujeres: lengua y religión eran las bases que mantendrían viva la identidad de Gales en suelo patagónico.

Las familias galesas eran un enjambre, a padres e hijos se les sumaban abuelos y tíos solteros. La viudez era un estado al que había que remediar con un próximo casamiento. El varón era el símbolo de la autoridad, la mujer el de abnegación y recato. La educación femenina tenía como objeto la preparación para el matrimonio. Sólo algunas mujeres —hijas de las familias con mejor posición económica— continuaron con sus estudios en Buenos Aires o en Europa, en carácter de pupilas.

Pero los mandatos patriarcales —asociados a la adscripción social y el poder adquisitivo— no deben leerse en clave de sumisión absoluta, sino que —según podemos reconstruir a partir de testimonios orales—, muchas veces se aceptaron como fachada para, en el interior de los hogares y frente a cambios en la vida, realizar agendas emancipadoras. Muchas mujeres galesas fabricaron velas y jabones para tener ingresos propios, clamaron por un hospital frente a epidemias como la de fiebre tifoidea en 1911, y pidieron —sin éxito alguno— clemencia para los indígenas tomados prisioneros en el marco de la violenta usurpación militar del espacio.

María Humphreys, cuya madre viajó en el vapor de 1865 con ocho meses de embarazo, lo que hizo que su nacimiento, dos semanas después del arribo, fuera reconocido como el de la primera mujer galesa nacida en Chubut. María se casó a los 22 años y quedó viuda en 1913 a sus 48 años. Optó por no volver a contraer matrimonio y se convirtió en la responsable de una casa de comercio instalada en Trelew. Además, ejerciendo como partera asistió, según sostienen algunas crónicas, más de 3.000 partos. Frente a una epidemia de difteria, salvó a cientos de infectados gracias a la aplicación de unas

hierbas curativas, cuyas propiedades habían sido enseñadas a María por una mujer tehuelche. Murió en 1928 a los 62 años.

Otras mujeres galesas encontraron en el “coser para afuera” una salida laboral que permitía generar ingresos extra al grupo familiar y así garantizar su sostén. En otros casos, hijas de familias numerosas, huérfanas y solteras, se trasladaron al espacio urbano bajo la modalidad de “empleada doméstica con cama adentro”. Algunas se incorporaron en talleres de costura para aprender el oficio, sin otro pago que el techo y la comida escasa. Mientras algunas fueron obligadas a abandonar el seno familiar, otras eligieron trasladarse para escapar de los férreos controles que sobre la vida privada se imponían en el mundo rural, donde madres, padres, maestros y clérigos, coincidían en la necesidad de un mundo diferenciado para varones y mujeres, donde la educación estricta y el dogma religioso fueran los garantes para la preservación de la virtud y el *statu quo*.

Hasta finales del siglo XIX el hogar, las escuelas dominicales y las capillas eran los lugares donde transcurrían las vidas de las “verdaderas” mujeres galesas. Con el cambio de siglo, surgieron debates acerca de la conveniencia o no de que la mujer participe de la esfera pública, se instruya e, incluso, vote, aunque el sufragio, instalado en nuestro país por la ley Sáenz Peña en 1912, no permitía ni a las mujeres ni a los varones de los Territorios Nacionales ejercer el voto. Habría que esperar hasta la década de 1950 para que desaparecieran dichas prohibiciones.

CAPÍTULO 7. TRAYECTORIAS FEMENINAS EN LA CIUDAD

En este capítulo, historiaremos a las mujeres patagónicas de la primera mitad del siglo **xx** que, en su mayoría, fueron inmigrantes y vivieron en espacios urbanos. Nos interesan, particularmente, tres registros: el espacio doméstico, el campo laboral y las experiencias femeninas en el espacio público. La participación en asociaciones de beneficencia y el trabajo vinculado a las tareas de cuidado fueron una constante, pero también la resistencia, el reclamo y la participación política, que se consolidará hacia la mitad del siglo con la posibilidad de elegir y ser elegidas.

Europeas en el sur del sur

En las primeras décadas del siglo **xx**, se produjo el arribo de un importante contingente migratorio a la Patagonia. La mayoría de las mujeres europeas vinieron con su familia y el migrar fue una imposición de padres o maridos. En muy raras ocasiones lograron reencontrarse con los familiares que quedaron en su país de origen. La relación se mantuvo siempre por carta: fue el sello postal el que sostuvo la ilusión de amarrar vínculos afectivos y sostener una conversación en la ausencia para seguir en contacto.

El libro testimonial escrito por María Brunswig de Bamberg, titulado “Allá en la Patagonia” (1995), da cuenta de ésto. El texto recopila un conjunto de cartas enviadas por Ella Hoffman a sus familiares

de Alemania, siendo ella una joven alemana de familia aristocrática que llegó a la Patagonia en 1923 con sus tres hijas, tres años y medio después que su marido. Su estancia en el sur incluyó territorio santacrucense, el sur de Chile y, entre 1925 y 1929, la estancia Chacayal, al suroeste de la provincia de Neuquén. Su relato refiere a la vida cotidiana en el espacio rural, las dificultades para mantener la casa y los periplos para educar a sus hijas, debido a la falta de “sirvientas” y educadoras adecuadas. Para Ella Hoffman, la procedencia étnica de las mujeres con las que se relacionaba determinaba su lugar y comportamiento social. Constantemente se quejaba de la falta de interés e inteligencia de las mujeres indígenas y chilenas que servían en su casa. A eso se refería en la carta dirigida a su madre Mutti, fechada en mayo de 1925:

Ahora tengo otra cocinera, cuyo marido parece bastante bueno, pero nunca han vivido en una casa con piso. Conoce cuchillos y tenedores, pero parece que ignora que también hay que limpiarlos. Trajo dos chicos, un mocoso de cuatro años y un bebé de cuatro meses que llora todo el día. Aquí las costumbres son distintas a las de Alemania, y si no quieres pasar rabia, mejor te las arreglas sola (p. 200).

En un espacio tan desconocido como inhóspito, Ella Hoffmann y sus hijas debieron aprender nuevas tareas. Con el propósito de aportar a la economía familiar, comenzó a ejercer el oficio de partera —título que había obtenido con honores en su Alemania natal—, atendiendo en Chacayal a las mujeres de puesteros y peones del campo, en condiciones mínimas de higiene y seguridad. Según el relato de su hija María, “mamá ha comenzado con la quesería: no solo tiene una descremadora, sino también una máquina para hacer manteca con más rapidez, se ha instalado estantes para secar y madurar los que-

sos, y va organizando un pequeño comercio con sus quesos, su crema y su manteca” (p. 209).

El epistolario de Ella Hoffman con su madre demuestra que nunca perdió la ilusión de volver a Alemania, esperando que sus hijas, al cumplir la edad, pudieran trasladarse al viejo continente para recibir una educación que les fuera de utilidad en su vida de adultas dentro de la sociedad alemana, como damas de la ciudad. Según manifiesta “en la Argentina todavía no hay profesiones para mujeres, y la educación impartida en la escuela no es eficiente. Tendrán que embeber del modo de vivir alemán, del espíritu alemán contemporáneo, del contacto con otras personas” (p. 215).

El contacto permanente entre madre e hija incluyó, además de las cartas, el envío de objetos materiales que Ella recibía en la soledad de su estancia: agujas para coser, puntillas, telas, revistas, libros, juguetes, parecieran reforzar los lazos parentales para reducir los sentimientos de desventura y añoranza.

La única ponderación positiva de Ella para las mujeres que trabajaban para ella fue hacia una alemana de 40 años, Berta Freytag, que había llegado a la estancia para desempeñarse como institutriz. Al poco tiempo, Berta decidió abandonar su trabajo y trasladarse a un centro urbano en busca de nuevos horizontes. Instalada en San Julián, y ante la imposibilidad de juntar el dinero necesario para comprar el pasaje de regreso a su Alemania natal, Berta ejerció la prostitución y fue reconocida por algunos como “La emperatriz de San Julián”. Según los relatos, el comisario del pueblo, que tenía una doble vida pero no estaba dispuesto a compartir a su amante, la asesinó de dos disparos años después.

DUEÑA DE MI SOMBRA

¡Si supieras, madre mía!
Nada hay como el sur.

Dicen que en este páramo inservible
está todo por hacerse y nadie aguanta
lo suficiente
para lograrlo.

¿Qué significa *inhospito*?
Para mí lo son
ciertos corazones
amargos mezquinos cobardes.

De otras cosas no puedo opinar.

Quiero contarte
mi aventura,
llegué sirvienta
ahora soy
dueña de mi sombra.

Roja es mi sangre,
rojo es mi hocico,
roja es la furia que volteó mis ojos al revés
rojo es el instinto que hamaca mi cuerpo
rojo el deseo que colma mi plato.

Esta dama Escarlata
sabe cómo hacer que nadie
se olvide de mirarla.



Imagen: Natalia Buch

Mujeres en la ciudad

Las ciudades que fueron conformándose en la Patagonia tuvieron en general un perfil cosmopolita que, con el transcurrir de los años, fue configurando barrios donde se agrupaban connacionales: italianos, españoles, alemanes, chilenos, etc.

Para la sociedad de las primeras décadas del siglo **XX**, la mujer soltera era objeto de sospecha y merecedora de lástima, ya que no se concebía a la soltería como una elección sino como el castigo ante una carencia (de gracia, belleza o talento). Incluso cuando las familias decidían que alguna de las mujeres del grupo familiar iba a permanecer soltera para poder cuidar a sus padres o hermanos, esta imposición se asociaba a la pena por esa condición. En estos años fueron habituales los matrimonios arreglados —en general entre niñas y hombres maduros que podían aportar algo de capital—, la violencia doméstica y la naturalización de la sumisión femenina. Sin embargo, también fueron frecuentes las mujeres transgresoras que abandonaron el hogar marital o paterno, desafiando normas sociales y legales. Frente a estos hechos, los hombres se presentaban a reclamar a las autoridades por su propiedad: la mujer.

Los maltratos incluían golpes y también violencia verbal, económica y simbólica. Ejemplo de esta última fue el cortar el pelo de las mujeres, en la intención de visibilizar una falta cometida. En general, los conflictos se arreglaban de manera privada o extrajudicial, ya que cualquier cosa era preferible al escarnio público y el rumor del honor masculino mancillado. Las mujeres de sectores populares fueron las que más recurrieron al uso de la instancia judicial como medio de reparación ya que, en muchos casos, no contaban en su grupo familiar con una autoridad masculina que pudiera resguardar su reputación, muchas veces dirimida a través de enfrentamientos

de “hombre a hombre” a través de la violencia física. Más allá de la frecuencia en que las mujeres hacían públicos el maltrato, en general la justicia intervino tarde, poco y de manera benévola hacia el varón, responsabilizando a las mujeres por los comportamientos de éstos. Callarse la boca y tratar de mejorar, eran algunos de los consejos habituales.

La mayoría de las mujeres que tuvieron hijos sufrieron la pérdida temprana de alguno, en una época caracterizada por una alta mortalidad infantil. Estas madres priorizaron que sus hijos recibieran educación formal y, a diferencia del padre —que muchas veces reclamaba la presencia de su prole en tareas vinculadas a la economía de subsistencia—, vieron con frustración que la oferta educativa, en muchas regiones de la Norpatagonia, llegara sólo hasta el tercer grado de la escuela primaria. También lamentaron, en algunos casos, no tener los conocimientos necesarios para acompañar y completar el proceso de escolarización. Entre los saberes transmitidos por las madres inmigrantes, por lo general, no se encontraba la lengua materna ya que, en la intención de lograr una mayor integración a la nueva sociedad, obligaron a sus hijos a hablar en castellano. Las altas tasas de analfabetismo en las primeras décadas del siglo *xx*, en especial entre las mujeres, llevaron a que, por iniciativa de algunas maestras, se abrieran escuelas de adultos.

La mayoría de estas mujeres se dedicaron exclusivamente al hogar. Un caso particular lo constituyen las mujeres que vivieron en comunidades petroleras como Comodoro Rivadavia. La zona se convirtió en polo de atracción de mano de obra masculina a partir del descubrimiento del petróleo en 1907. Para regular la actividad se creó, en 1922, la Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). Esta empresa junto con otras como Petroquímica, Astra y Diadema, conformaron comunidades petroleras sobre las cuales

ejercieron un férreo control. Mujeres búlgaras, españolas e italianas fueron parte de ellas. YPF promovía que permanecieran en sus casas, en “forma tal que el jefe de familia no sintiera disminuidas su energía y su capacidad por las preocupaciones inherentes a las necesidades del hogar. Todos debían entregarse por completo a la actividad petrolera, deseando cerebro, corazón y músculo”. A fines de 1929, se comenzó a pagar una bonificación por maternidad que incluía un estipendio por cada parto y seis cuotas por paternidad, dependiendo de la calificación que recibiera el esposo en el trabajo. Estas asignaciones estuvieron vigentes hasta la década del ´40, en la que se integran al salario del varón en el rubro asignaciones familiares.

La empresa petrolera sólo permitía el trabajo de mujeres en situaciones excepcionales. Durante la gestión del general Enrique Mosconi como director general de YPF (1922-1928), se construyeron edificios con baños públicos con varias duchas de agua caliente, ya que las casas de la villa petrolera no disponían de ese servicio. Con ellos se intentaba promover y controlar el aseo personal. El mantenimiento de estos baños se confió a las viudas de obreros fallecidos en accidentes de trabajo, a las que se le creó esta ocupación “con el fin de proporcionarles medios de subsistencia y poder, de ese modo, atender las necesidades del hogar y la educación de hijos pequeños”².

Algunos otros trabajos informales permitieron ingresos extra al sueldo del varón. Éstos estuvieron, por lo general, vinculados a

1 Nos referimos al informe del general Mosconi publicado en 1958, y titulado *Obras. El petróleo argentino (1920-1930)*. Las frases entrecomilladas de este apartado corresponden a ese escrito, en el que el director de YPF establece normas y da sugerencias para el desarrollo armónico y sostenido de la empresa petrolera.

2 Sugerimos para esta temática la lectura de los trabajos de Graciela Ciselli publicados en 1995 y 2005.

tareas de costura, tejido y producción de alimentos. Otra opción laboral para las mujeres europeas que formaron parte de los núcleos urbanos, fue ofrecer alojamiento a los visitantes ocasionales en hospedajes y posadas. En esos casos ellas eran las encargadas de brindar las comidas diarias a los visitantes y del aseo del establecimiento. Las posibilidades de comprar productos elaborados eran casi nulas, por lo que era necesario fabricarlo todo. Mantecas, quesos, embutidos, carnes saladas; pero también vestimentas, sábanas y cobijas eran producto del trabajo femenino, que realizaban madres e hijas.

El tiempo libre era un bien escaso que se empleaba, por lo general, en festejos y conmemoraciones. En esta primera mitad del siglo XX, las prácticas religiosas fueron centrales para las mujeres: construyeron el estatuto moral para su comportamiento y organizaron su tiempo libre reclamando asistencia a los eventos religiosos y a las fiestas del calendario litúrgico. Fiestas parroquiales, comuniones, confirmaciones, casamientos y velorios. Fiestas patronales y procesiones. Misas varias veces por semana y catequesis para los pequeños. El día nacional de Acción de Gracias y la festividad religiosa de Santa Rosa de Lima. El día de la virgen y la celebración del primer Congreso Eucarístico de la Patagonia (1934). La profesión de la fe se materializaba en un calendario completo.

A estas fiestas religiosas se le sumaban el calendario festivo patrio, en especial las fiestas del 25 de mayo y 9 de julio, los festejos de carnaval, el 1º de mayo y las fiestas que conmemoraban acontecimientos importantes del país de origen de los grupos migratorios. En todas estas conmemoraciones las mujeres eran las encargadas de armar escenarios y escenografías, coordinar la presencia de los niños, participar en bailes y crear momentos emotivos a través de lecturas y recitados.

Mujeres en el espacio público

Sociedades de Beneficencia, Patronatos de Menores Desamparados, Sociedades Hermanas de los Pobres, Ligas de Damas Católicas, Sociedades Portectoras del Niño, fueron algunas de las instituciones en las que participaron mujeres. Éstas brindaban diversas prestaciones que respondían a las necesidades inmediatas de los sectores indigentes: suministro de pan y leche, ayuda a niños en edad escolar, pasajes a los enfermos para que fueran asistidos en centros de salud. Conforme crecieron los requerimientos de los sectores más vulnerados, las instituciones benéficas ampliaron sus funciones: administraron asilos de ancianos, casas de maternidad y salas de primeros auxilios. Estas prácticas constituyeron una actividad complementaria a las funciones que el Estado desarrolló durante la primera mitad del siglo **xx**.

En este período, en el que el Estado necesitaba instalar en la Patagonia un modelo de sociedad y de familia, la beneficencia representó para los poderes locales un medio para intentar introducir pautas de moralidad, nociones de higiene y de cuidado de los hijos. El ejercicio de la beneficencia fue, para estas mujeres, un espacio de prestigio que les permitió salir de su ámbito doméstico, pero sin ir en contra de lo socialmente aceptado. Les ofreció la posibilidad de extender a la sociedad el ejercicio de la maternidad y también de actuar políticamente. Las “notables” del pueblo desempeñaron en estas instituciones funciones de relevancia, y muchas veces se enfrentaron entre sí debido a la disputa que existía entre liberales y católicos, en pos del dominio de espacios de acción.

En algunas localidades, como Comodoro Rivadavia, la sociedad de Damas de Beneficencia, conformada en la década de 1920 por esposas de concejales del gobierno municipal, adquirió más prestigio que el de sus cónyuges al obtener y administrar fondos municipales

y subsidios públicos. Con éstos realizaron obras —como la Casa del Niño— y programas destinados a “proteger, amparar y socorrer a los desvalidos y necesitados de esta zona, sin distinción de nacionalidad, sexo, estado, religión o credo político”.

También en las cooperadoras escolares las mujeres fueron protagonistas. Si bien en algunos casos, como en las escuelas salesianas, comenzaron formando parte de una Junta Auxiliar de Señoras, con el correr del siglo *xx* se constituyeron en la Comisión Central. Con el objetivo principal de proteger a los jóvenes pobres y abandonados, realizaron exitosas gestiones en procura de fondos y, en el caso de la obra salesiana, construyeron un Hogar Universitario, crearon la obra social de ex-alumnos, contribuyeron a la construcción de campos de deportes, al descanso Don Bosco en Punta Mogotes (Mar de Plata) y apoyaron a los colegios de la Patagonia austral con indumentaria, libros y útiles escolares³.

Sobre finales de la década de 1940, de la mano de Eva Perón, se viró de una política asistencialista a la idea de justicia social. La creación de la “Fundación de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón”, en junio de 1948 tuvo el fin de coordinar y controlar las actividades de las numerosas asociaciones benéficas existentes para monopolizar la ayuda social. Su creación provocó en todas las instituciones benéficas la reducción de las posibilidades para recolectar fondos propios, aunque muchas continuaron consiguiendo ingresos debido principalmente, al entretejido de redes sociales de las que formaban parte y, en muchos casos, a la pertenencia a la élite social y gobernante de los territorios del sur.

3 Para reconstruir el accionar de mujeres en cooperadoras e instituciones de beneficencia sugerimos la lectura de las producciones de Crespo (2005) y Baeza (2007) para Chubut, Zanini (1997) y Méndez (2022) para Río Negro, Billorou y Rodríguez (1997) para La Pampa y Perini (2013) para Santa Cruz.

Maestras y acción nacionalizadora

Con el correr del siglo **XX**, en su necesidad de ser “civilizado”, el espacio patagónico fue nutriéndose de escuelas y docentes. La mayoría provino de la zona de Cuyo, del norte, de Buenos Aires o de ciudades europeas. Algunas de las maestras se habían titulado en su país de origen, otras eran egresadas de las escuelas normales sarmientinas, otras tantas fueron nombradas como idóneas por el sólo hecho de estar alfabetizadas o por ser las esposas de los maestros. Todas fueron importantes.

Las docentes tuvieron un rol central en cuanto se les impartió la misión de crear la nación y construir nacionalidad. Enseñaron contenidos argentinos dentro del aula y fuera de ella, participaron de actos y bailes. Siempre —o casi— con recato, ya que su comportamiento y moral debían ser ejemplos a imitar. Fueron, de este modo, figuras destacadas en la comunidad, asociadas al progreso y a la cultura. Integraron comisiones de bibliotecas, de festejos patrios, cooperadoras y asociaciones protectoras escolares. Para cumplir con los objetivos de ayuda a los más necesitados y mejorar la dotación de las escuelas, organizaron eventos como ferias, *kermeses*, rifas, bonos contribución, etc.

La tarea de promoción de la cultura también tuvo sus propias expresiones, como cursos y conferencias a cargo de reconocidas personalidades. Estas propuestas pretendían difundir el conocimiento “universal” y generar espacios de reflexión, para acortar las distancias geográficas y compartir experiencias regionales.

En síntesis, su misión no consistió en interpelar la dominación masculina sino desde su lugar de “madres”, trascender el espacio doméstico con idénticos fines: socorrer, proteger y enseñar. En comunidades tan pequeñas como las que fueron los primeros centros

urbanos de la Patagonia, la impronta de las maestras fue esencial en la construcción de una sociedad signada por el ansia de homogeneizar, naturalizando —salvo excepciones— las relaciones desiguales de poder y de género, e imponiendo la cultura europea sobre las poblaciones originarias.

No todas las maestras aceptaron el mandato de apostolado y vida intachable bajo férreos cánones morales. Muchas eran jóvenes. Y la juventud no es poca cosa. Normalistas y maestras fueron modernas respecto del saber y, por lo tanto, del poder. Se mudaron solas, obtuvieron dinero y posiciones propias. Algunas se vincularon al feminismo y al gremialismo docente, escribieron libros, tradujeron otros e interpelaron las imposiciones de la época.

Un ejemplo fue el reclamo que, en 1946, cinco docentes de la localidad de Lamarque, cercana a Viedma, hicieron al Consejo Nacional de Educación por haber recibido malas calificaciones en su desempeño profesional. El estar mal puntuada podía significar un traslado forzoso o la no contratación al año siguiente. Iniciado el sumario se las llamó a declarar, junto al director de la escuela y vecinos del pueblo. Algunos dijeron que se comportaban como lo que eran: cinco jóvenes solteras alojadas en el hotel, mientras otros encontraron en su conducta motivos para el reproche. Las “fallas” denunciadas por el director y los lugareños varones fueron: “vestidos demasiado cortos y tacones demasiados altos”, “vanidad exagerada”, “persistente espíritu de rebeldía” y manifestaciones “casi exóticas” como ponerse a bailar “El Caimán” —canción de contenido inapropiado— en un picnic realizado en una chacra vecina. Ellas respondieron que se trataba de “un pueblo chismoso” y de cosas “de viejos retrógrados que no querían dar paso a la juventud”. Agregaron: “una vez fuera de la escuela somos dueñas de hacer lo que queramos porque nadie tiene derecho a meterse en nuestra vida privada”. Tres de las cinco docen-

tes sostuvieron, en referencia al director, que “en varias oportunidades hemos sido tratadas en forma grosera”, “hemos sido molestadas varias veces por insinuaciones al margen de toda moral”.

El Consejo, tras analizar el expediente, se concentró en las “fallas” denunciadas y en 1949 sancionó a las docentes de forma diferenciada: sanciones severas, leves y apercibimientos. Nada se dijo sobre la conducta del directivo.

SEÑORITA MAESTRA

Señorita maestra:
Si mañana la cruzara en la feria,
en la vereda
o un negocio del barrio
debería abordarla
para explicarle lo que usted misma
enseña a sus alumnos:
el desacato tiene consecuencias.

Su insolencia,
querida maestra,
también las tiene.

Cuando dice que ese señor
se comportó de forma indebida
debería saber
señorita maestra
que está hablando
de un hombre de familia.

Su descargo
señorita maestra
como se podrá imaginar
también genera
una descarga adicional.

Quando llegue a casa
todos
pero sobre todo yo
nos enteraremos
qué tal fue su día.

El peso de su presencia
me va a mostrar
lo lejos que llegó
este asunto.

Me encantaría decirle
que no me importa tanto
pero lo cierto es que
sí.

Quiero que sepa
señorita maestra
que si la cruzara
en la feria una vereda o un negocio
las circunstancias y el buen nombre
me obligarían
a acercarme a usted
para explicarle
del modo más amable
o no
esto que le transmito:
su altivez tiene un precio
que pagan otros.

Por eso hace días
cambié mi ruta
ya no elijo las manzanas
ni compro el queso
donde siempre.

Vaya tranquila
señorita maestra
y gracias por decir
lo que yo callo.



Imagen: Natalia Buch

Enfermeras y visitadoras

El trabajo de visitadoras y enfermeras se concibió desde sus inicios como un servicio realizado únicamente por mujeres, quienes tuvieron un papel de subordinación entendidas como asistentes de los médicos. Estuvieron fuertemente ligadas al rol femenino, que, en esencia se relacionaba con los rasgos maternales de cuidado y asistencia propias del ámbito privado. Su extensión a la vía pública, fue supervisada bajo fuertes estándares morales y de conducta.

Las primeras enfermeras de la Patagonia no tenían título alguno. Habían aprendido su oficio asistiendo a los médicos en su tarea. La mayoría trabajaba *ad-honorem* e intercalaba tareas de cuidado de enfermos con las de la limpieza de los precarios lugares que funcionaban como salas de salud.

A principios del siglo **xx**, en la Ciudad de Buenos Aires fue inaugurada la primera escuela de enfermería que permitió sólo a mujeres ingresar a la carrera. La profesionalización en la Patagonia fue un proceso lento y tardío que se produjo en consonancia con la inauguración de hospitales, la creación de Centros de Higiene Maternal infantil y la instalación de filiales de la Cruz Roja. Finalmente, en 1947, se reglamentó y actualizó la formación profesional de enfermeros, ayudantes vacunadores y visitadoras sanitarias.

En 1924 se dictó el primer curso de Visitadoras de Higiene dependiente de la Cátedra de Higiene y del recientemente creado Instituto de Higiene de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Su rol fue central hasta 1948, con la creación de la Dirección Nacional de Asistencia Social, bajo la órbita de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Su tarea principal consistía en proporcionar a la sociedad conocimientos básicos sobre higiene, recalcar la importancia de la vacunación y la atención temprana

de la enfermedad, y la prevención tanto en los niños como en sus familias.

En 1945, por ejemplo, se creó la Escuela de Samaritanas y Enfermeras en Comodoro Rivadavia y los Yacimientos, con el objetivo de que ellas “colaboren con el servicio médico escolar, con la higiene preventiva en los hogares y sean reserva al servicio de la defensa de la patria”. Ciento veinte mujeres se inscribieron para aspirar al título.

Las “otras”

La autoridad de la Iglesia y el orden jurídico patriarcal componían un amplio consenso que dividía a las mujeres entre decentes e indecentes. El mandato era: “virginidad para las solteras, fidelidad para las casadas, castidad para las viudas y obediencia para todas”. Pero para complacer el deseo y la voluntad del varón hacían falta otras mujeres, las prostitutas.

La prostitución ya había sido reglada en Buenos Aires en 1875 y su implementación en Patagonia terminó de definirse en la reunión de gobernadores de 1913. La regulación de la actividad facilitó el accionar de las redes de tráfico de mujeres, debido a que posicionó a los burdeles como negocios legítimos que podían tramitar su habilitación, pagaban patentes y generaban una importante fuente de ingresos para los gobiernos locales. Buenos Aires y Montevideo actuaron como centros de la actividad de trata y de prostíbulos; las retobadas y las depreciadas por su edad o aspecto tenían por destino la Patagonia. Abundaron aquí argentinas, francesas, polacas y rusas.

En muchas de las jóvenes comunidades patagónicas —en especial las petroleras y las carcelarias en las que predominaban los hombres— se establecieron casas de tolerancia, habitadas por pros-

titutas, en las que ejercían su comercio. Eso decía la resolución de su creación en la década de 1910, aunque el negocio lo ejercía el dueño de la casa, mientras que las prostitutas eran las pupilas que recibían un magro salario y una severa condena social asociada, principalmente, a la posibilidad de propagación de enfermedades venéreas.

En el acta 18 de la Comisión de Fomento de Villa Regina, fechada el 12 de marzo de 1931, por ejemplo, se establecía que las casas de tolerancia con permiso de baile, debían abonar 500\$ anuales y 8\$ por cada prostituta inscripta. Las mujeres eran trasladadas de prostíbulo en prostíbulo luego de un tiempo, para renovar el negocio y evitar problemas en la comunidad. Los prostíbulos no podían tener carteles y debían construir un tapial que impidiera mirar desde la calle. Estaba estipulado que tenían que ubicarse a más de quinientos metros de escuelas e iglesias.

Concebido como un “servicio fisiológico”, se estableció un registro de la actividad que identificó todos los prostíbulos, dispuso la edad mínima para ejercer el oficio y determinó el requerimiento de exámenes médicos semanales. Se prohibía la actividad a las mujeres menores de 18 años, con la excepción a aquellas niñas que habían sido iniciadas tempranamente. La justificación para reglamentar la prostitución se basó en el supuesto que su legalización lograría reducir las violaciones, la esclavización femenina y los secuestros, al sustituir la gratuidad por una tarifa y una ganancia para los dueños. No existe ninguna evidencia empírica de que ésto haya sucedido, a excepción de la última aseveración: prostituir mujeres fue un buen negocio para los dueños de burdeles.

Las enfermedades contraídas por estas mujeres fueron tan frecuentes que las inspecciones médicas aumentaron a dos veces por semana, siendo ellas mismas las encargadas de pagar los honorarios del médico. En muchos casos, los prostíbulos se cerraban por muje-

res contagiadas de sífilis o sarna. Tras unos días clausurados, volvían a funcionar con otras caras y las mismas miserias.

En el sistema de pupilaje las mujeres vivían encerradas. Se consideraba prostitutas a todas aquellas que trabajaban en las casas de tolerancia, incluso las que realizaban tareas de limpieza. Su salida al espacio público, para asistir a eventos como bailes o reuniones, debían contar con expresa autorización municipal —un permiso pago—, en la intención de preservar la moral y las buenas costumbres del pueblo. En algunas localidades como la ciudad de Neuquén, les era permitido salir dos veces por semana, pero en otras necesitaban pedir autorización cada vez que abandonaban el prostíbulo.

Estas limitaciones para circular no les impidieron ser protagonistas el 17 de febrero de 1922. Dos años antes, los peones agrarios agrupados en la Sociedad Obrera de Río Gallegos se declararon en huelga justo antes del comienzo de la esquila de ovejas. Reclamaban condiciones dignas de trabajo: velas para alumbrarse y un catre seco en el que dormir. En los hechos que Osvaldo Bayer relató en su libro *La Patagonia Rebelde*, estos obreros fueron reprimidos con ferocidad por guarniciones militares enviadas por el entonces presidente Hipólito Yrigoyen. Se estima que en la represión militar fueron asesinados entre mil quinientos y dos mil peones rurales. El coronel Varela dio por terminada la masacre en febrero de 1922. Premió a sus hombres con una gratificación sexual, permitiéndoles ir a “La Catalana”, principal prostíbulo de Río Gallegos. Se dirigieron allí. Golpearon la puerta una y otra vez. Nadie abrió. Consuelo García, Ángela Fortunato, Analía Rodríguez, María Juliache y Maud Foster quedaron roncadas gritando: “nunca nos acostaremos con asesinos”. Fueron detenidas y luego liberadas. No se sabe qué pasó con ellas.

Los prostíbulos se desmantelaron en los años 1950. La prostitución continúa.

Mujeres políticas

Aunque no pudieron ejercer cargos jerárquicos ni votar, las mujeres se las ingeniaron para participar en la política, en especial en el espacio local y regional. En la Patagonia, mujeres socialistas, anarquistas y radicales formaron parte de comisiones, participaron de organizaciones sindicales, de eventos políticos y emitieron opinión, tanto en la prensa como en el espacio público, sobre cuestiones vinculadas a lo político.

Ya en el primer Congreso de la Unión General de Trabajadores realizado en 1903 en Buenos Aires, participó la Unión Gremial Femenina, el movimiento feminista creó el Centro Feminista en 1906 y, cuatro años más tarde, realizó en la Capital Federal el Primer Congreso Feminista internacional. En la década de 1920 proliferaron los periódicos escritos por mujeres y las revistas con contenido feminista. Simultáneamente, a través de libros, folletos y exposiciones en eventos, las mujeres denunciaban la opresión y reclamaban igualdad, equidad y participación. Lo que sucedía en las urbes del país se replicaba, en menor proporción y más tardíamente, en los núcleos urbanos patagónicos.

También fueron muchas las mujeres que participaron de las brigadas femeninas de la Liga Patriótica Argentina. La Liga se constituyó en Buenos Aires en 1919. Alarmado por el creciente cosmopolitismo, el movimiento obrero, las huelgas y el anarquismo, un grupo del que participó la Asociación de Damas Patricias, conformó una organización paramilitar, financiada por empresarios, para combatir las luchas obreras. La represión armada estuvo a cargo de los hombres y la labor educativa en pos del nacionalismo, la moral y la religión a cargo de las mujeres. Manuel Carlés, presidente de la Liga por más de cuarenta años, formó las brigadas femeninas bajo la dirección de

una Comisión Central de Señoritas. Entre estas brigadas, se destacaron las del Magisterio que tuvieron filiales en diversas ciudades de la Patagonia, desde Neuquén hasta Tierra del Fuego. Para estas mujeres brigadistas, la condición de asalariada era transitoria y debía terminar con el casamiento, por lo que la educación debía orientarse a preparar a niñas y jóvenes para una vida matrimonial donde fueran excelentes amas de casa.

Los acontecimientos políticos mundiales repercutieron en el espacio patagónico y generaron grietas, en especial las guerras mundiales (1914-1918 y 1939-1945), cuando varones que vivían en el sur retornaron a sus países de origen a servir a su patria a través de las armas. Las mujeres, entonces, se dividieron en nacionalistas y antinacionalistas, fascistas y antifascistas, pro-aliadas y neutrales, pacifistas y belicistas. Para hacerse oír ocuparon las calles, asistieron a mítines y, cuando pudieron, se expresaron a través de las radios y la prensa local.

En los años 40, la Alianza Nacionalista —cuyos miembros se vinculaban al nacionalismo católico y con la llegada de Perón al poder, con el peronismo⁴— se enfrentaba, en el espacio patagónico, a la Acción Argentina. Esta última nucleaba varios grupos independientes, radicales, socialistas y comunistas, que se identificaban con la democracia. En Villa Regina, por ejemplo, la directora de la Acción Argentina fue la docente Tomasa M. de Padín. Gracias a sus gestiones, Alicia Moureau de Justo visitó la región y convocó a las mujeres a militar en el socialismo.

4 La Alianza se formó tras el primer golpe de Estado argentino en 1930 y en 1943 cambió su nombre por el de Alianza Libertadora Nacionalista. En algunas localidades de la Patagonia se denominó Unión Nacionalista Patagónica.

Mujeres y peronismo

Sin duda, en la primera mitad del siglo **xx**, el hito central en la participación de las mujeres en política lo constituyó la llegada del peronismo al poder. El gobierno de Juan Domingo Perón promovió, desde un inicio, políticas que implicaron la ampliación de los derechos ciudadanos. El sufragio femenino en 1947, la reforma de la Constitución en 1949, el estatuto de los Partidos Políticos de 1949, la extensión de los derechos a los habitantes de los Territorios Nacionales, la provincialización de estos y la ley electoral de 1951, fueron herramientas de este cambio.

Desde 1945 las mujeres venían trabajando activamente en el peronismo, en la Secretaría Femenina del partido o en los centros cívicos para mujeres creados en todo el país. El ala femenina del movimiento surgió con dos premisas: fortalecer el liderazgo de Eva y profundizar la fidelidad a Perón. Organizado y activado “desde arriba”, a partir de una táctica política de penetración territorial, el Partido Peronista Femenino conformó agrupaciones locales e intermedias que fueron determinantes para el triunfo de Perón en 1951.

Delegadas en las provincias y en los Territorios Nacionales se ocuparon del armado partidario. En menos de dos años, se abrieron unas 3.600 unidades básicas femeninas. Éstas debían implementar un plan de alfabetización y cursos de capacitación profesional destinado a mujeres adultas, y clases de apoyo escolar para niños. Los varones tenían prohibido el ingreso a los salones donde funcionaban.

En las elecciones nacionales de 1951 debían cubrirse 189 cargos de legisladores y diez de delegados de los Territorios Nacionales. A los territorios de Chubut y Tierra del Fuego les correspondía un delegado a cada uno de acuerdo con la cantidad de habitantes. Ambos

fueron representados por una mujer, por lo que obtuvieron el 100% de representación femenina.

La primera representante electa del Territorio Nacional de la Tierra del Fuego fue Esther Mercedes Fadul, una maestra fueguina de origen libanés. Tenía treinta años cuando viajó a Buenos Aires con un grupo de alumnos para participar del primer campeonato Evita de competencias deportivas. Allí conoció a Eva Perón, recibió el mote de “pingüina” y cambió su destino. Organizó el Partido Femenino Peronista en Tierra del Fuego y fue así que resultó electa en los comicios de 1951. Dirigió la comisión redactora de la Ley 14.037 que creó las provincias de La Pampa y Chaco. Fue una de las firmantes del proyecto de ley de filiación que se aprobó en 1954 y que abolió la diferencia entre hijos “legítimos” e “ilegítimos”. El golpe militar de 1955 puso fin a la experiencia legislativa. Esther Fadul debió exiliarse en Valdivia, Chile, luego de haber sido detenida por cuestiones políticas y sufrir hostigamiento policial. En 1973 volvería a ser electa diputada nacional por Tierra del Fuego.

En síntesis, las mujeres que se dedicaron a la política fueron pocas y, en general, vinculadas a los sectores medios y pertenecientes a grupos familiares con peso político y económico en su ciudad. En muchos casos, trabajaban en el ámbito de la docencia y la salud. Un grupo, mucho más numeroso, se dedicó al cuidado de la familia, o de su familia y de otras, en el caso del servicio doméstico. En este universo, resaltamos que también hubo una gran diversidad. La vida de aquellas que contaron con los medios económicos para contratar personal doméstico, tuvieron el respaldo de familiares y amigos, compraron electrodomésticos cuando los hubo, tuvieron pocos hijos y dedicaron parte de su tiempo a una amplia red de relaciones que incluían a otras mujeres y a los parientes, fue muy diferente a aquellas que debieron trabajar a destajo dentro y fuera del hogar,

no contaron con elementos de confort y no tuvieron a quien acudir en busca de auxilio económico o afectivo. La vida en casa transformó a algunas en “amas” y a otras en “obreras”.

Mujeres valletanas: la lucha por la tierra

Como mencionamos, a lo largo de la primera mitad del siglo **XX**, se produjo un proceso de parcelación y privatización de la tierra, por lo general a través de compañías de colonización de capitales extranjeros o mixtos. Estas compañías daban facilidades para que los colonos se establecieran, pusieran la tierra en producción y la pagasen con los excedentes generados. Esta situación estuvo plagada de conflictos, ya que fue muy frecuente el hecho de que los inmigrantes no pudieran cumplir con los reclamos de quienes les adjudicaron las parcelas. Fue en estos conflictos donde las mujeres se convirtieron en protagonistas.

En el Alto Valle rionegrino, por ejemplo, la Compañía Ítalo-Argentina de Colonización otorgó parcelas a familias italianas y argentinas, con la exigencia de que las cultiven en forma inmediata, dediquen una tercera parte cultivada a forraje, otra tercera a viña y frutales, y el resto a legumbres y otros cultivos. El contrato implicaba que el colono en el segundo o tercer año se convierta en propietario, si gestionaba ante el Banco Hipotecario Nacional un préstamo cancelable a largo plazo para comprar la propiedad. Pero esto no sucedió.

Las chacras necesitaban como mínimo diez años para tener una producción plena, pues la ganancia dependía de los precios y de la demanda internacional de la producción. El no poder pagar las deudas contraídas produjo protestas, huelgas y amenazas de remates. En 1927 se formó una sede en Villa Regina de la Federación Agraria

Argentina, se realizaron asambleas y se le pidió al Banco Hipotecario y a la Compañía Colonizadora que flexibilicen las fechas de pago. A pesar de las protestas y los petitorios, la Compañía insistió en los desalojos. Y ahí intervinieron las mujeres:

Vino un inspector del Banco, más bravo que el diablo empezó a rematar porque la gente no podía pagar, entonces le remataba después de haber reventado una trabajando. En una oportunidad se armó un lío tan grande que mi cuñada Anita, que era brava, empezó a los zapatazos contra el rematador y otras mujeres imitándola lo hicieron con la cartera. De esta forma no se llevó a cabo el remate⁵.

Este hecho fue el primero de una práctica recurrente: cuando el martillero comenzaba el remate, las mujeres se abalanzaban sobre él y, con lo que tenían a mano, lo golpeaban. Los carterazos, zapatazos y tiradas de pelo también iban dirigidos a los potenciales compradores. Estas prácticas se extendieron durante la década de 1940. Finalmente, gracias a la intervención de monseñor Hesaynne y de Juan Domingo Perón, los remates se interrumpieron. Se logró un acuerdo y los colonos comenzaron a escriturar sus propiedades. Por una vez, los tacones habían servido para algo mejor que causar incomodidad al caminar.

⁵ Testimonio de Rómula Rosetani, sobre los intentos de remate de las chacras de Villa Regina en 1932, 1934 y 1935. Recuperado por Silvia Zanini (1994, p.162).

CAPÍTULO 8. INDÍGENAS Y MIGRANTES CHILENAS

En este capítulo nos referiremos a las mujeres que habitaron el espacio rural patagónico de la primera mitad del siglo **XX**. Nos interesa, particularmente, historiar a las mujeres indígenas que permanecieron en él, y la pervivencia de su cosmovisión. También nos ocuparemos de las tensiones que en este el mundo rural generó la presencia del Estado y sus instituciones, especialmente la escuela.

En un espacio rural signado por una gran desigualdad entre aquellos que vinieron y los que ya estaban, hubo algunas mujeres que, como siempre, rompieron moldes y desoyeron mandatos. De ellas también es esta historia.

Mujeres en el área rural

El espacio rural patagónico abrigó a los nuevos propietarios de la tierra, en general de origen europeo, y contuvo a un amplio grupo de indígenas sobrevivientes a la campaña militar. También muchas familias que se refugiaron en Chile durante la contienda, retornaron e intentaron reagruparse para sobrevivir. La movilidad territorial existente entre poblaciones de ambos lados de los Andes nos impide hablar de inmigrantes en sentido estricto, en cuanto fue práctica habitual cruzar la cordillera varias veces al año al reencuentro con familiares, en procura de bienes, servicios y afecto.

Establecidas en territorio argentino, tanto las familias indígenas como las chilenas de bajos recursos se convirtieron en habitantes precarios —es decir, sin documentación que acredite propiedad— de las nuevas unidades territoriales. Solo recibían una autorización de ocupación y pastaje. Abocados al sostén de una economía de subsistencia, muchos se emplearon como cuidadores de campos y haciendas de los nuevos propietarios, mientras que las mujeres se desempeñaron como empleadas domésticas de las nuevas “señoras”, en su mayoría inmigrantes europeas.

Aunque no todas fueron “señoras”. Tal es el caso de Elena Greenhill, conocida como “la inglesa bandolera”. Desde su país natal llegó a Chile en 1894 a los trece años. Tenía diecinueve cuando se casó con el chileno Manuel de la Cruz Astete Pintos, casi veinte años mayor. Juntos se trasladaron a territorio rionegrino. En Chelforó nació su primer hijo y en el poblado Roca, en 1900, el segundo. El primer delito perpetrado por la pareja fue robar ganado y pasarlo a Chile a través de la frontera. Elena fue detenida, acusada de abigeato y sospechada de asesinar a su marido. Mientras avanzaban las investigaciones por el homicidio, estando detenida y a disposición de la Justicia, conoció a Martín Coria, que sería su segundo esposo y quien, con una buena defensa, logró sacarla de la cárcel.

Elena y Coria se instalaron en Montonilo, un paraje cerca de Ingeniero Jacobacci. Allí abrieron un almacén y bar, y continuaron con el robo de ganado. En una ocasión despojaron de más de 2.500 ovejas a una mujer chubutense. Arriaron el ganado y lo in-

1 La figura de Elena Greenhill se ha transformado en un mito patagónico. Varias obras dan cuenta de su vida, recuperando diferentes versiones acerca de su accionar, su temperamento e, incluso, su destreza en el manejo de las armas. Sugerimos la lectura de los textos de Francisco Juárez (2007), María Elba Argeri (2011) y Elías Chucair (2012).

gresaron a la estancia Maquinchao. Por este hecho, se produjo un enfrentamiento con una partida policial. Luego de un intercambio de tiros, flameó una bandera blanca y comenzó la negociación, al momento que Elena y su grupo rodearon a los policías. Liberaron a la mayoría de ellos, a excepción del comisario y su ayudante. Elena y su marido los trasladaron a su casa, por dos días los obligaron a servirles y finalmente los dejaron ir. Para evitar represalias, la pareja se trasladó a Buenos Aires, donde ya estaban dos hijos de Elena estudiando en un colegio privado. Allí, en 1904, Coria enfermó y murió.

Elena, viuda nuevamente, inició una relación con Martín Ta-boada con quien formó su tercer matrimonio y continuaron juntos su accionar delictivo. Corría el año 1915 cuando el comisario Félix Valenciano, con un grupo de hombres vestidos de civil, esperaban su paso por el sector conocido como Angostura del Chacay, Chubut. Cuando apareció Elena con sus hombres no le dieron tiempo a nada, sabiendo de su habilidad en el manejo de las armas. Félix Valenciano mató de dos balazos a la bandolera. Elena Greenhill tenía cuarenta y dos años cuando fue abatida, el 31 de marzo de 1915 en el Paraje Laguna Fría. Terminaba así la vida de una mujer que no había aceptado mandato social alguno.

El trabajo rural

La división sexual del trabajo se diluyó en función de la exigente agenda de la finca rural. Las mujeres participaron de todas las tareas de la unidad de producción agro-ganadera. Además de trabajar en el campo, se ocupaban de la cría de animales domésticos — como gallinas y conejos—, y de la huerta familiar. Por lo general,

sumaban a éstas otras actividades vinculadas con la producción de tejidos y alimentos elaborados, que vendían o canjeaban con otros pobladores vecinos para generar un ingreso extra.

Las tareas del hogar, en general compartidas con las hijas, llevaban mucho tiempo. El lavado y planchado de ropa, por ejemplo, comenzaba con la extracción de agua por medio de la bomba, continuaba fregando la tela para sacar la suciedad, y culminaba con el uso de planchas a carbón —cuando había plancha—, utilizando almidón o agua de arroz para que las prendas tuvieran más prestancia. El jabón se fabricaba con grasa. Para el lavado, en verano utilizaban el agua de lagos, acequias y arroyos, y en invierno la calentaban en fuentones para que no esté tan fría. La iluminación nocturna también requería trabajo: faroles a kerosene y velas brindaban las condiciones en las que las mujeres cosían, bordaban y remendaban la ropa. Producir alimento, acopiarlo y cocinar diariamente para, por lo general, un grupo numeroso de personas, también eran tareas que requerían de conocimientos, planificación y recursos. Coty Carmoney, nacida en La Selvana, en Villa La Angostura en 1922, recuerda de su infancia:

Mamá era artesana, cuando se terminaba la cena mamá tenía el telar cerca del fogón, nosotros hacíamos luz con cañas secas. Todos trabajábamos en la huerta, cortando el trigo, no había molino, la gente lo molía a mano. Al quedar viuda en esa época en el juzgado mi mamá fue a ofrecer verduras y huevos. Con esa platita se compró una vaca lechera, dos veces por día la ordeñaba mi mamá, también vendía la leche y dejaba un poco en la palangana para hacer manteca que la vendía y con lo otro lo hacía queso. Así salió del paso mi mamá, con nosotros, pero entre todos (en *Archivos del Sur*, p. 28-29).

Algunas mujeres fueron jefas de hogar por viudez a temprana edad. La familia Gatica, por ejemplo, se asentó en la costa del lago Traful hacia 1912. Etelvina recuerda así a su abuela:

Yo conocí a mi abuela, María Peñi, ella ya era de mucha edad, sin embargo iba a los campos, cuidaba a los animales, ordeñaba, trabajaba la lana, hilaba, tejía en grandes telares. Y mamá también. Hacían telares, frazadas, mantas, ponchos, medias, fajas todos lo hacía en forma artesanal (...) Trabajaban los campos, sembraban muchísimo trigo (...) Mi mamá tenía una zaranda, ella limpiaba el trigo, y soplabla con el viento. Trabajaba mucho, y no dejaba nunca de atender a sus hijos. También tejía. Trabajaba para eso, para darnos de comer (Citado en Valverde, 2008, p. 235).

Hermelia, mapuche que vivió en Pilcaniyeu, en la meseta rionegrina, recordaba a sus ochenta años, en una entrevista del año 2000:

En mi niñez éramos muy pobres y mi madre tenía que cuidar los alambrados de noche, para que no viniesen a robarnos la tierra, porque había gente que venía de noche a correr los alambrados. Éramos once hermanitos y mamá simplemente nos metía en los hoyos para los postes para evitar que los tapasen y que hicieran otros para robarnos la tierra. De esa forma defendió su tierra. Mamá siempre defendió el campo por nosotros. Ella misma dormía afuera cuidando los alambrados (...) A pesar de todo lograron alambrarle algo del arroyo, pero mamá alcanzó a salvar la mayor parte del campo (citado en Lidegaard, 2002, p. 195).

Las mujeres mapuche instaladas en el ámbito rural, lejos estuvieron de negar su etnia y su origen, sino que crearon estrategias de supervivencia del capital cultural y simbólico que poseían y se relacionaron en un comportamiento dual: hacia el afuera negaron sus raíces,

pero dentro del espacio doméstico mantuvieron su lengua y sus tradiciones. Según recuerda una pobladora de la zona de Villa Traful, desde la segunda década del siglo **XX**, su abuela Juana hablaba *mapudungun* pero no les enseñó:

Con otra viejita entre ellas conversaban siempre. Venían acá o se iban para la casa de esa señora. Se juntaban a tomar mate y a conversar. Y entonces cuando ellas conversaban hablaban en lengua (...) pero nunca nos permitían que nosotros estemos escuchando las conversaciones, ni siquiera para aprender (en Valverde, p. 41).

Una práctica común de los mapuche, fue lograr la pervivencia de sus creencias festejándolas bajo alguna forma del culto católico. La fiesta de San Juan, por ejemplo, era una fiesta religiosa cristiana popularizada entre la población mapuche, ya que el día cristiano de San Juan, el 24 de junio, coincide con el *Wiñoy Xipantu*, el nuevo ciclo. Muchos pobladores del ámbito rural dan cuenta de la importancia de esta fiesta, en la que no faltaba carne al asador, música y danza.

También se hacían rogativas que congregaban a pobladores mapuche de diferentes parajes. Alicia Livio, pobladora de la costa del río Correntoso, recuerda las realizadas en la zona de El Laurel, a la que asistían las familias Paichil, Antriao y Barria, los Quinquitreo y otras familias de Villa Traful y Puerto Manzano. En especial, recuerda una que se hizo en un verano muy caluroso:

Ese año la hicieron porque hacía mucho calor, se estaba quemando todo. Hicieron un *nguillatun* y en cuatro o cinco horas se largó a llover y una lluvia con truenos. Se tocaban los tambores, se iban a las partes donde hacía eco la cordillera y hacían llover. Y ellos ahí abajos muy contentos, pero eso mi tía me decía 'cuando haga mucha calor y se está aplastando la verdura,

andá donde esté el eco, vas a ver cómo se compone todo (en *Cuadernos del Sur*, 2008, p.35). 2

Remedios y prejuicios

El medio natural proveía lo que podía ser comestible y también de lo que podía ayudar a curar:

Nosotros comíamos hasta la hoja de la amapola. Mi mamá las hacía comida porque amapolas había cualquier cantidad...hay otros hongos blancos como pelotas que nosotros lo llamábamos “polvo del diablo” es un santo remedio para las quemaduras. Yo tengo mis doctores ¿quiénes son? Yo tengo la doctora ortiga, el doctor ajenjo, el doctor toronjil (Coti Carmoney en *Archivos del Sur*, p. 33).

En este mundo rural, las *machi*—a las que nos referíamos al comienzo de este libro— tuvieron un papel destacado, ejerciendo liderazgos y prácticas de sanación. Fueron ellas las que sostuvieron las rogativas que garantizaron la continuidad cultural del grupo. Transmitieron sus conocimientos de generación en generación y aún bien avanzado el siglo **XX** siguieron siendo consultadas y respetadas por sus conocimientos acerca de la salud y la enfermedad, tanto física como espiritual.

2 Existen numerosos testimonios acerca de la realización de ceremonias mapuche durante todo el siglo **XX**. Por ejemplo, Demetrio Fernández, un maestro rural que escribió sus memorias como docente de escuelas rurales en Chubut y Río Negro, recuerda los camarucos a los que fue invitado en la década de 1920. Anualmente se determinaba el paraje donde iban a efectuarse: Río Chico, Cusahamen, Fetá Miche, Anecón Chico, Chenque Nieyu, Mamil Chico y otros. (Fernandez, 1970).

Los religiosos católicos veían con recelo a estas figuras, a las que describieron como brujas y seres endemoniados. Por ejemplo, el salesiano Juan Cagliero —vicario apostólico de la Patagonia septentrional—, mencionó a una *machi* que asistía a las clases de catecismo que se impartían en Viedma en 1890, a la que acusó de apropiarse del lenguaje cristiano para continuar con su paganismo. Ella, según el eclesiástico, declamaba que “muchos piensan que Dios no ama al pobre y detesta al indio, pero Dios me dijo que nos ama con preferencia y que odia al rico que nos roba y maltrata” (Vignati en Delrio, 2005, p. 109).

En sus escritos sobre su periplo por la Norpatagonia, el novelista argentino Roberto Arlt, en 1934 escribió:

Hay curanderas que gozan de un prestigio fenomenal entre las chicas del pago. Tal es, por ejemplo, en el departamento de los Lagos una María Cifuentes, cierta bruja desnarigada, pues el apéndice nasal le ha desaparecido por un cáncer que le invade la cara pavorosa con fijos ojos de lechuza. María Cifuentes no se rodea de mucha teatralidad para ejercer su profesión...en ciertas circunstancias combina la magia con la calistenia (1934, p.78).

Entre las más reconocidas se destaca María Epul, cuya vida refleja el rol de las *machi* en los planos relacional e ideológico que venimos presentando hasta aquí.

María Epul vivió en Cerro Negro, en territorio de la actual provincia de Chubut, hasta su muerte en 1960. Tanto la fecha como el lugar de su nacimiento están en discusión: para algunos nació en cercanías del río Collón Curá (actual provincia de Neuquén) en 1867, mientras que otros documentos la hacen chilena y nacida en 1881.

Según decenas de testimonios, el accionar de María Epul transformó el espacio social de Cerro Negro. Su fama traspasó los límites

territoriales y convocó a cientos de “huincas” que la visitaban —provenientes de diferentes puntos del país y de Chile— en busca de cura a sus enfermedades a través de sus conocimientos sobre hierbas curativas. Caravanas de autos, camiones y caballos llegaban a diario, junto a líneas de colectivos que iban especialmente hasta el lugar. A ello se le sumaba un aeródromo que permitía el aterrizaje de un avión pequeño que trasladaba personajes ilustres, entre ellos a Juana, madre de Juan Domingo Perón, paisana de origen, a quien María curó en varias oportunidades.

En 1954, Gendarmería Nacional detuvo a María por ejercicio ilegal de la medicina y la comunidad regional se organizó para pedir su liberación. La mediación en el asunto del por entonces presidente de la nación, Juan Domingo Perón, permitió a la curandera, ya ciega por entonces, volver a curar en lengua mapuche, auxiliada por su hijo.

El movimiento humano que hubo en la región en la primera mitad del siglo *xx* se evidencia en las ciento cincuenta tumbas de los que María no pudo curar, que actualmente descansan en un cementerio abandonado. De ser un centro cultural, tras la muerte de María, Cerro Negro comenzó un proceso de despoblamiento y hoy es una localidad que alberga a unas pocas familias bajo condiciones de aislamiento social y con cada vez menores posibilidades de supervivencia. La vida de una mujer y su capacidad de curación, tuvieron mucho que ver en el desarrollo y ocaso de la comunidad, sumergida en el corazón de la meseta chubutense.

COSAS DE NIÑA

— (¿Viste esa barriga?)
— (Tiene un chico en la panza)
— ¡¿Se lo comió?!

*O ir mortales el frito sangrado
Li bertá, li bertá, li bertá.*

A jugar a lo de los primos,
nos decían.
Y al volver había un bebito.

*O ir el ruido de rotas cadenas
veden cono a la noble igualdá*

Siempre fui tan bruta tan bruta
pero en un momento aprendí a contar
las bocas que fuimos.

*Yaaa su trono dignísimo abrie RON
las provincias uniiidas del sur*

A visitar a las tías,
nos decían.
Y al volver había otro bebito.

*Y las liebres del mundo responden
al gran pueblo argentino, ¡salú!*

Tan bruta tan bruta fui siempre
me lo decían seguido
pero aprendí a separar porciones para todos.

seane ter nos los lau re les

En la escuela te explicaban otras cosas
y a sentarte derecha.
¡Me gustaba ir a la escuela!

Coronados de gloria vivAaAaAaAmos

El tema de los paseos y la cigüeña
me lo contó una vecina.

Cuando entendí cómo era
ya me iba tocando a mí



Imagen: Fernanda Rivera Luque

Casamientos, estigmas y deseos

Como mencionáramos, la ley vigente a comienzos del siglo **XX** disponía que la mujer casada dependiera del varón. Los sectores más carenciados, especialmente en ámbitos de ruralidad, no poseían documentos de identidad, lo que implicó que hubiese muchas uniones de hecho sin que existiera formalización alguna. Ahora bien, de un conjunto de entrevistas realizadas³ se infiere que, para algunas mujeres, el no casarse legalmente fue una estrategia y una elección: mantenerse “solteras” para la ley les permitía seguir siendo libres, responsables de sus actos y dueñas de sus decisiones. Sin embargo, esta posibilidad del ejercicio de libertad y autonomía tuvo su contrapartida en el hecho que, al no estar bajo tutela de un varón, el Estado —y en especial el poder judicial y policial— las identificara como sujetos de vigilancia, castigo y control.

Más allá de que estuvieran casadas legalmente o no, la mayoría de estas mujeres rurales tuvo muchos hijos y intentó que se escolarizaran. Los que fueron a la escuela lo hicieron hasta tercer grado, ya que en el mundo rural de la Patagonia las escuelas eran elementales, por lo que ofrecían sólo los primeros cursos. A esto se sumaba el requerimiento familiar de trabajo rural y, especialmente en el caso de las mujeres, el cuidado de niños pequeños y la poca convicción acerca de que los conocimientos que brindaba la escuela fueran relevantes para la vida cotidiana.

La sexualidad y los partos eran cuestiones de las que nadie hablaba. El goce parecía cosas de varones inherentes a sus instintos

³ Nos referimos específicamente a doce entrevistas realizadas a mujeres de entre cuarenta y cincuenta años, con hijos y pareja, en la región sur rionegrina (Comallo, Ingeniero Jacobacci y Maquinchao) y en la zona de chacras del Alto Valle de Río Negro (Cinco Saltos y General Roca) entre los años 2009 y 2011.

naturales. Los nacimientos, por lo general ocurrían en los domicilios particulares, con la ayuda de una partera y las mujeres del grupo familiar. Los niños se alojaban esos días en casa de parientes y al regresar, se encontraban con la sorpresa del recién nacido.

La comercialización de mujeres fue una práctica común. Manuel Porcel de Peralta, docente y periodista de la ciudad de Bariloche, publicó en 1958 un libro que describe —desde una clave de clase— a las mujeres de la región durante la primera mitad del siglo XX. En su relato naturaliza su tráfico y venta:

En San Carlos de Bariloche las mujeres son escasas; como en toda la Patagonia. Los hombres sufren de lo que se llama 'el mal de la Patagonia', sufren la falta de mujeres. Algunos se tornan viciosos, otros melancólicos, impotentes. Pero, como es lógico, no se entregan fácilmente a la desesperación. Antes tratarán de quitarle la mujer a algún vecino o de conseguir una india moza y linda, si es posible. Los matrimonios entre blancos y nativas no serán vistos con buenos ojos, ni así sean santificados por la iglesia. Pero no todos se conforman con el trueque que hacen los casamenteros chilenos, ni con los largos trámites para conseguir una gringa por correspondencia... además, casándose con una india... se puede prescindir de la sirvienta y a veces hasta de un peoncito... en cambio a los indios les resulta imposible conseguir mujer blanca. Es que son escasas, no alcanzan para los cristianos. Como hay pocas mujeres blancas en los poblados, indias y jóvenes serán las domésticas de las familias acomodadas, y a veces las hembras del patrón o del hijo mozo. Comenzarán a aparecer los primeros mestizos, mezcla híbrida de una raza indolente de una raza vendida, indolente, y de la petulancia audaz de los primeros pobladores blancos. Existen mercaderes filántropos que, provenientes de Chile, a veces traen mujeres dispuestas a quedarse. Las cambian por una yegua, un poncho de Castilla o por dos quillangos. La cotización es mayor cuando la hembra es joven y de familia (1958, p. 140-141).

Como se observa, la trata de mujeres ya existía en la región a comienzos del siglo *xx*. Ernesto Serigós, un joven médico que residió en Bariloche en la década del 1920, recordaba en sus memorias la conversación mantenida con Aníbal Tesaire, administrador de la estancia “El Cóndor”. Éste, refiriéndose a los boliches de campaña que jalonaban el camino de postas entre Fuerte Roca en el Alto Valle riopatrónico y la zona andina, recordaba:

Arriba, en los piringundines, se reparten entre ese renovado tráfico de mujeres que vienen de los pueblos del sur de Chile. Aquí, en el tapete quedan en una o dos manos y usted se habrá dado cuenta que no podría ocurrir de otra manera (2007, p. 76).

En síntesis, la Norpatagonia fue sin dudas tierras de contrastes. A sus altas cumbres, frondosos bosques y desérticas mesetas, le condecía una sociedad desigual en la que el discurso estatal convivía con *praxis* ancestrales, y la impronta de la nacionalidad, con adscripciones identitarias a los países de origen de sus pobladores.

La Revista Argentina Austral —distribuida a través de la gran cadena comercial de La Anónima S.A.—, reprodujo en agosto de 1955 las expresiones del periodista R. Gorraiz Beloqui, a raíz de su excursión por los pueblos de la Norpatagonia Andina. En las proximidades de la ciudad de Esquel, el periodista advirtió que:

En Esquel hay indios todavía, indios auténticos, no de película ni de carnaval... Sus chozas son tan míseras, que por lo común no vale ni siquiera lo que sus antiguos toldos... Algunas indias se ocupan de tejer, y venden alguna que otra prenda, ganando así algún peso. No hacen quillangos y esto se debe a que la caza es difícil: y por lo tanto no hay pieles. Antes ganaban algunos víveres con esos quillangos. Contemplo una india en las calles de

Esquel. ¡Qué impresión más triste! Es vieja, baja y feísima, anda desgredada y harapienta; su lenguaje parece un ronquido; es, en fin, una verdadera bruja, una de esas figuras idealizadas para el espanto de los niños: o incluidas en algunos dramas o relatos de fondo siniestro y sofocante... Yo no tardé en verla como un símbolo diabólico e insuperable del estado actual de su raza, vencida y destrozada (1951, p.316).

En el mismo número de la revista se reproduce la oración pronunciada por el presbítero Enrique Monteverde, en ocasión del traslado de los restos de la esposa de Francisco Moreno a la isla Centinela del lago Nahuel Huapi, en San Carlos de Bariloche:

Bien dijo ayer su hijo don Eduardo, que estamos asistiendo a uno de los homenajes más significativos que la patria pueda rendir al Perito Moreno, al traer a descansar junto a él, los restos mortales de quien fuera en vida su fiel esposa y abnegada compañera, doña María Ana Varela de Moreno. Pese a que falleció a solo 29 años ya había demostrado poseer las virtudes de la mujer fuerte de que nos hablaba la Escritura Santa y de la Dama Patricia que emulaba las virtudes patrióticas y el temple de aquellas otras Damas de la Independencia que todo lo daban y todo lo sacrificaban en su afán de colaborar en la grandeza del suelo que le viera nacer (p.263).

Ambos textos son por demás elocuentes. Las mujeres indígenas fueron condenadas a sufrir el estigma del origen. Las damas de alcurnia, sacrificadas esposas que antepusieron los deseos del hombre y la patria a los propios.

Ninguna fue sólo víctima.

MAL AMOR

Se estaba apagando de a poco. Los médicos decían que no tenía ninguna enfermedad, pero algo se la comía, se la devoraba por dentro, se tragaba su brillo, le quitaba hasta las ganas de respirar. Pensaron que moriría pronto. Nadie había podido hacer nada por ella.

Les hablaron de esa mujer. Alguien lo dijo. Que vaya a verla. Que no cobra. Que resuelve cualquier problema, cualquiera.

Era lejos, pero su padre confiaba en el autito. Todavía lo estaba pagando con un crédito. Cargaron una canasta con algo para el viaje, el mate, unas masitas caseras que su madre hizo el día anterior, y aunque sabía que ella se negaba a comer, le preparó también su comida favorita. *Quizás el aire fresco te aliente un poco y te venga el apetito*, le decía. Salieron muy temprano, antes del alba. La acomodaron en el asiento de atrás, entre unas almohadas, porque casi no podía mantenerse sentada. La taparon con una manta aunque no hacía frío, porque ella siempre estaba azul, como congelada.

El camino por momentos se transformaba en una huella profunda y angosta tanto más cuanto más se adentraban hacia el sur. Nada cambiaba a pesar de los kilómetros recorridos. Una tierra despojada, con viento y calor. Cada tanto un peludo se cruzaba adelante y el hombre frenaba con brusquedad. Eso los volvía al acá y ahora, menos a ella, que solo intentaba volver a recostarse en la posición en la que estaba antes de la frenada.

El auto pasaba con dificultad por las piedras secas de los cauces de arroyos que habían cruzado la ruta en el invierno. Cada tanto paraban para estirar un poco las piernas, hacer pis y darle agua. Tomaba dos o tres sorbos, con los ojos cerrados, y luego

volvía a agachar la cabeza. La madre le ofrecía comida pero ella ni le contestaba. *Por Dios que lleguemos a tiempo* le decía la mujer al hombre. Él aceleraba un poquito más y se erguía en el asiento acercando la cara al vidrio y apretando más fuerte el volante. *Por Dios que lleguemos a tiempo* repetía él, que llevaba más de diez horas manejando, pero no le importaba. Hubiera dado la vuelta al mundo a pie si eso la salvara.

Empezaba a atardecer y desviaron por un camino que subía a una loma. Unos pocos kilómetros y vieron una fila larga de álamos, y ahí, a la sombra larga de los árboles, una fila de gente. Sillas, mesas, carpas, autos, caballos, viejos, niños, mujeres embarazadas, perros, y al fondo, en la sombra del cerro ya, una casa con la puerta abierta y un humo vertical que se perdía en el aire caliente de la tardecita.

Estacionaron el auto en un hueco que encontraron, como a doscientos metros de la casa. Se bajaron entumecidos de tantas horas de viaje, y dejaron las dos puertas de atrás abiertas para que corriera el aire donde estaba ella.

Una mujer se acercó a preguntarles por qué venían, pero no hizo falta. *¿Camina?*, preguntó en cambio. Apenas, dijo la madre. La mujer se fue y volvió enseguida. *Ella sabe que están acá y va a verla primero*, dijo. *Acerquen el coche a la casa*.

Cuando el hombre acomodó el auto para que ella pudiera bajarse, una mujer baja y vieja los esperaba en la puerta. Les habló en una lengua que no entendieron, y miraron a la otra. *Que entren*.

Adentro estaba oscuro, había dos sillas enfrentadas. La ayudaron a llegar hasta una de ellas. Apenas podía mover los pies. *Se apaga*, dijo la vieja. *Se apaga. Vayan afuera*.

Salieron agarrados del brazo, queriendo quedarse. El aire afuera aún estaba caliente. Una gente que esperaba también se

acercó y les convidó un mate cocido. Se sintieron reconfortados. Empezaba a oscurecer, y todo parecía morir.

Pasaron cuatro o cinco horas. Estaban tan cansados que se durmieron en el auto. Se asustaron cuando la vieja les habló, no habían escuchado que se acercaba. *El mal amor es el más difícil, dijo, pero llegaron a tiempo. Ahora que duerma, y mañana cuando amanezca hablaré con ella. Victorina les va a decir dónde la pueden acostar.*

Empezaron a preguntarle, pero la vieja se dio vuelta y se fue. La otra mujer los guió a un lugar donde había otras personas descansando, *como un hospital* pensó la madre, *pero afuera*. Tiraron unas mantas sobre el pasto, y la acostaron con cuidado. La taparon y mientras la madre le acariciaba el pelo se durmió profundamente. Antes de cerrar los ojos vio las estrellas. No sabía que existieran tantas. Sus padres dijeron que iban a hacer guardia uno después del otro durante toda la noche, pero en algún momento cayeron rendidos. El gallo los despertó cuando clareaba. Fueron hasta un fuentón que había cerca, se lavaron y abrieron su canasta para comer alguna cosa. Ella seguía dormida. No se despertó hasta que la vieja la mandó llamar con Victorina.

La ayudaron a levantarse y la acompañaron hasta la puerta. Cuando llegaban, caminando apoyada en un bastón y del brazo de un hombre alto, salía una mujer que les resultó familiar de alguna manera. Les sonrió y eso les dio alegría. Ahora en el cuarto, además de las sillas había una mesa. Algunas velas, unos yuyos, unas piedras y otras cosas que no alcanzaron a ver bien porque no los dejaron entrar.

La vieja le tomó el brazo y la llevó hasta la silla. No hablaba, solo trajinaba con algunas cosas en el fondo. Le trajo un té y le dijo *tómelo*. No tenía ganas pero lo hizo. Se sintió reconfortada a la vez que tuvo unas ganas enormes de llorar. *Llore m'hija,*

le dijo la vieja y ella creyó que se desarmaba en pedacitos. La dejó llorar. No se acuerda cuánto tiempo. Tomó una taza de té, y después otra, y después otra. La primera le había parecido horriblemente amarga, pero ahora era casi dulce. La vieja no hablaba. Solo murmuraba y salía a atender a otras personas en la habitación de al lado.

Estuvo así hasta que empezó a caer el sol otra vez. No se movió de la silla ni para hacer pis. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra, así que cuando la vieja se le sentó delante pudo verla bien. Estaba cansada, como ella. Pero tenía muchísimos más años. La vieja le tomó las manos y se las miró. Se acercó mucho a su cara para mirar adentro de sus ojos, y ella pudo sentir el olor del tabaco y el perfume de algún yuyo, como alcanfor. La verdad no sabía nada, ni de plantas ni de nada. Tuvo una epifanía. Ahora era consciente de que había pasado treinta años de su vida dormida y quiso despertarse.

La vieja se sentó. Le costó sentarse. Se recostó en el respaldo de la silla, se puso las manos sobre el vientre y largó un suspiro largo. Empezó a hablar.

En la pampa, en medio del polvo y al rayo del sol, crece un lirio. Tiene cinco o seis hojas planas y delicadas que crecen al ras del suelo. Se arrastran, y están siempre al borde de la muerte, porque el calor las cocina, las maltrata, las golpea con toda su furia. El sol es cruel acá, m'hija. Y en esas condiciones, así, con el viento que arrasa a veces, con el agua que casi no cae, con los guanacos que deambulan y pisotean todo, aun así, la planta yergue un tallo carnoso y vertical, como de una palma, más o menos, dijo y midió con las manos. Se hincha en el extremo que apunta al sol, como si fuera a escupirle. Dicen los antepasados que las estrellas entran en la noche en ese tallo jugoso, a bebérselo, y cuando lo

hacen, entienden la tristeza del lirio, que apenas sobrevive. Porque ese sol del que está enamorado lo mata cada día. Las estrellas se quedan con él y un día, con la última luz del atardecer, el lirio explota en flores. Las más lindas que hay en la estepa. Entonces el sol se avergüenza y se esconde. Tampoco sale la luna. Y ahí, m'hija, en ese momento, las estrellas suben al cielo y se desparraman de un lado al otro del horizonte. El lirio brilla, porque tiene toda la luz de los cielos nocturnos en sus flores. Dura solo una noche, porque es muy cansador todo lo que hace. Hay que ser valiente para enfrentar al sol. Igual no importa que dure tan poquito, porque lo vieron millones de estrellas, y ya se sabe de él en todo el universo. Si camina de noche por la estepa lo puede ver. Las hojas brillan como plata. Camine y camine hasta que lo encuentre. Ya está en condiciones de caminar. Yo le voy a indicar por dónde tiene que ir. Espérela a que muestre su belleza, espere el amanecer a su lado. Lleve un poncho porque hace frío acá, aunque sea verano. Siéntese a su lado y espere. Cuando vuelva a salir el sol, el lirio parecerá morir. Las flores mustias caerán en unas horas, y las hojas que crecen al ras del suelo las recibirán en sus faldas. Júntelas. No están muertas. Solo están cansadas. Guárdelas en esta caja que le doy y tráigamela. La voy a estar esperando. Vamos a enterrarlas juntas y con las flores todo el mal amor que traía. Y le voy a hablar en lengua a las flores. Ellas saben y la van a salvar, m'hija. Vaya.



Imagen: Natalia Buch

CAPÍTULO 9. NOSOTRAS SOMOS ELLAS

Creemos haber dado debida cuenta en este libro que la Patagonia fue mucho más que “tierra de hombres”. En ella, las mujeres —heterogéneas, cambiantes, desiguales— formaron parte de la historia, configurando una cartografía que advirtió trayectos de amor, guerra, sumisión y empoderamientos. Muchas veces estos mapas se escribieron con tinta invisible y reconstruirlos implicó reconocer lo poroso de sus bordes, los desiertos de información, lo irregular de sus pliegues. Aunque en ocasiones las voces de mujeres rugieron como vientos salvajes, en otras prevaleció el silencio de las que no pudieron contar porque entendieron el costo de alzar la voz en un contexto signado por la violencia patriarcal.

La perspectiva de análisis que hemos asumido, concebida desde un punto de vista relacional y a lo largo de un siglo, nos permite vislumbrar las diferencias entre las mujeres de la ciudad y las del campo, las que vinieron de los barcos y las que estuvieron desde siempre o vinieron desde acá nomás. Clase y etnia determinaron, en muchos casos, tipos de trabajos y formas de vivir.

Fueron tantos los riesgos que corrimos en la aventura de escribir este libro, que al final del camino la idea de balance se difumina en la vastedad del territorio. ¿Cuántas mujeres hemos dejado afuera de esta historia? ¿Cuántas voces hemos interpretado con un sentido diferente al original? ¿Superamos el dato y la anécdota? ¿Creamos una historia más compleja, visceral y auténtica, o sólo sumamos algunas mujeres al relato del pasado?

Hemos construido a partir de estas voces, con las más fuertes y también con los susurros, una historia posible dentro de un pasado silenciado. Sin duda, las imágenes, la poesía y los relatos de ficción, aportan las rutas que comunican y dan colores, olores y sentidos a los itinerarios de las mujeres patagónicas en una historia de cien años. Por ella transitaron distintos grupos: las mujeres indígenas, las fortineras y las cautivas de la segunda mitad del siglo XIX, y las habitantes de la Norpatagonia —policromas y desiguales en su etnia, en su clase, en sus edades— durante la primera mitad del siglo XX. En este derrotero, la dominación del espacio patagónico por parte del Estado argentino, que tuvo su punto más cruel en la llamada “Conquista del Desierto” (1878-1885), fue un parteaguas en la vida de estas mujeres.

Respecto a las indígenas, las crónicas que se escribieron sobre ellas están teñidas de etnocentrismo y machismo. La irrupción de la voz nativa en la reconstrucción de esta historia interpela lo dicho por religiosos, expedicionarios, científicos y viajeros, hecho que nos enseña cómo las formas de ser y estar de las mujeres, son siempre situadas y relacionales.

Si bien en algunos aspectos las mujeres originarias sufrieron el mismo destino de subordinación al mandato patriarcal que el de aquellas provenientes de las sociedades occidentales, una mirada atenta a su historia nos permite advertir matices e intersticios de empoderamiento. El estereotipo de una mujer abocada únicamente a las tareas del ámbito doméstico no coincide con los datos obtenidos de las fuentes trabajadas, que dan cuenta de un conjunto de actividades mucho mayor y más complejo.

La mujer originaria, en líneas generales, no sufrió violencia al interior de sus comunidades. En ellas asumió funciones clave en la reproducción social, cultural y económica. Pudo tener bienes propios

y negociar con ellos. Estos roles fueron flexibles y, en muchos casos, compartidos, signados por los principios de reciprocidad, complementariedad y equilibrio. La provisión de alimentos fue tarea tanto de varones como de mujeres, mientras que las prácticas religiosas y simbólicas fueron eminentemente femeninas, y hubo mujeres que ejercieron liderazgos. Las cautivas compartieron la crianza de hijas e hijos, la transmisión de pautas culturales y de la lengua, subordinadas a la mujer principal del toldo.

La situación cambió drásticamente con la conquista militar del espacio patagónico. En este proceso las mujeres tejieron tramas de dolor, amor, solidaridad y violencia. Fueron parte del ejército, fueron indias prisioneras, fueron cautivas. Todas compartieron la condición de pobres, con escasa o nula capacidad de resistencia a los mandatos impuestos por la fuerza desde una racionalidad masculina y “blanca”.

La presencia de las mujeres en el ejército se desdibuja en la historiografía tradicional, que las negó o las limitó a una función afectiva, a tareas de mantenimiento y cuidado, que reproducen en la marcha y en el fortín de frontera, las realizadas en el ámbito doméstico. Sin embargo, su rol fue central en cuanto actuaron como antídoto contra la desertión, participaron de los enfrentamientos y tomaron decisiones. Las causas por las que se incorporaron a la milicia fueron variadas pero en general distaron mucho de deberse a una elección voluntaria o patriótica. Muchas fueron siguiendo a sus hombres —padres, hermanos, esposos—, otras fueron confinadas a la frontera como parte de las políticas de control social, y la mayoría permaneció en el ejército ante la falta de otras opciones. En la campaña parieron hijos, perdieron maridos y se acompañaron entre ellas como pudieron.

Fueron útiles mientras era necesario sostener al ejército en condiciones paupérrimas para asegurar la victoria frente al indígena. Aun

entonces fueron burladas con apodos, estereotipadas en sus roles y olvidadas ni bien terminó la campaña militar. La consolidación del ejército moderno no tenía “cupos” para las mujeres.

Pero hubo otras mujeres en la historia de la conquista militar más allá de las fortineras. Cautivas —a las que de nada les sirvió el haber nacido “blancas”— e indígenas que fueron tomadas prisioneras y confinadas al depósito o al lazareto del fortín. De ellas hablan los partes de campaña dejando evidencia de las crueles relaciones de dominación imperantes en su condición de indias o cristianas “impuras”. Algunas se contagiaron de sífilis y viruela, enfermedades que causaron estragos entre los que escaparon al dogma del fusil.

Durante el avance militar a las indígenas se las tomó prisioneras, fueron violadas, se las contagió de enfermedades e incluso se las asesinó impunemente. Todas estas situaciones remiten al ejercicio de una sistemática violencia, real y simbólica, contra la mujer indígena. Dicha violencia se profundiza en dos cuestiones medulares: la desmembración de los grupos familiares y la violencia ejercida sobre el cuerpo femenino. Si bien no existen registros al respecto nos permitimos asegurar que, a pesar de aquello que sostienen biógrafos y cronistas de raigambre militar, ni los bautismos que cambiaron nombres, ni los casamientos con soldados, ni los traslados a centros urbanos, ni la explotación, fueron decisiones consentidas por las mujeres. ¿Serían blancos los pañuelos de las madres indias que vieron a sus hijos por última vez antes que fueran llevados y regalados a quién sabe dónde? ¿Cómo se sintieron a ser objetos de curiosidad científica o de descalificación y discriminación?

Tras la campaña militar, comenzó a organizarse un nuevo orden social en un territorio permeado por relaciones desiguales de poder, una población heterogénea y profundas contradicciones. La incorporación de estos espacios a la nación como Territorios Nacionales

—que prevalecieron hasta finales de la década de 1950—, impidió que los habitantes de Patagonia participaran de los actos electorales nacionales, pudieran elegir y ser elegidos. Las mujeres formaron parte de este complejo panorama.

Todas compartieron el mandato de una ley que las subordinaba a los deseos del varón, muchas de ellas se casaron jóvenes, tuvieron tantos hijos como su cuerpo les permitió y vivieron una viudez prematura. Resultaron esenciales para la reproducción biológica y social, el desarrollo de las prácticas culturales y religiosas, el sostén y la administración de la economía familiar.

Las mujeres recién llegadas al territorio patagónico provenían de las más diversas latitudes e intentaron adaptarse al nuevo espacio sin resignar las pautas culturales que trajeron de sus países de origen. No fueron el discurso político ni el posicionamiento ideológico sino la experiencia vital, aquello que las llevó a generar otras respuestas frente a situaciones adversas.

Salvo muy pocas excepciones, la elección de migrar no la hicieron las mujeres sino los varones de la familia. Fueron los relatos de estas migrantes los que nos permitieron descubrir su protagonismo. Llevaron adelante sus hogares, criaron hijos propios y ajenos, conservaron y transmitieron su cultura, mantuvieron contactos regulares con sus lugares de origen y sus familias en el otro continente, aportaron ingresos a la economía del grupo doméstico, y lucharon a la par de sus maridos por forjar una nueva vida. Algunas de ellas, participaron activamente de la vida política de su comunidad y fueron centrales en su rol de mediadoras culturales.

En el ámbito urbano, un grupo de mujeres tuvo un importante accionar acompañando la acción nacionalizadora propuesta como agenda de Estado, y participando activamente en los procesos de ciudadanización. Maestras, bibliotecarias, directoras, oradoras en

los actos cívicos, transmitieron con vehemencia, avanzado el siglo **xx**, el mandato civilizador de una sociedad ajena a los pueblos originarios y a los pobres. Muchas de ellas reprodujeron el discurso patriarcal y asumieron como natural y deseado su rol de hijas, hermanas, esposas y madres.

En el espacio rural coexistieron familias de inmigrantes ultramarinos, con familias indígenas y chilenas. Muchas de las europeas que vinieron conservaron sus prácticas culturales y religiosas, educaron a sus hijos, emplearon como domésticas a las mujeres pobres y a los hombres como mano de obra barata. Las chilenas, por lo general, vivieron en campos de pequeñas dimensiones y se abocaron a una economía de subsistencia. Algunas optaron por no casarse para así mantener su independencia. Sumaron a las tareas rurales, las del hogar y la producción de tejidos o alimentos para generar un ingreso extra. Algunas quedaron viudas y tomaron decisiones para sí mismas y para su prole, aunque en algunos casos tuvieron que repartir sus hijos para poder sobrevivir.

Numerosas mujeres indígenas se transformaron en jefas de hogar, debido a la desaparición de varones tras su exterminio y la posterior distribución de los sobrevivientes. Ellas conservaron su cultura y la transmitieron al interior de sus casas, en festejos y ceremonias; algunas en secreto como los *nguillatun*, otras solapadas en alguna festividad católica que las invisibilizaba frente al control estatal.

Para la dirigencia y los sectores más encumbrados de la sociedad, la valoración de la mujer variaba según su adscripción social y su pertenencia étnica. Los derechos y deseos de indígenas y chilenas de escasos recursos, así como los de las huérfanas y las menores, no fueron tenidos en cuenta. A las inmigrantes europeas se las trató de proteger de las “influencias negativas” que podían provenir del entorno natural y social del que formaban parte. Se temía que la falta

de confort y de contacto con gente “civilizada” las hiciera menos femeninas.

Muchas, en los núcleos urbanos, trabajaron de empleadas domésticas. Otras, pertenecientes a sectores medios, se desempeñaron como docentes, visitadoras, enfermeras y parteras, roles mediante los cuales fueron adentrándose en la esfera pública del espacio regional. En general hubo un varón que las dirigió pero, poco a poco, descubrieron que podían ser directoras de escuela, escritoras, médicas, militantes políticas. Las acciones vinculadas a la beneficencia les permitieron conocer y participar de los problemas sociales de sus comunidades, desde el lugar de la tutela y la protección a los que menos tenían. Hubo mujeres que fueron —con distintos ritmos— conquistando derechos y atreviéndose, sobre la mitad del siglo *xx*, a pensar que lo cultural es político y que lo privado es público.

Muy lejos de ser víctimas, muchas de estas mujeres transgredieron mandatos y se animaron a más. “¡Basta!” dijeron, y no permitieron que siguieran violándolas. “No” dijeron, y negaron el ingreso de asesinos al burdel. “Acá me quedo” dijeron, y abandonaron la marcha del ejército para asentarse en valles a la vera de los ríos. “Exijo” dijeron, reclamaron y obtuvieron tierras que les habían sido arrebatadas. “Me voy” dijeron, huyendo de maridos violentos y patrones acosadores. “Es mi vida” dijeron, y no permitieron que el Estado se entrometiera en su privacidad diciéndoles cómo ser buenas mujeres. “Yo puedo” dijeron, y realizaron transacciones económicas, protagonizaron actos políticos y protestaron frente a las injusticias. “No es magia” dijeron, se sacaron la venda y salieron a la calle.

Esas voces, que parecían haber nacido para reproducir palabras ajenas fueron incorporando con el correr del siglo *xx* otras palabras propias como derechos, política y libertad de elección. En la expresión coral de estas mujeres, aún hay muchas que guardan silencio:

el estigma del origen, los mandatos morales, estéticos, religiosos, hicieron que reservaran su capacidad de hablar de sí mismas en el entorno familiar. Pero las voces están y, cual ríos tras la gran nevada, transitan primaveras recuperando caudal.

Hemos intentado en este libro narrar las historias de estas mujeres. Creemos que no es suficiente sumar mujeres a procesos históricos reconstruidos desde la intencionalidad y la óptica masculina, articulados desde y hacia el proceso de formación del Estado-nación. Tampoco creemos que alcance con narrar una historia sólo de mujeres, sino que es necesario sumar a la historia un colectivo femenino situado en el tiempo y el espacio. A nuestro juicio, esta puesta en relación con “otros diversos” debe hacerse atenta a una agenda que contemple sus necesidades y preocupaciones. Lograr que los “problemas” de las mujeres se conviertan en problemas sociales, es el desafío. Que su historia sea, simplemente, historia.

Las relaciones de poder que se impusieron, y se imponen aún hoy, no deben leerse como naturales sino como construcciones culturales. Desnaturalizar, deshacer y volver a tejer serán entonces, como lo fue en los telares de las tejedoras, el motivo y la trama, la materia prima y el dibujo, de una historia de mujeres que interpele mandatos y diseñe cartografías futuras, nutridas de pasado, que generen caminos tan igualitarios como diversos.

BUENAS MUJERES

Los pelos violetas, el pañuelito verde en la muñeca, un piercing en la ceja izquierda, otro en la boca y dos en la nariz. *Tapate ese ombligo ¿querés?, te vas a resfriar.* Pero no es el resfrío el problema. Es el ombligo, y ese camino de pelitos casi transparentes hacia el pubis, que se pierde apenas bajo el jean de tiro corto, con las rodillas rotas y flecos en lugar de ruedo. Es el ombligo, con ese arito plateado que baila cuando ella se mueve. El problema no es el resfrío, es la cintura, y la remera corta, es su piel, su carne y sus convicciones. El problema es ella que ya no se calla.

Sale a la calle con la mochila colgando del hombro, se toma el cole y se baja en una esquina. Hay otras como ella, muchas, miles, cienmiles. Van llenando las calles, *se va a caer se va a caer* cantan, y finalmente se caerá. Se caerá con la fuerza rotunda de la lucha, sostenida por millones de otras que afirmaron sus pies, apretaron el puño, gritaron ¡basta!, aunque recibieran los golpes.

Ella no sabe, porque nunca le interesó la historia. No sabe, pero está haciendo historia ahora. *Se va a caer se va a caer*, y se suma a esa voz chillona de las pibas en la calle, de las otras que caminan junto a ellas. Las que fueron jóvenes y viejas durante el terror del Estado, este terror, el último y todos los anteriores. Las que perdieron a sus hijos, las que murieron en la lucha, las que desaparecieron pero que acá están, acá están.

Dando saltitos y cantando las canciones que aprendió y ya hizo carne, se alinea a una columna que lleva un pañuelo verde enorme. A su lado camina despacio, como teniendo miedo de tropezar, esta otra mujer con su pañuelo blanco. Se sonríen. A ella le gusta ver viejas en las marchas. No tiene miedo si son mu-

chas, no tiene miedo si están todas. Se sostienen, se apuntalan, se fortalecen. Las dos saben.

No hay silencio ahora, no hay más silencio. Banderas, carteles, cantos y gritos, voces que ya no se callan. Le late el corazón muy fuerte porque sabe que está siendo parte de algo grande. Y si presta atención, si cierra los ojos y escucha más allá del estruendo de mujeres que la rodea, resuena a lo lejos un *kultrum*, y hay cantos viejos que se juntan con los nuevos. Cantos de aquellas que cosechaban azúcar bajo el látigo feroz, las que morían de sed en el desierto, las que corrían a esconderse en los bosques para que no les maten a sus hijos, las que tuvieron que servir, sentir dolor y quisieron morir. Pero también cantan las que tuvieron que irse lejos de casa, las que parieron solas a sus hijos sin tener la mano de su madre que les sostuviera la propia, las que ayudaron a otros, las que curaron a sus enfermos, las que supieron cuál era la planta, cuál era el camino.

Una pluma se vuela y ella la recoge. La pone en su pelo y la inunda la fuerza de las excluidas, de las maltratadas, las violadas, las dejadas. La posee la voz de una historia que no conoce y grita un grito desgarrador.

Una bengala ilumina el cielo donde está ella. Una y después otra, y después otra. Un humo verde lo cubre todo y cierra los ojos. Ve polvo, pelo, trenzas, mantas, cuero, tendones, leche, manos, canas, niños, abrazos. Ve dolores, amores, pieles, clavo de olor, canela. Sudor, miedo, silencio, grito, puño. Ve viento, arena, nieve, frío, fuego, cuenco, caldo, leña, siesta. Paisaje, viaje, río, mar, barcos, camino, vacas, gallinas, casa, choza, toldo. Ve sueño, sueños, pobreza, hambre, dolor. Ventana, noche, fogón, fogata, días, sol, luna. Calor, frío, flores, frutas, dulce, charqui, torta, maqui, manzanas. Ve dudas y certezas. Ve cercos, guerras,

muertes, puerta, cerrojos, incendios. Toldo, incendio, casa, violencia, miedo, silencio, grito, carrera, bosque. Ve ternura y caricias. Ve la vida de una mujer desde el inicio del tiempo que se levanta y camina, su camino que es el de todas. Ve su funeral y ahí ve a otra que toma la antorcha. Ve magia. Una cadena de manos se construye infinita hacia adelante y hacia atrás, incluso con aquellas que no quieren agarrarse. Se siente poderosa porque descubre sobre cuántos hombros está parada.

Hay muchas que miran pasar desde la orilla este río de sangre turbulento, tirado por la fuerza de millones, empujado por la fuerza de millones. Tienen miedo, no pueden cantar ni bailar ni sonreír siquiera. Se va a caer se va a caer cantan las que caminan y escuchan las que están mirando. Si se cae, va a ser para todas. Va a ser la suma de miles de miles de gotas, hasta las más diminutas. Cuando se caiga, caerá para todas.

Se va a caer.



Imagen: Natalia Buch

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (2007) *Patagonia Total. Antártida Argentina e Islas Malvinas*. Colombia: Barcel-Baires Ediciones.
- ACEVES, L. (1996) *Historia oral e historias de vida. Teoría, método y técnicas. Una bibliografía comentada*. México: Ciesas.
- ALTUBE, M. I. (1999) "Mujeres en 'tierra adentro'. Las cautivas en las sociedades indígenas de la región pampeana y norpatagónica (siglos XVIII y XIX)", en VILLAR, D., DI LISCIA, M.S., CAVIGLIA, S. (Eds.): *Historia y género. Seis estudios sobre la condición femenina*. Buenos Aires: Biblos.
- ARCHIVOS DEL SUR (2009) *Historias de las familias Mapuche Lof Paichil Antriao y Lof Quinquitreo*. Villa La Angostura: Inacayal.
- ARCHIVOS DEL SUR. SUBCOMISIÓN DE LA BIBLIOTECA POPULAR OSVALDO BAYER. (2005-2011) *Historias de Vida*. Villa La Angostura: Inacayal, publicación 1, 2, 3, 4 y 5.
- ARGERI, M. E. (1997) "Bajo la lupa del poder. La vida cotidiana de los grupos domésticos en los 'hogares-bolicho' del territorio nacional de Río Negro, Norpatagonia, 1880-1930". *Boletín Americanista* n° 47
- ARGERI, M. E. (2005) *De guerreros a delincuentes. La desarticulación de las jefaturas indígenas y el poder judicial. Norpatagonia, 1880-1930*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Historia.
- ARGERI, M. E. (1999) "La construcción de un mito: Elena Greenhill, la inglesa 'bandolera' de la Patagonia". *Entrepassados*, n° 17.
- ARIAS BUCCIARELLI, M. (Comp.) (2012) *Diez Territorios Nacionales y catorce provincias. Argentina. 1860-1950*. Buenos Aires: Prometeo.
- ARIAS F. (2007) "¿Araucanización de las Pampas durante el siglo XVIII? Los alcan-

ces de un proceso histórico de contacto”, en AA.VV., *Patagonia Total, Antártida Argentina e Islas Malvinas*. Colombia: Barcel-Baires Ediciones.

AVENDAÑO, S. (2000) *Usos y costumbres de los indios de la Pampa*, Buenos Aires: El Elefante Blanco.

BAEZA, B., CRESPO, E. y CARRIZO, G. (2007) *Comodoro Rivadavia a través del siglo XX. Nuevas miradas, nuevos actores, nuevas problemáticas*. Comodoro Rivadavia: Municipalidad de Comodoro Rivadavia.

BANDIERI, S. (Edit.) (2021) *Río Negro. Los caminos de la Historia*. Neuquén: Pido la Palabra.

BANDIERI, S. y FERNANDEZ, S. (Coords.) (2017) *La historia argentina en perspectiva local y regional. Nuevas miradas para viejos problemas*. Buenos Aires: Teseo.

BANDIERI, S. (2005) *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires: Sudamericana.

BANDIERI S. y BLANCO, G. (2009) “Política de tierras en los Territorios Nacionales: entre la norma y la práctica”, en BLANCO, G. y BANZATO, G. (Coords.): *La cuestión de la tierra pública en Argentina. A 90 años de la obra de Miguel Ángel Cárcano*. Rosario: Prohistoria.

BANDIERI S. y DABUS, C. (2019) “La Patagonia. Una historia de economías y sociedades contrastantes”, en BANDIERI, S. et al.: *Historia Económica de la Regiones Argentinas: 1810- 2010*. Buenos Aires: Biblos.

BARRANCOS, D. (2008) *Mujeres, entre la casa y la plaza*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

BARRANCOS, D. (2001) *Inclusión/Exclusión. Historia con mujeres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

BARRANCOS, D. (2010) *Mujeres en la sociedad argentina Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Sudamericana.

BARRY, C. (2021) “Chicas de provincias argentinas: notas sobre la inclusión y representación femenina en legislaturas y convenciones constituyentes entre 1951 y 1955”. *Quinto sol [online]*, vol.25, nº1.

BASCOPÉ, J. (2011): “Antes de la ley. Salvajismo y comercio sexual en Tierra del Fuego y Patagonia Austral, 1884-1920”, en PAVEZ, J. y KRAUSHAAR, L. (Eds.): *Capi-*

- talismo y pornología. La producción de los cuerpos sexuados*. Santiago de Chile: 8 Libros editores. Universidad Católica de Chile.
- BARROS, S. (2009) Peronismo y politización. Identidades políticas en la emergencia del peronismo en la Patagonia Central. *Estudios*, n° 22.
- BAYER, O. (1972) *Los vengadores de la Patagonia trágica*. Buenos Aires: Galerna.
- BEARD, M. (1962) *Woman as a force in History. A Study in traditions and realities*. New York: Collier.
- BENGOA, J. (2000) *Historia del pueblo mapuche. Siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: Lom Eds.
- BIEDMA, J. (1905) *Crónica histórica de Río Negro de Patagones (1774-1834)*. Buenos Aires: Juan Canter.
- BILLOROU, M. J. y RODRÍGUEZ, A. M. (1997) "Maestras y demás: no solo madres de niños y pobres". *La Aljaba, segunda época*, vol. II.
- BILLOROU, M. (2017) "Niños sanos para el progreso pampeano. Las políticas de protección de la salud infantil en el Territorio Nacional de la Pampa en la primera mitad del siglo XX". *Historia Caribe*, vol. 12, n° 31.
- BILLOROU, M. (2008) "El surgimiento de los comedores escolares en la Pampa en crisis". *Quinto Sol*, n° 12.
- BLANCO, G. (Ed.) (2018) *La tierra pública en la Patagonia. Normas, usos, actores sociales y tramas relacionales*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- BOOUVIER, V. (2002) "Alcances y límites de la historiografía: la mujer y la conquista de América", en ANDREO, J. y GUARDIA, S.: *Historia de las Mujeres en América Latina*. Murcia: Universidad de Murcia.
- BRAVO, M., GIL LOZANO, F. y PITA, V. (2007) *Historias de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*. Tucumán: Edunt Editorial.
- BRIDGES, E. L. (1948) *Uttermost part of the earth*. London: Hodder & Stoughton. Traducción al castellano de Schwelm, E. C. (1952): *El último confín de la tierra*. Buenos Aires: Emecé.
- BRIONES, C. y RAMOS, A. (Comps.) (2016) *Parentesco y política. Topologías indígenas en la Patagonia*. Viedma: Editorial UNRN.

- BRUNSWIG DE BAMBERG, M. (1995) *Allá en la Patagonia. La vida de una mujer en una tierra inhóspita*. Vergara: Buenos Aires.
- BUTLER, J. (2001) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- CALDO, P. y FERNÁNDEZ, S. (2009) "Por los senderos del epistolario: las huellas de la sociabilidad". *Antítesis*, vol. 2, n° 14.
- CANIO LLANQUINAO, M. y POZO MENARES, G. (2013) *Historia y Conocimiento Oral Mapuche. Sobrevivientes de la "Campaña del Desierto" y "Ocupación de la Araucanía (1896-1926)*. Recopilador Robert Lehmann-Nitsche (obra póstuma). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- CASTELLI, J. y HALVORSEN, P. (2018) *Esas Mujeres en la Patagonia Austral*, Tierra del Fuego: Editora Cultural Tierra del Fuego.
- CASULLO, F., GALLUCCI, L. y PERREN, J. (Coords.) (2013) *Los estados del Estado. Instituciones y agentes estatales en la Patagonia 1880-1940*. Rosario: Prohistoria.
- CATALÁN, M.J., GAREIZ, G., RORAI, D. y SILVA GARCÉS, J. (2018). *Mujeres del viento. Historias de vida de mujeres de la Línea Sur de Río Negro*. Fiske Menuco/General Roca: Fondo Editorial Básico. IFDC General Roca.
- CAVIGLIAS. (2002) "El arte de las mujeres Aónikénky Gününa Küna-Kay Guajénko Kay Gütrruj (las capas pintadas)". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, n° XXVI.
- CECARELLI, S. (2009) *El penal fueguino: origen del Estado y la Sociedad en la frontera austral Argentina (1895-1916)*. Tierra del Fuego: Editora Cultural Tierra del Fuego-Utopías.
- CHAPMAN, A. (1986) *Los Selk' man. La vida de los Onas*. Buenos Aires: Emecé.
- CISELLI, G. (1995) *Italianos al sureste del Chubut: su inserción socio-económica. Comodoro Rivadavia*. Comodoro Rivadavia: Imprenta de la Universidad Nacional de la Patagonia (Mimeo).
- CISELLI, G. (2005) "La mujer italiana en la industria petrolera del Sur Patagónico", *Gazeta de Antropología*, n° 27.
- CLARAZ, J. (1988) *Diario de Viaje de exploración al Chubut 1865-1866*. Buenos Aires: Marymar.
- CODESEIRA DEL CASTILLO, C. (2022) *Las mujeres de la primera colonia galesa del Chu-*

- but: desde la sumisión al reconocimiento social, 1880/1965.* Rosario: Prohistoria.
- COSTANTINI, P. (2008) “La más asombrosa arma moderna del arsenal occidental. Militarización femenina en el mundo contemporáneo”. *La Aljaba. Segunda Época*, vol. XII.
- COX, G. [1863] (1999) *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia, 1862-1863.* Santiago de Chile: Imprenta Nacional.
- CRESPO, E. (2005) “Madres, esposas, reinas...Petróleo, mujeres y nacionalismo en Comodoro Rivadavia durante los años del primer peronismo”, en LOBATO, M. Z. (Ed.): *Cuando las mujeres reinaban. Belleza, virtud y poder en la Argentina del siglo XX.* Buenos Aires: Biblos.
- DE PAZ TRUEBA, Y. (2010) *Mujeres y esfera pública. La campaña bonaerense entre 1880 y 1910.* Rosario: Prohistoria.
- DE VERNET, M. (1830) *Diario de 1829 en Malvinas*, Provincias Unidas del Río de la Plata, s/p/i. Disponible en internet.
- DEHAIS, F. (1999) *Catriel Antiguo y sus pobladores.* Cinco Saltos: el autor.
- DELRIO, W. (2005) *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia, 1872-1943.* Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- DELRIO, W. ESCOLAR, D., LENTON, D. y MALVESTITTI, M. (2018) *En el país de no-me acuerdo. Archivos y memorias del genocidio del Estado argentino sobre los pueblos originarios, 1870-1950.* Viedma: Editorial UNRN.
- DI LISCIA, M. H. (1999) “Medicina, religión y género en la relación entre indígenas y blancos (región pampeana y norpatagónica, siglos XVIII y XIX), en VILLAR, D., DI LISCIA, M. H. y CAVIGLIA, J. (Eds.): *Historia Y Género. Seis estudios sobre la condición femenina.* Buenos Aires: Biblos.
- DI MARCO, G. (1998) “Ciudadanía femenina”, en GINES, M. Y GIRI, B.: *Relaciones de género y exclusión en la Argentina de los ´90.* Buenos Aires: Espacio.
- DI MARCO, G. (1994) *Mujer y Poder.* Buenos Aires: Hiparquía.
- DOUVET, N. (2006) *La escritura epistolar.* Buenos Aires: Eudeba.
- DUBY, G. y PERROT, M. (2000) *Historia de las mujeres en Occidente.* Madrid: Taurus Minor/Santillana.

- EBELOT, A. (1961) *Recuerdos y relatos de la guerra de fronteras*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- ENTRAIGAS, R. (1986) *El Fuerte del Río Negro. Los orígenes de Viedma y Carmen de Patagones*. Buenos Aires: Ediciones Don Bosco.
- FAVARO, O. y ARIAS BUCCIARELLI, M. (1996) “El lento y contradictorio proceso de inclusión de los habitantes de los territorios nacionales a la ciudadanía política: un clivaje en los ‘30”. *Entrepasados*, n° 9.
- FERNÁNDEZ, G. y MALIZIA, M. (2017) “Antiguos pobladores de Ushuaia. Historias de un presente que se disputa el pasado”. *Voces Recobradas. Revista de Historia Oral*, n° 37.
- FERREYRA, G. (2019) “Para el buen nombre de ellas y prestigio del magisterio”: aportes para el estudio de la construcción social de la identidad de las maestras durante los años peronistas (1946-1949)”. Ponencia presentada en las XIV *Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres*. Universidad Nacional de Mar del Plata.
- FINKELSTEIN, D. (2005) “La colonia aborigen de Cushamen y la reubicación de indígenas con posterioridad a la llamada Conquista al Desierto”, en FINKELSTEIN, D. y NOVELLA M. M. (Comps.): *Poblamiento del Noroeste del Chubut. Aportes para su historia*. Esquel, Chubut: Fundación Ameghino.
- FOTHERINGHAM, I. (1971) *La vida de un soldado o reminiscencias de las fronteras*. Buenos Aires: Biblioteca del Suboficial.
- FRANCO, L. (1968) *La Pampa habla*. Buenos Aires: Ediciones del Candil.
- GARCIA, A. y BERSTEN, L. (Eds.) (2009) *El territorio en perspectiva. Política pública y memoria social en Villa Traful*. Buenos Aires: el autor.
- GARRIDO, B. y BARBIERI, M. (2006) *Algunos Desafíos de los estudios de género a fin de Milenio*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- GAVIRATI, M. y VEZUB, J. (2001) “El contacto con el ‘otro’”, en BOSCHIN, M.T. y CASAMIQUELA, R. dirs. *Patagonia 13.000 años de historia*. Buenos Aires: Museo Leleque-Emecé Editores.
- GIGLIO, S. (2007) *El Huerquén: interculturalidad y educación: una experiencia en escuelas rurales*. Neuquén: Educo.
- GIL LOZANO, F., PITA, V., e INI, M.G. (2000) *Historia de las Mujeres en Argentina*. Buenos Aires: Taurus.

- GREGORIO GIL, C. (1998) *Migración femenina. Su impacto en las relaciones de género*. Madrid: Nancea.
- GUEVARA LABAL, C. (1954) *Viejo Neuquén*. Buenos Aires: el autor.
- GUSINDE, M. (1931) *Los Selk'nam*. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana.
- HALVORSEN, P. (2011) *Identidades Enmascaradas en la Patagonia, Uniones entre nativos y foráneos*. Villa Adelina: Patagonia Sur Libros.
- HAURIE, V. (1996) *Mujeres en tierra de hombres. Historias reales de la Patagonia invisible*. Buenos Aires: Sudamericana.
- HERNÁNDEZ, G. (2000) "Historia de vida de una mujer mapuche radicada en Bahía Blanca", en *Mujeres en escena: actas de las quintas Jornadas Historia de las Mujeres y Estudios de Género, septiembre de 1998*. Santa Rosa: Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de la Pampa.
- HERNÁNDEZ, G. (2002) *Relato oral y cultura*. Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional Del Sur Bahía Blanca.
- HERNÁNDEZ, G. (2005) "¿Son sujeto de la historia de las mujeres y de la historia de género las pobres, las desocupadas, las indígenas?". Ponencia en el X *Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Universidad Nacional de Rosario.
- HORLENT, L. (2018): "Flujos, redes migratorias e inserción laboral: la migración chilena en Ushuaia, 1947-1970". *Revista Magallania*, n° 46.
- IBARRA, H. (2004-2005) "Rescate De La Memoria Epistolar. Las Cartas de Oma". *Pasado Por Venir. Revista De Historia*, n°1.
- ISE, M. y LOBO, N. (2021) "Mujeres en la historia: construir otros relatos en Fuego-patagonia (1870-1960)". *Revista de la Red de Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea*, año 7, n° 13.
- ISE, M., LOBO, N. y GOICOCHEA, A. (2013) *La Patagonia contada. Otro imaginario en la narrativa de mujeres*. Buenos Aires: Biblos.
- IUORNO, G. y CRESPO, E. (Comps.) (2008) *Nuevos espacios. Nuevos problemas. Los Territorios Nacionales*. Neuquén: UNPSJB y UNCo.

IUORNO, G. MIRALLES G. y NASSER, K. (2007) "Actores y espacio público en la etapa territorial rionegrina. El departamento General Roca y su integración desigual", en RUFFINI, M. y MASERA, F. (Coords.): *Horizontes en perspectiva. Contribuciones para la historia de Río Negro. 1884-1955*. Viedma: Fundación Ameghino. Legislatura de Río Negro.

JELIN, E. (1997) "Igualdad y diferencia: dilemas de la ciudadanía de las mujeres en América Latina". *Ágora. Cuadernos de estudios políticos*, año 3, nº 7.

JONES, L. (1966) *Una nueva gales en Sudamérica*. Chubut: Comisión Oficial de los Festejos del Centenario del Chubut.

LENZI, J. (1939) *Gobierno de Territorios. Conceptos básicos de la Ley Orgánica Territorial*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de Francisco y Mario Mercatali.

LERNER, G. (2005) *The majority finds its past. Placing woman in History*. New York: UNC Press Books.

LIDEGAARD, E. (2002) *Voces indígenas de la Patagonia. El escarabajo en la arena*. Buenos Aires: Catálogos.

LISTA, R. (2006) *Viaje a la Patagonia Austral (1879). Los indios tehuelches, una raza que desaparece*. Buenos Aires: Ediciones Continente.

MANCINI, E. y CABALLERO, M. (Comps.) (2020) *Maestras Argentinas. Entre mandatos y transgresiones*. Rosario: Centro Cultural de la Toma Ediciones.

MANDRINI, R. y PAZ, C. (Eds.) (2003) *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena Latinoamericano en los siglos XVIII-XIX. Un estudio comparativo*. Neuquén: IEHS (UNCPBA)-UNS-CEHIR (UNCo).

MANDRINI, R. (Comp.) (2006) *Vivir entre dos mundos*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.

MARIMÁN, P., CANIUQUEO, S., MILLALÉN, J. y LEVIL, R. (2006) *¡Escucha, winka...! Cuatro ensayos de Historia Nacional Mapuche y un epílogo sobre el futuro*. Santiago de Chile: Lom ediciones.

MARRÉ, D. (2003) *Mujeres argentinas: las chinas. Representación, territorio, género y nación*. Barcelona: Universitat de Barcelona.

MARTINIC, M. (2003) *Mujeres magallánicas*. Punta Arenas: Universidad de Magallanes.

- MASES, E. y ZINK, M. (Eds.) (2014) *En la vastedad del "desierto" patagónico...Estado, prácticas y actores sociales (1884-1958)*. Rosario: Prohistoria.
- MASES, E. y GALLUCCI, L. (2007) "La travesía de los sometidos. Los indígenas en el territorio de Río Negro, 1884-1955", en RUFFINI, M. y MASERA, F. (Coords.): *Horizontes en perspectiva. Contribuciones a la historia de Río Negro 1884-1955*. Viedma: Fundación Ameghino y Legislatura de Río Negro.
- MASES, E. (2002) *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1910)*. Buenos Aires: Prometeo/Entrepassados.
- MENDEZ, L., PIANTONI, G. y PODLUBNE, A. (Dirs.) (2021) *Desandando pasados. Escuelas, cuerpos, museos y narrativas en diálogo (Norpatagonia, siglo XX)*. Buenos Aires: Prometeo.
- MILLÁN, M. (2019) *El tren del olvido*. Buenos Aires: Planeta.
- MOLYNEUX, M. (2001) "Género y ciudadanía en América Latina: cuestiones históricas y contemporáneas". *Debate Feminista*, año 12.
- MONTECINO, S. (1996) *Madres y gauchos*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- MORENO, E. (Recop.) (1979) *Reminiscencias de Francisco P. Moreno*. Buenos Aires: Eudeba.
- MORENO, F. (1969) *Viaje a la Patagonia Septentrional*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- MOUFFE, C. (1993) "Feminismo, ciudadanía y política democrática radical". *Debate Feminista*, año 7.
- MOYANO, A. (2022) *Digno del renombre de bravo. El longko Keupü y la resistencia mapuche en la cordillera (1872-1884)*. Buenos Aires: Ediciones Carminalucis.
- MOYANO, A. (2007) *Crónicas de la Resistencia Mapuche*. Bariloche: el autor.
- MOYANO A. (2013) *Komütuum. Descolonizar la historia mapuche en Patagonia*. Bariloche: Alum Mapu Ediciones.
- MOYANO A. (2017) *A ruego de mi superior cacique Antonio Modesto Inakayal*. Viedma: Fondo Editorial Rionegrino.
- MUSTERS, G.[1873] (1964) *Vida entre los Patagones*. Buenos Aires: Ediciones Solar-Hachette.

- NACUZZI, L. (2002) *Funcionarios, diplomáticos, guerreros*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- NAGY, M. (2012) *Tradiciones situadas, usos del pasado y devenir indígena: la "Conquista del Desierto" y la construcción de hegemonía en la provincia de Buenos Aires*. Tesis Doctoral. Universidad Nacional de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras.
- NAVARRO FLORIA, P. (2007) *Paisajes del progreso. La resignificación de la Patagonia Norte, 1880-1916*. Neuquén: EDUCO.
- NAVARRO FLORIA, P. y NICOLETTI, M. A. (2001) *Río Negro. Mil voces en una historia*. Neuquén: Manuscritos Libros.
- NAVARRO FLORIA, P. y NICOLETTI, M. A. (2014) *Historia del Neuquén*. Neuquén: EDUCO.
- NEYENS, A. (2006) *Pioneros de los Lagos Andinos*. Bariloche: Bavaria.
- NICOLETTI, M. A. (2008) *Indígenas y misioneros en la Patagonia: huellas de los Salesianos en la cultura y religiosidad de los pueblos originarios*. Buenos Aires: Editorial Continente.
- NICOLETTI, M. A., NUÑEZ, A. y NUÑEZ, P. (Comps.) (2016) *Araucanía-Norpatagonia: Discursos y representaciones de la materialidad*. Viedma-San Carlos de Bariloche: Editorial UNRN-IIDyPCa.
- NUÑEZ, P. y MICHEL, C. (2019): "Territorios conquistados y trabajos invisibles. Las mujeres en el ordenamiento territorial patagónico". *Revista Pilquen*, vol. 22, nº 2.
- ÑANCO, A. (2006) *Doña María Epul de Cañuqueo. Machi y Camaruquera del Cerro Negro. Testimonio e historias para reconstruir la vida de una curandera popular*. Trelew: Biblioteca Popular "Agustín Álvarez".
- OCKIER, M. (2005) "¿Una Historia de mujeres o una Historia de género? A propósito de una investigación sobre las fortineras." *Actas de las Xº Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- OCKIER, M. C. (2020) *Fortineras, mujeres en la frontera. Ejércitos, guerras y género en el siglo XIX*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- PALACIOS, P. (2005) "Construyendo la diferencia en la diferencia: mujeres indígenas y democracia plurinacional", en DÁVALOS, P. (Comp.): *Pueblos indígenas, Estado y Democracia*. Buenos Aires: FLACSO Libros.

- PALERMO, A. I. (2000) "Reseña de la mesa redonda: "Mujeres y hombres ¿una historia común? II Congreso Internacional Historia a Debate". *La Aljaba. Segunda época*, vol. 5.
- PALERMO, M. A. (1994) "El revés de la trama. Apuntes sobre el papel económico de la mujer en las sociedades indígenas tradicionales del sur argentino". *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria*, nº 3.
- PAPAZIÁN A., MUSANTE, M. y PÉREZ, P. (2014) "Los campos de concentración indígena como espacios de excepcionalidad en la matriz estado-nación-territorio argentino", en LANATA, J. L. (Comp.): *Prácticas genocidas y violencia estatal en perspectivas transdisciplinar*. San Carlos de Bariloche: IIDyPCa- CONICET.
- PAYRÓ, R. (1898) *La Australia argentina. Excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del Fuego e Isla de los Estados*. Buenos Aires: Imprenta de la Nación.
- PECHMANN, G. (1919) *Cuentos Históricos de Fronteras y Campañas*. Buenos Aires: Extractos.
- PÉREZ, L. (2015) *Keu-Kenk: política indígena en la Patagonia, 1865-1965*. Trelew: Remitente Patagonia.
- PEREZ, L. (2009) "La gesta negada. Historia del poblamiento y relaciones sociales en la Meseta Norte del Chubut", en PEREZ, L. y LO PRESTI, P. (Comps.): *Conquistadores, aborígenes, campesinos, artistas e ideólogos. Cinco Ensayos sobre Chubut*. Rawson: Secretaría de Cultura.
- PÉREZ, P. (2016) *Archivos del silencio. Estado, Indígenas y violencia en la Patagonia central, 1878-1941*, Buenos Aires: Prometeo.
- PIERINI, M. (2013) *Los salesianos en Santa Cruz: una perspectiva para el análisis de las relaciones Iglesia-Estado. 1930-1955*. Río Gallegos: Universidad Nacional de la Patagonia Austral.
- PINTO, J. (2000) *De la Inclusión a la exclusión. La formación del estado, la nación y el pueblo mapuche*. Santiago de Chile: IDEA.
- PINTO, J. (Ed.) (1996) *Araucanía y Pampas. Un mundo fronterizo en América del Sur*. Temuco: Universidad de la Frontera.
- PITCHEL, V. (1994) *Las cuartereras. 4000 mujeres en la Conquista del Desierto*. Buenos Aires: Planeta.

- PODGORNY, I. (1992) "El acervo histórico de la Facultad y Museo de La Plata: huesos y flechas para la nación". *Entrepasados*, nº3.
- PORCEL DE PERALTA M. (1958) *Biografía del Nahuel Huapi*. Bariloche: Editorial Calfu-Lafquen.
- PRADO, M. (1960) *La guerra al Malón*. Buenos Aires: Eudeba.
- PRIEGUE, C. N. (1995) "Testimonios de Vida de una Mujer Tehuelche Contemporánea". Ponencia *III Jornadas de Aportes de la Universidad a los Estudios de la Mujer*. Universidad Nacional de la Pampa.
- QUIROGA, C. (2016) "Parlamentos indígenas realizados en Pampa y Patagonia entre 1869 y 1870. Análisis socio-político y propuestas para una interpretación de caso". *Trabajos y comunicaciones*, nº 43.
- QUIROGA, H. y RUFFINI, M. (2011) *Estado y Territorios Nacionales. Política y ciudadanía en Río Negro 1912-1930*. Neuquén: EDUCO.
- RACEDO, M. (1965) *La conquista del desierto. Memoria Militar y descriptiva de la 5a División Expedicionaria*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- RAFART, G.I (2017) "Peronismo y trabajadores en la Patagonia. Sindicatos, partidos y justicia laboral en las décadas de 1940 y 1950", en BANDIERI, S. y FERNÁNDEZ, S. (Coords.): *La historia argentina en perspectiva local y regional. Nuevas miradas para viejos problemas*. Buenos Aires: Teseo, t. 3.
- RAMAYÓN, E. (1975) *Las caballadas en la guerra del indio*. Buenos Aires: Eudeba.
- RAONE, J. (1969) *Fortines del desierto. Mojones de civilización*. Buenos Aires: Biblioteca del Suboficial.
- REPETTO, E. (2010) "Mujeres en la frontera fueguina a principios del siglo XX. Género e identidades transnacionales". *Voces recobradas. Revista de Historia Oral*, nº 28.
- RODRÍGUEZ, S. (2007) *Mujeres del fin del mundo*. Ushuaia: Rubí Ediciones.
- ROTKER, S. (1997) *Cautivas. Olvidos y memoria en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- ROWBOTHAM, S. (1972) *Women, resistance and revolution: a history of women and revolution in the modern World*, New York: Pintheon books.
- RUFFINI, M. (2006) "Estado y propiedad de la tierra en el Territorio Nacional de Río Negro: la cuestión de los ocupantes (1884-1892) ", en CRUZ, E. y PAOLINI, R.

- (Comps.): *Anuario del CEIC/3. La propiedad de la tierra. Pasado y presente. Estudios de arqueología, historia y antropología sobre la propiedad de la tierra en Argentina*. Córdoba: Alción Editora.
- RUFFINI, M. y MASERA, R. (2007) *Horizontes en perspectiva. Contribuciones a la historia de Río Negro 1884-1955*. Viedma: Fundación Ameghino y Legislatura de Río Negro.
- SALOMÓN TARQUINI, C. (2017) “Los pueblos indígenas de Pampa y Norpatagonia entre fines del siglo XVIII y la actualidad”, en BANDIERI, S. y FERNÁNDEZ, S. (Coords.): *La Historia Argentina en perspectiva local y regional. Nuevas miradas para viejos problemas*. Buenos Aires: Teseo, t. 1.
- SCHOO LASTRA, D. (1957) *El Indio del Desierto. 1535-1879*. Buenos Aires: Ediciones Meridion.
- SERIGÓS, E. (2007) *Un médico nuevo en la Aldea*. Buenos Aires: GAC.
- SILVEIRA, M. (2009) “Lady Florence Dixie en la Patagonia Austral (1879)”. Ponencia XII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue. San Carlos de Bariloche.
- SOCLOW, S. M. (1987) “Los cautivos españoles en las sociedades indígenas: el contacto cultural a través de la frontera argentina”. *Anuario IEHS*, nº 2.
- SOLARI, M. (2016) *Murmullos de pasión. Carmen Funes- la “Pasto Verde”, una marca indeleble en suelo neuquino*. Plaza Huinul: el autor.
- SOSA, N. (2001) *Mujeres Indígenas de la Pampa y la Patagonia*. Buenos Aires: Emecé.
- TEOBALDO, M. y GARCÍA, A. (2000) *Sobre Maestros y Escuelas. Una mirada a la Educación de la Historia. Neuquén, 1884-1957*. Rosario: Arcasur.
- VALVERDE, S., GARCÍA, A. y BERSTEN, L. eds. (2008) *Relatos Patagónicos. Historias familiares en la construcción del espacio social en Villa Traful*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- VAPNARSKY, C. (1983) *Los pueblos del norte de la Patagonia 1779-1957*. Buenos Aires: Ediciones De la Patagonia. Centro de Estudios Urbanos y Regionales.
- VERGOTTINI, A. y COLLINO, E. (2021) *El rol de la mujer italiana en la época de la colonia: su proyección y trabajo en el origen de la formación de Villa Regina*. Villa Regina: Edda Marina Collino.

- VEZUB, J. (2006) “Lenguas, territorialidad y etnicidad en la correspondencia de Valentín Saygüequé hacia 1880”. *Intersecciones en Antropología*, n° 7.
- VEZUB, J. (2009) *Valentín Saygüequé y la Gobernación Indígena de las Manzanas. Poder y etnicidad en la Patagonia Septentrional (1860-1881)*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- VEZUB, J. (2016) “El Estado sin Estado entre los Araucanos/Mapuches”. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, vol. 48, n° 4.
- VEZUB, Julio (2016) “Análisis de redes de parentesco y alianzas entre caciques mapuches y tehuelches en la Patagonia septentrional (siglo XIX)”. *Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, vol.27, n° 1.
- VIDELA, L. y DEL CASTILLO BERNAL. M. F. (2003) “Reinas y guerreros. Sobre jefaturas indígenas en Patagonia meridional durante el siglo XIX”. Ponencia en *IX Jornadas Interescuelas / Departamento de Historia*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- VIDELA, L. (2007) “María, la cacique de los tehuelches”. *Todo es Historia*, n° 477.
- VIDMA, A. (1972) “Diario y Descripción de la costa meridional del sur llamada vulgarmente patagónica. Relación de sus terrenos, producciones, brutos, aves y peces; indios que la habitan, su religión, costumbres, vestido y trato”, en DE ANGELIS, D.: *Colección de Obras y Documentos*. Buenos Aires: Plus Ultra, t. VIII.
- VILLAR, D. y JIMENEZ, J. F. (2001) “‘Para servirse de ellos’. Cautiverio, ventas a la usanza del pays y rescate de indios en las Pampas y Araucanía. (Siglos XVII-XIX)”. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. Buenos Aires, t. XXVI.
- VILLAR, D. y JIMÉNEZ, J. F. (2007) “Convites. Comida, bebida, poder y política en las Sociedades Indígenas de las Pampas y la Araucanía”. *Anuario IEHS*, n° 22.
- VILLAR, D. y ZINK, M. E. (1998) “Madres, padres, hijos. Etapas vitales y proceso de enculturación de niños y jóvenes en las sociedades indígenas de la región pampeano-nordpatagónica (siglo XIX)”. *La Aljaba, segunda época*, vol. III.
- VILLAR, D., DI LISCIA, M. S. y CAVIGLIA, J. editores (1999) *Historia y Género. Seis estudios sobre la condición femenina*. Buenos Aires: Biblos.
- VILLEGAS, C. (1977) *Expedición al gran lago Nahuel Huapi en el año 1881*. Buenos Aires: EUDEBA.

- WALTER, J. C. (1970) *La Conquista del Desierto*, Buenos Aires, EUDEBA.
- WINDERBAUM, S. (2005) "Río Negro, una fragmentación espacial... perfectamente organizada" en BANDIERI, S., BLANCO, G. y VARELA, G. (Dirs.): *Hecho en Patagonia. La historia en perspectiva regional*. Neuquén: EDUCO.
- WINDERBAUM, S. (2020) *La nación mapuce*. Neuquén: Pido la Palabra.
- ZANINI, S. (1994) *Me lo contó mi abuelo*. Villa Regina: Imprenta Zanotti.
- ZEBALLOS, E. (1958) *Callvucura y la dinastía de los Piedra*, Buenos Aires: Hachette.
- ZEBALLOS, E. (2008) *La conquista de quince mil leguas: ensayo para la ocupación definitiva de la Patagonia (1878)*. Buenos Aires: Ediciones Continente.

QUIÉNES SOMOS



Laura Marcela Méndez nació en Cinco Saltos en 1963. Es Doctora en Historia y Especialista en Estudios de la Mujer y de Género. Docente de grado y posgrado de la Universidad Nacional del Comahue en la Facultad de Humanidades, sede San Carlos de Bariloche. Desarrolla sus tareas de investigación en el grupo ECyC/IPE-HCS-CONICET-UNCo, sede Bariloche, y en el Centro Interdisciplinario de Estudios de Géneros Enplural, de la Universidad Nacional del Comahue. Ha dictado conferencias y cursos de posgrado en Chile, Brasil, México, España y Alemania y publicó, como autora o coautora, 17 libros vinculados a la perspectiva de género, la historia regional y la enseñanza de las ciencias sociales. Sus publicaciones más recientes son: como coautora *Río Negro. Los Caminos de la Historia* (Pido La Palabra, 2022, 2 tomos) y como directora y coautora *Desandando pasados. Escuelas, cuerpos, museos y narrativas en diálogo. Norpatagonia, siglo XX* (Prometeo, 2021). Se especializa en los estudios histórico-culturales y educativos de la Patagonia Norte.



Mónica de Torres Curth nació en Bariloche en 1961. Es Doctora en Biología, Magíster en Enseñanza de las Ciencias Exactas y Naturales y su formación de grado es en Matemática. Hasta abril de 2022 se desempeñó como docente, investigadora y extensionista en el Centro Regional Universitario Bariloche de la Universidad Nacional del Comahue, accediendo en ese momento al beneficio de la jubilación. Ha publicado libros y artículos de investigación y divulgación en temas de su especialidad. Es, además, escritora, y se dedica en particular al género cuento. Sus obras han sido premiadas en diversos certámenes. En 2017 obtuvo el primer premio de narrativa de la Editorial de la Universidad Nacional de Río Negro con el libro *Todo lo que debemos decidir*. También recibió el primer premio en la categoría cuento en la convocatoria 2018 del Fondo Editorial Rionegrino por su obra *El camino de la Izquierda*. Con la misma editorial publicó en 2020, *Circulares* un libro de narrativa poética en coautoría con la escritora Cecilia Fresco. Ha participado en diversas antologías y recientemente en la revista *Salvaje Sur*.



Julieta E. Santos es Magíster en Derechos Humanos y Políticas Sociales, y Licenciada en Ciencias de la Educación. Actualmente es becaria doctoral CONICET con sede de su proyecto en IPEHCS-CONICET-UNCo (Bariloche). Su área de investigación son los Derechos Humanos y la formación docente. Sobre dicho tema, ha escrito materiales con fines didácticos y de divulgación. Publicó la novela *Templanza (Irma)* en 2019, el poemario *#Tripacorazón* (2020), la plaquette *Esa forma adulta de demorar la noche* (2022), y participó de diversas antologías de poesía. Es parte de Ediciones Las Guachas, editorial independiente y feminista de la Patagonia.



Natalia Buch nació en Chile en 1966, debido al exilio de su familia durante el gobierno de Onganía. Fue un exilio en la pequeñez, no nacida aún, entre golpes de Estado, bastones largos y banderas. Luego de innumerables despatrias entre 1972 y 1984 realizó sus estudios primarios y secundarios en Bariloche. En 1991 obtuvo la Licenciatura en Psicología en la Universidad de Buenos Aires se radicó nuevamente en Bariloche y trabaja como psicoanalista desde entonces.

Acerca de otras pasiones se puede contar que la música estuvo desde siempre en su vida, que la fotografía fue un amor por adopción incondicional y autodidacta y que la escritura emerge cuando nada es suficiente para el clamor. No son oficios. Son urgencias.



Fernanda Rivera Luque nació en la ciudad de Buenos Aires en 1974 y desde 2001 reside en Ushuaia. Realizó la carrera de formación fotográfica en prestigiosas instituciones. Es creadora del taller de Fotografía Experimental que desarrolla en la Secretaría de Cultura y Educación de la Municipalidad de Ushuaia, y del “Espacio Documenta”, taller sobre ensayo fotográfico. Se desempeña también como coordinadora y docente de la Escuela Argentina de Fotografía, filial Ushuaia. Ha realizado numerosas exposiciones colectiva e individualmente a nivel provincial, nacional e internacional. En los últimos años se destacan la Feria Internacional de arte ARTEBA edición 2015 (CABA) y la Tercera Bienal de arte CMUCH, Puebla, México. Su obra fue seleccionada por el Museo de Arte Contemporáneo en Salta, (2018), para la Octava Bienal de Fotografía Documental, Universidad Nacional de Tucumán (2018), para la Muestra colectiva por la memoria Haroldo Conti (2019), y para Arte postal, del Centro de Arte Faro Cabo Mayor, Santander, España. También ha recibido importantes becas del Fondo nacional de las Artes, exponiendo en el Museo Benito Quinquela Martín y en el Centro Federal de las Culturas para el estudio y realización de obra en el mismo año.

Esta obra se
compuso utilizando las tipografías
Alegreya Sans, Alegreya Sans SC y Alegreya,
del tipógrafo argentino Juan Pablo del Peral.

Este libro se terminó de imprimir en febrero
de 2023 en los talleres de Elías Porter,
Plaza 1212, CABA.

Este libro realiza un recorrido por las diferentes manifestaciones de la condición femenina en nuestro extenso territorio patagónico.

Es su configuración ecléctica lo que debe ser celebrado pues reúne narraciones historiográficas, nutridas por muy diversas fuentes —y anoto su tratamiento crítico—, junto con intervenciones literarias y artísticas que potencian el propósito de la obra.

Es una contribución inscripta en un campo político y epistémico que permite repensar las conformaciones temporales del estatuto femenino, un incentivo vigoroso para comprender el presente y apostar a las transformaciones que nos esperan. Esto bulle en esta narrativa de singular porte estético a la que damos una calurosa bienvenida.

Dora Barrancos

